This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

1.3

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

EL NEGRO FRANCISCO.

EL NEGRO

FRANCISCO,

NOVELA ORIJINAL

DE COSTUMBRES CUBANAS,

POR

ANTONIO ZAMBRANA.

SANTIAGO:
IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO
de A. y M. Echeverria.—MORANDÉ NUM. 38,

1875.

SAL 495.1.3

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

Sra. Doña Ascension Rodriguez de Necochea:

Mi estimada amiga:

Ud. me ha manifestado varias veces el deseo de leer una novela escrita por mí.

Yo pensaba que si la novela no era digna de publicarse, no era digna de ser leida por Ud., i eso de publicar una novela en un país tan culto como Chile, donde el talento para escribir i el gusto severo i esquisito son tan comunes, superaba mi natural audacia

Pero la induljencia de que Ud. me ha dado pruebas tan repetidas,—he tenido oportunidades de convencerme de ello,—es una disposicion jeneral del país con respecto al estranjero. La hospitalidad de Uds. no se conforma con ofrecerle un asilo en que pueda detener con delicia su errante paso,—procura albergar tambien su injenio,—por pobre que sea, i queriendo vencer de antemano todo escrúpulo de su timidez, le dan un puesto de honor en el banquete de las letras, cuando todavía no se lo han asignado sus merecimientos. Si yo no me aprovechase de esa induljente disposicion, podria creerse que no confiaba en ella.

Conste, sin embargo, que este libro no es un libro, es un manuscrito que se entrega en confianza i sin pretenciones, para que sea leido en familia. Lo que hubiera hecho con Ud, lo hago con el público, contando de seguro,—si no logro escitar su interes,—con un bondadoso perdon.

¿No me atorgará Ud. el suyo por haberla molestado con tan largas esplicaciones? Bien lo merecen el afecto i la consideracion que siente por Ud.

Su leal i reconocido amigo i servidor:

A. ZAMBRANA.

Santiago, junio 1.° *de* 1875.

INTRODUCCION.

Allá por los años de 1862 las "tertulias literarias" eran mui frecuentes en la Habana. La actividad intelectual tenia cerrada la puerta de la política i de la alta polémica científica i filosófica i se refujiaba en la literatura.—El que estas líneas escribe era entónces poco mas que un niño, pero por una inclinacion irresistible hácia las letras, de que con torpeza pero con tenacidad innegable daba muestras constantes, habia adquirido el derecho de asistir, en algun ángulo casi olvidado del salon, a eso que era para él las sesiones de un areópago augusto. Pocas emociones de su vida se parecen a la deliciosa impresion que esperimentaba en su oscuro puesto.

En una noche de invierno,—cree recordar que fué en el año de 1862,—se presentó uno de los miembros mas importantes del grupo literario con algunas hojas de papel en la mano, i despues de asegurar que contenian la narracion de una historia tan triste co-

mo verdadera, hizo su lectura, que duró mas de dos horas; se ocupaba de un hecho cierto i de personas conocidas. Aquello no tenia la intencion de ser un poema, tenía el propósito de ser una acusacion.—La acusacion contra un hombre por lo pronto i en el fondo,—i acaso sin advertirlo, la acusacion de un gran crímen nacional. El que era un niño no tiene hoi bastante confianza en su discernimiento de entónces para apreciar el valor artístico del relato. De lo que está seguro es de que comenzó a llorar poco despues de haberse empezado la lectura, i de que cuando se hubo concluido lloraba todavía.—Tenia en aquella época mui vaga idea de lo que era la infamia de la esclavitud; nacido i educado en una sociedad en que esa infamia estaba en la atmósfera habia respirado su veneno sin darse cuenta de ello. En aquel instante sufrió un deslumbramiento. Tuvo una vision espectral i se estremeció de una manera profunda al ver aquella figura sombría de pié sobre los destinos de su país. Adoptó en su interior la resolucion irrevocable de no ser cómplice en ello de ninguna manera i de consagrar en la primera ocasion oportuna su sangre i su alma a borrar de la frente de Cuba la mancha ominosa.

Ha tenido despues la dicha de cumplir su juramento.

¿Pero cuál es la oportunidad de este episodio?

Hé aquí la esplicacion.

Se proponia escribir para Chile,—a indicacion de algunos amigos benévolos,—una novela de costumbres cubanas.—Creyó que para describir costumbres cubanas debia referirse a la época colonial i que en la colonia lo que habia de mas característico era la esclavitud.—Ahora bien, la esclavitud es un hecho tal que, despues de presentarlo desnudo, toda declamacion que se haga en torno suyo es una banalidad, i aun la refleccion mas insignificante que se le añada puede considerarse como un ultraje para el sentido moral del lector. Se trataba, por lo tanto, de contar el hecho i nada mas.

I para contar el hecho,—lo confiesa con cierto rubor,—ningun esfuerzo de su fantasía ha podido superar el recuerdo que guarda su mente de la historia a que acaba de referirse.—La naturaleza tiene siempre cierto prestijio sobre el arte i hai en la verdad algo que no puede remedar la mas esquisita i bien fabricada mentira.

Su obra tenía empero un grave inconveniente. Si se obtenia éxito en ella, era debido de seguro al hecho mismo o a la espresion dramática que habia sabido darle el primer narrador i que tanto impresionó al que lo refiere ahora.—Si no se obtenia, era que el nuevo historiador no habia sabido traducir eso.

Estraña empresa literaria ¿no es cierto? en que se corre el riezgo de haber hecho un mal comentario

i no se busca la gloria de haber producido una invencion feliz.

No ha podido sin embargo resistir a la tentacion de acometerla.

PRIMERA PARTE.

EN LA CIUDAD

CAPITULO I.

UNA ESCENA DE FAMILIA

Doña Josefa Ramirez de Orellana, era en el año de 1861 una de las damas mas distinguidas de la alta sociedad habanera. Acaso puede decirse que ocupaba en ella el primer puesto. Viuda de un intendente de Real Hacienda, de noble estirpe i de cuantiosa fortuna, tenía ademas en su persona i en su su educacion todo lo que era necesario para presidir el círculo a que pertenecia. Su parecer hacia lei en materia de etiqueta i sus costumbres hacian lei en materia de piedad relijiosa. Se decia: *ella lo ha dicho* o se decia: *ella lo ha hecho* i era asunto concluido. Aunque habia nacido en 1803, i sin que esto pudiera atribuirse a grandes pesares o a una vida fatigosa o ruda, sus cabellos estaban completamente blancos. Lo que completaba su tipo.

Ya hemos dicho que era viuda; no tenia ni habia tenido mas que un hijo: Cárlos de Orellana, gallardo mozo de veinte i dos años; el orgullo i la dicha de su madre.

En la época a que nos referimos vivian ámbos en un antiguo pero sólido caseron, situado en la calle de la Amargura.

Es allí donde vamos a introducir al lector.

Un edificio puede tener sin duda una fisonomia.

Aquella casa era el símbolo de piedra de la aristocracia colonial. Se le veia altivez pero no se le veia majestad. Era ancha, baja, macisa i desairada. Constaba de dos pisos: en el piso inferior las piezas de la servidumbre, en el piso alto una galeria circular, un salon i dos pequeñas salas de recibo, el comedor i dos hileras de habitaciones. No pensamos describir eso minuciosamente. No daremos detalles sino en el caso i en el momento que la claridad lo exija, pues de otro modo, dada la diferencia de costumbres, el *cicerone* absorberia al narrador i nuestros lectores concluirian por oirnos con cierta distraccion. El drama es lo que nos interesa i lo que procuraremos que interese a los demas. Es indispensable, sin embargo advertir, que en el patio de la casa habia un gran *aljibe* (1) cubierto por una tabla verde. Como se verá pronto, ese aljibe es un personaje de la novela.

Entremos pues.

Estamos en noviembre de 1861. Son las ocho de

---

(1) Receptáculo para recojer i guardar aguas llovedizas.

la mañana. En la galería circular i sentada de modo que puede contemplar el patio, se halla doña Josefa, vestida como siempre con un traje oscuro, propio de la estacion, que comienza a ser fria. De codos sobre el pequeño balcon que forma la galería, Cárlos de Orellana fuma con lentitud voluptuosa un aromático cigarro. Hai alguien mas allí: una jóven mulata. Se llama Camila i tiene diez i siete años. Es de sorprendente hermosura. Envuelta con esquisita elegancia en una larga i ancha bata i cubierto el cuello por un pañuelito de gasa, el fresco aire de la mañana parece estremecerla, i echada, mas bien que sentada a los pies de doña Josefa, en un pequeño sitial, tiene cierta actitud nerviosa, que un pintor hubiera querido copiar i que un gato imitaria.

Doña Josefa lee con atencion marcada la seccion de avisos de un periódico de la mañana, interrumpiendo su lectura para hacer alguna observacion a su hijo i para escuchar la respuesta, pero sin levantar los ojos del diario.

—No encuentro cosa que me convenga,—dice la madre.

—Te he dicho ya lo que pienso sobre el particular,—contesta Cárlos,—los chinos serán una desgracia para la finca. Ahora se han puesto de moda, pero es que no los conocen bien. En un *injenio* (1) el negro es el único trabajador útil.

—Los negros,—dijo con mal humor doña Josefa,

(1) Plantacion de azúcar.

yo no quisiera tener uno siquiera: es una raza que detesto, i ademas bien sabes los inútiles esfuerzos que estoi haciendo para conseguirlos.

—Pero mamá, replicó impaciente el mancebo, te olvidas de todo lo que te he dicho. Ayer hablé con don Antonio Velazquez. Acaba de introducir una *cargazon* de *bozales*; están en la playa todavia. Si tú quieres puedo ir a verlos i escojeré lo mejor. Los hai de todas edades i condiciones

Este debate fué interrumpido por la llegada de un nuevo personaje. ¿Quien era? Se necesita una esplicacion. En las casas aristocráticas de la Habana hai una mujer de la servidumbre encargada de *correr* con los gastos i cuidar de todo lo doméstico. Por lo comun es una *parda*, es decir, hija de negro i de mulata. Se llama Tecla o Dolores o Mariana. Viste con reserva i sencillez. Es mui relijiosa. Tiene un llavero en la cintura i suele ser gorda.

Mariana entró precipitada i llorosa.

—¡Aí señora!, dijo, ha sucedido una gran desgracia. Doña Josefa dejó el periódico sobre sus rodillas i echándose un poco hácia atras preguntó con calma ¿qué desgracia ha sucedido?

—La señora debe recordar que con motivo de la comida de anoche tuvimos que servirnos de los *cubiertos* dorados. En esos casos se ponen siempre, despues de limpiarlos con ceniza, en la tapa del aljibe para que se sequen. Yo lo he dispuesto asi, porque no se me ocurrió que pudiera sucederles nada...! ai Dios mio! ¿quién lo iba á pensar.

La pobre Mariana no se atrevia a decir lo que habia pasado, sino despues que largos rodeos aliviasen la caida de la noticia. Estaba realmente aflijida

—Pero doña Josefa precipitó el desenlace.

—¡Se los han llevado? dijo con un lijero asombro.

El asombro no carecia de fundamento. Robar en aquella casa,—quien quiera que fuese el ladron,—era una audacia singular. Para doña Josefa, si el robo se habia cometido, lo que veia en él era, antes que todo, una falta de respeto, i despues, en segundo término sin duda, veia ademas un robo; esto es un acto que las personas que siempre han sido ricas no pueden esplicarse i al que atribuyen el colmo de la perversidad i de los malos instintos.

Porque señalamos esta pequeña desviacion del raciocinio nadie supondrá que disculpamos ni atenuamos la culpa del ladron.

I en efecto, parece que se habia cometido un robo. Habia, al menos, motivos para pensarlo. Despues de muchos comentarios fué que vino Mariana a confesar lo mas grave. Una bolsa con quinientos pesos, todo el presupuesto del mes que comenzaba i que su señora le entregó el dia anterior, se hallaba con los *cubiertos*. Ese descuido no tenia disculpa. Ella misma lo reconocia. Estaba sin duda loca cuando habiendo puesto sobre el aljibe la bolsa del dinero, porque le pesaba en el bolsillo, miéntras hacia estender allí la vajilla, se olvidó despues de recojerla. Pero el caso era que ni bolsa ni *cubiertos* habia encontrado al levantarse.

La puerta de la calle estaba cerrada. Poco despues de haber salido para el mercado un esclavo de la casa, el negro Francisco, se levantó José, el viejo que cuidaba de la puerta, i habia tenido la precaucion de cerrarla. Nadie habia podido entrar i solo Francisco habia salido.

El negro Francisco, era un africano que desempeñaba las funciones de *calesero.*

—¿Porque fué Francisco al mercado? preguntó Doña Josefa.

—Es que Remijio está enfermo desde la semana pasada, dijo Mariana, i por eso Francisco hace las compras.

Todos permanecieron por un instante pensativos i silenciosos.

Era tan evidente que los hechos formulaban una acusacion, que Camila la rechazó. Inclinóse sobre las rodillas de su ama i, hablándole a ella sola; con acento apagado i conmovido:

—Mi señora, le dijo, Francisco no puede ser.

Doña Josefa no contestó ni con el pensamiento a esta observacion de la jóven. Su juicio estaba formado.

—Cárlos dijo dirijiéndose a su hijo—A mí no me parece del todo estraño lo que pasa. Ha sido siempre mi opinion que ese negro no debia estar a nuestro lado.—Capricho bien incomprensible en un jóven como tú tenerlo de *calesero.* Nadie usa para eso sino esclavos nacidos en el pais. Emilio o Ramon que se han criado en la casa i que tienen una figura tan

decente ¿no eran mil veces mas apropósito para servirte?

Cárlos arrojó al patio el cigarro a medio fumar. Se sentia contrariado por las sospechas de su madre; pero las encontraba justas. Quiso sin embargo defenderse.

—Francisco, esclamó, es un *calesero* escelente. Ni Ramon ni Emilio podrían manejar i cuidar los caballos como él lo hace. Ademas ¿pretendes acaso que no tiene buena figura? No es afeminado como lo son los negros criollos de la Habana, pero es fuerte i hermoso.

—Es un insolente.

—En la apariencia solo, es profundamente humilde.

—Es un salvaje.

—Estás en un error mamá, Francisco es bastante inteligente.

—I bien, esclamó por fin doña Josefa, píntalo como quieras, ya ves lo que ha hecho.

Cárlos no tuvo nada que responder.

Entretanto doña Josefa se habia puesto de pié i estaba apoyada tambien en el balcon de la galería. Mariana inmóvil i cabizbaja. Camila parecia sumida en una penosa meditacion.

De repente sonó un golpe en la puerta de la calle. Todos lo oyeron, o mejor dicho todos lo sintieron.

Un instante despues, el negro Francisco entraba en el patio llevando un cesto colgado del brazo: el cesto de las compras.

Francisco era como habian dicho Cárlos i doña Josefa un hombre hermoso, algo agreste. Vestido con una chaqueta i un pantalon blanco, la cabeza cubierta por un sombrero de enormes alas parecia, apesar de este prosaico atavío, por la rectitud casi agregia de su busto, por la calma desdeñosa de su apostura, un rei de la selva, un prisionero de la civilizacion.

Entró i, en vez de dirijirse hácia el interior de la casa, segun la costumbre, para entregar lo que traia, se detuvo junto a la puerta de una pequeña habitacion situada en el patio, donde se guardaban las sillas de montar i los arreos de los carruajes. Vaciló un momento, mirando en torno suyo, i despues sacó una llave del bolsillo i penetró en la habitacion, entornando la puerta a su espalda.

Las miradas de arriba se fijaron todas en aquella puerta que ocultaba un misterio. Camila miraba como los otros.

Pasó un largo minuto antes que Francisco saliese.

Cuando salió traia otro cesto en la mano. Entonces por un azar sus ojos se fijaron en la galería. No pareció apercibirse de la atencion estraordinaria de que era objeto. Se quitó el sombrero, hizo un lijero saludo con la cabeza i, dirijiéndose a Mariana, dijo:

—Cuando salí encontré los cubiertos sobre el aljibe, estaban secos i los he guardado porque ademas, mientras yo estaba fuera, alguien podia introducirse en la casa i llevárselos.

Nó añadió,—i se hubiera sospechado de mí. ¿Lo pensaba quizás? No lo pensaba.

Al poner el cesto sobre el aljibe doña Josefa, que desde su sitio no alcanzaba a divisar su contenido, preguntó sin poder contener su impaciencia:

—¿No habia mas que los cubiertos?

—Habia algo mas, le respondió Francisco, un bolson. Creo que es dinero, añadió con indiferencia i abandonando el cesto de la plata, tomó el otro, lo entregó a un criado que pasaba, i se ocupó de limpiar en el patio unos arreos de carruaje.

Los demas actores de esta pequeña escena observaron por largo espacio todos sus movimientos, advirtiendo el detalle mas insignificante en ellos. Curiosidad que inspira todo el que hace con sencillez algo grande i que, si no es todavía la admiracion o el respeto, está en el borde de esos sentimientos. Camila siguió mirándolo tambien, pero no se daba cuenta de lo que él hacia, porque no lo examinaba, lo contemplaba, i contemplándolo parecia vacilar, como se tiembla i se vacila bajo el peso de una carga demasiado fuerte o de una emocion demasiado viva.

CAPITULO II.

¿LLORAS?

El lector deseará hacer mas íntimo conocimiento con dos importantes personajes que le hemos presentado: la mulata Camila i el negro Francisco.

La madre de Camila era tambien mulata i habia pertenecido a la familia de doña Josefa. Su padre fué un blanco; pero ninguna otra noticia tuvo ella acerca de él, ¿quién sabe? Acaso era hermana de Cárlos. No lo aseguramos ni lo suponemos tampoco. Esta indicacion solo vá encaminada a señalar todo lo que puede haber de monstruoso en esa paternidad anónima, tan frecuente en el seno de la esclavitud. Hemos prometido prescindir del comentario, pero nó hemos renunciado a poner el hecho de relieve.

Ya en el capítulo anterior se ha visto cuan fácilmente se sospecha del esclavo. I semejantes sospechas son lójicas por lo comun; la esclavitud mutila de tal manera al alma, que todo lo que hai de viril en el espíritu del esclavo se estingue, todo lo que hai de noble desaparece.

Ahora se trata de algo no ménos grave. Camila no habia estado sobre las rodillas de su padre, no conocia su nombre. Fué enjendrada en cualquier rincon sombrio, sufrió antes de nacer los dolores que lleva consigo la maternidad que procura esconderse todo el tiempo posible, nació sobre la tarima de la servidumbre, apesar de que era hija de un hombre libre, i despues de nacer no pudo amar del todo a ese padre que no conocia, ni pudo respetar por entero a esa madre de cuyas culpas era el fruto i el recuerdo vivo. Situacion en que nada se exajera ni se desfigura. Es una catástrofe, un desquiciamiento moral que tiene, en los paises donde hai esclavitud, la regularidad de una lei.

Este tipo: la mulata hija de blanco es, como tipo físico, una maravilla que trae a la memoria las sirenas de la leyenda; la mujer en que se encarna bien posee un don superior al de la hermosura, el de la gracia, es decir, que posee esa elegancia espontánea que hace con el algodon lo que se puede hacer con el terciopelo, i que de una flor, colocada al descuido entre la cabellera, vierte mas rayos que los que lanza un diamante en una corona,—i ademas, la poesía del movimiento, la sonrisa que hace sonreir, el pié que no se juzga a propósito para andar sobre la tierra sino para ser contemplado, la mano que se quisiera estrechar un minuto siquiera, i que, despues de haber estrechado un minuto, se corre el peligro de querer estrechar toda la vida.

elogo de la mulata

Camila poseia la mayor pompa i el mayor encanto

que son dables en el tipo. Criada en el regalo, adquirió, sin dificultad, la delicadeza de gustos i la delicadeza de costumbres, que son por si mismas una belleza, i sin las cuales la belleza carece de perfeccion. El rayo de sol demasiado ardiente, el aire demasiado frio, el trabajo que endurece la mano delicada i encorva la graciosa espalda,—maltratan i hacen desaparecer muchas veces en una jóven la suavidad, la morvidez, la debilidad hechicera, que aun en las organizaciones mas vigorosas son posibles cuando se han desembuelto al abrigo de la bruma i de las durezas de la vida. La mujer es una flor de invernadero.

Podemos decir que vestía i se adornaba con esplendidez, sin atender demasiado a los límites que las convenciones sociales marcan para la mujer soltera, pero sin traspasar en caso alguno los del decoro.

Para doña Josefa, Camila era un objeto de lujo i ademas una niña que habia visto crecer, que amaba bastante i por quien sentía un interes sincero. Acariciada por todos los que la rodeaban, Camila, en sus cálculos i en sus determinaciones no se acordaba nunca de que era esclava, i aun le sucedió alguna vez olvidar que era mulata en la hora de esos ensueños que pueblan como vaporosos fantasmas la imajinacion de una adolecente. Su madre murió siendo ella una niña, lo que acabó de romper los lazos que la unian a su bajo oríjen. Vivía en el interior de la familia como una señorita. Es cierto que no asistía a las tertulias de ceremonia; pero

tambien es cierto que solo servía a su señora, i eso en aquello i de la manera que hubiera podido servirla una hija.

En esta situacion moral i física la hemos encontrado al comenzar nuestro relato.

La historia de Francisco era mui diversa.

Prisionero de guerra en su país, Francisco habia sido vendido como esclavo cuando tenia doce años de edad. Algunos hombres de su tierra vinieron en el mismo buque del otro lado de los mares i, despues de veinte años de esclavitud, todavía los compatriotas conocedores de su oríjen respetaban en él al descendiente de sus grandes guerreros. Esta tradicion era, i lo es siempre en casos análogos, un misterio. Un negro esclavo habla raras veces de su patria o de lo que en ella ha pasado en presencia de los blancos, primero porque no lo considera prudente i despues por que lo juzga como una especie de profanacion.

Digámoslo con franqueza, los recuerdos de la vida salvaje no son por lo regular mui persistentes ni mui concretos; pero la nostáljia de la vida salvaje existe. Habrá muchos que sonreirán con desden ante ese patriotismo que consiste en amar la barbarie; para nosotros el patriotismo es en todo caso un sentimiento jeneroso,—al que ama lo grande i lo brillante, lo comprendemos,—al que ama lo oscuro i lo desgraciado, hacemos mas que comprenderlo; lo veneramos.

En cuanto a Francisco tenia ese patriotismo

amargo. Llevaba majestuosamente entre sus cadenas el recuerdo de su país i de la dignidad a que debió llegar en su país, i esto no hacia de él un hombre triste, hacia de él un hombre grave. Miraba en ello un percance de la guerra i lo sufria como un guerrero estoico. Aceptaba como un homenaje justo el respeto de sus compatriotas i ofrecia a los blancos las fórmulas del suyo, que ellos habian comprado en un trato no por entero ilícito a los ojos del que habia sido su víctima.

Fáltanos esplicar que era lo que habia podido establecer armonías entre Camila, ese delicado producto de la civilizacion, i Francisco, esa estraña creacion de la selva.

La verdad del caso es que la armonía habia tardado en establecerse. La esquisita organizacion de Camila no podia simpatizar con aquella naturaleza tosca i rebelde a la cultura, con aquel hombre austero i serio que era lo negacion de todo lo que a ella la encantaba i de todo lo que a ella la constituia.

En cuanto a Francisco, miraba a Camila como una mujer que se proponia salir de su raza, que renegaba de su sangre, que sentia verguenza por lo que habia en ella de comun con él—crímen imperdonable a sus ojos:—todos los encantos de esa deliciosa jovencita no eran capaces de producir el menor efecto en su conviccion de mármol. Era el representante inturbable, orgulloso e intrasijente de la raza negra, i aquella mulata confundida con los blancos le inspiraba una avercion profunda.

No desconocemos que la lei del contraste es, tanto en lo moral como en lo físico, una lei de simpatía. Francisco era un hombre fuerte. Tenia el vigor, que es la fuerza del cuerpo i la altivez que es la fuerza del alma. Se comprendia, mirándole, que era incapaz de vacilar en presencia de un obstáculo i que probablemente nunca habia sentido,—ante un peligro de cualquier linaje,—el frio del miedo en sus nervios. Era un Apolo de ébano, tenia la cabeza soberbiamente colocada sobre los hombros, la espalda ancha, el pecho poderoso, estaba erguido sobre el suelo como sobre un pedestal i se leia en su mirada que por dentro no era menos robusto que por fuera. Músculos de acero i corazon de granito.

Pues bien, el valor i la fuerza son cualidades que rara vez dejan de ser apreciadas i queridas para las mujeres, i mas aun, para esas mujeres cuyo cuerpo frájil i nervioso encierra un alma tímida i vacilante. Para ellas apoyar la cabeza en una hora de duda, u ocultarla en una hora de peligro, junto a un corazon que bate tranquilo, es agradable i casi necesario.

Las relaciones cotidianas que su situacion respectiva mantenia entre los dos puso en contacto a Camila i a Francisco mas de una vez bajo el punto de vista que acabamos de analizar. Si se atravesaba en carruaje por el campo alguna senda frecuentada por los bandidos, si los briosos caballos parecian dispuestos a romper el freno i a lanzarse sobre un abismo, si un motivo cualquiera de alarma escitaba os fáciles terrores de Camila, la presencia de Fran-

cisco, su sereno aspecto, la seguridad que respiraba toda su persona, bastaban para calmarla i satisfacerla.

I Francisco no podia ser indiferente a esa confianza. Una mujer, cuyo miedo nos pertenece, cuya angustia sosegamos con una mirada, está unida a nosotrós por un vínculo sagrado. Era demasiado jenerosa su alma para que en casos tales no se apresurase a socorrer la debilidad de Camila.

Estas palabras dichas por una voz melodiosa i trémula todavia: "si Francisco no hubiese estado con nosotros".... Esa palidez que se auyentaba cuando él decia: no hai cuidado, esa mano suave i perfumada como un lirio, que se posaba sobre su cuello, oprimiéndolo lijeramente, al cruzar Camila un rio sostenida por sus brazos o al saltar lijera desde sus brazos al caballo, interrumpian por intervalos la glacial indiferencia de Francisco, turbando un instante su irrevocable desden. El leon sentia un vago deseo de acercarse a aquella gacela.

Impetus pasajeros que no bastan a destruir una fundada antipatia i apesar de los cuales Francisco no habria salvado jamas la distancia que lo separaba de Camila.

Un acontecimiento de cierta gravedad influyó de seguro en alterar este órden de cosas, cambiando el rumbo de las ideas i de las impresiones de la jóven i haciéndole considerar a Francisco bajo un aspecto enteramente nuevo.

Sucedió, pues, que una negra anciana, llamada

¿Será acaso que el libro carece de estructura bien definida? parece que este capítulo sigue líneas bien definidas.

Antonia, que tenia un lejano parentesco con Camila, fué atacada por una enfermedad terriblemente contajiosa. Este mal, que en aquella época hizo grandes estragos en la Habana, producia casi siempre la muerte; pero no una muerte cualquiera, no la estincion lenta de la vida, no el decaimiento gradual de las facultades i de las fuerzas, sino una muerte estraña i angustiosa: el tormento de la asfixia. La persona atacada de *croup*,—sentia de repente, con el espanto que puede presumirse, nacer en su garganta una membrana vivaz que, arrancada, se reproducia en un segundo i que estorbaba la comunicacion del pulmon con el ambiente. Por desgracia no era bastante espesa para cortar de momento la respiracion. Daba todo el tiempo necesario para que se comprendiese que iba uno a morir i para que la asfixia, esta lucha de algunos minutos en el que se ahoga i en el que se envenena con carbon, fuese una lucha de horas, acaso de dias. Todo el aparato respiratorio, sorprendido en el ejercicio de su funcion por aquel obstáculo imprevisto, concentraba inútilmente su vigor vital para romperlo. Era como el muro de arena para el occéano. El aire que queria entrar o el aire que queria salir se lanzaba con el ímpetu de una ola sobre aquella jelatina blanquisca. Su esfuerzo era vano. La flexible membrana cedia se doblaba, dejaba entrar o dejaba salir,—dejaba filtrar, mejor dicho, una corta cantidad de aire, lo suficiente para que la muerte no viniera en seguida; pero no mas. El sufrimiento del enfermo a nada pue-

enfermed de una [illegible] anginia (croup: asfixia [illegible]

de compararse. Con la mirada de la desesperacion en la pupila, con la contraccion de la impotencia que se comprende asi misma en la fisonomia, con la mano convulsivamente llevada de contínuo a la garganta, con la voz enflaquecida por aquel pedazo de puz animado que asorda la larinje,—aislado casi siempre por el miedo de los demas, veia con el sonambulismo de la fiebre la figura de la muerte acercarse lenta e implacablemente hácia él.

I el aislamiento del enfermo es mui natural. El contajio de la enfermedad era casi inevitable. Aquel aire que pasa al través de la membrana es un aire envenenado. I ademas, sucede amenudo que, mientras está inclinado sobre el enfermo alguien que procura aliviarlo, un espasmo del pulmon arroja a su rostro algunos trozos de la membrana. El enfermo escupe la muerte. Algunos médicos perecieron así.

Perdone el lector tan estensa digresion patolójica. Esto es necesario para comprender bien lo que va a decirse.

Cuando en el seno de una familia penetraba el *croup* el miedo no era poderoso a romper los lazos de amor; lo que sucedia amenudo era que la madre moria junto al hijo i el esposo junto a la esposa: familias enteras desaparecieron en pocos dias.

Pero un negro i sobre todo un esclavo contaba dificilmente con esta abnegacion heróica. Un negro que ha venido de Africa tiene pocos parientes en Cuba i por otra parte, nos duele tener que decirlo, —el vínculo de la familia se afloja en la esclavitud.

El esclavo es de la familia de su amo,—su propia familia desaparece un poco. La codicia o la necesidad la dispersan a cada momento. Hai que vender a la hija por un lado i a la madre por otro. El esclavo se habitúa a no ser de una manera perfecta hijo, hermano,—ni aun padre ¡horrible blasfemia!

En un discurso que pronunciamos en el teatro Municipal de Santiago tuvimos ocasion de citar el siguiente anuncio de un periódico de la Habana, comentado ya en el parlamento español: «Se vende una pareja de yeguas del Canadá i dos esclavas, madre e hija, las yeguas juntas o separadas,—las negras, la madre i la hija, separadas o juntas—Babilonia sin máscara.

Antonia, enferma de *croup*, fué trasladada casi incontinenti a una *accesoria* de la casa. Pensóse en alquilar una enfermera; pero Francisco no lo consintió. Dijo que un asistente mercenario era poco de fiar i se puso valientemente al lado del lecho peligroso. No solo cuidó con esmero incesante a la pobre anciana, sino que con su imperio sobre los otros negros, los obligó a rendir al cadáver ese último homenaje, por el cual el amor de los que se quedan en la tierra no se detiene sino ante la boca abierta de la sepultura.

Los acontecimientos de la vida,—obra del voluble i caprichoso destino,—se enlazan en ocasiones entre sí como si obedeciesen a un pensamiento comun. En aquellos dias se verificó en la Habana un matrimonio desigual. La hija de un español rico que des-

cendia de negros por su madre encontró un blanco, deslumbrado por su riqueza, que solicitase su mano. El codicioso marido era un funcionario de alguna importancia, concurria a la buena sociedad, era conocido en un estenso círculo. En la casa de doña Josefa se ocuparon del particular. Hablaban una vez dos o tres amigas, haciendo grandes aspavientos, del escándalo que habia producido el tal matrimonio i, sin que sirviera de óbice la presencia de Camila, manifestaron su profundo desden por la mulata rica que habia comprado un marido blanco. Segun aquellas piadosas mujeres, la diferencia de razas era un obstáculo definitivo e insalvable para la amistad i el amor. I encontraban ellas i doña Josefa tan natural i lójico lo que estaban diciendo que, sin la intencion de ofender a Camila, agotaron todo el bocabulario del sarcasmo contra una situacion en que ella se encontraba, i contra pretenciones i deseos que era posible que Camila abrigase.

Camila se sintió profundamente humillada i herida. Ni siquiera se habia reparado en su tristeza i en su rubor. Despues de una larga lucha consigo misma, despues de esa hora de amarga indecision que precede a las grandes resoluciones i a los grandes sacrificios,—deshiso la trama de sus bellas fantasías i de sus ensueños quiméricos. De las dos razas a que pertenecia la una la rechazaba sin compasion,—iria a pedir un asilo a la otra. De allí en adelante estaba decidida a aceptar por entero las consecuencias de su oscuro nacimiento. Se sumerjió so-

llozando i con los ojos cerrados, para no contemplarlo, en el abismo abierto ante su paso.

I al inclinarse hácia la raza negra no pudo menos de fijar su mirada en la figura moral de aquel hombre que era su tipo mas hermoso, que era tan fuerte, tan heroico i tan altivo, que llevaba la servidumbre con la misma dignidad con que se puede llevar una corona i que, por el amor de su raza, acababa de desafiar una muerte horrorosa i repugnante: allí, a su lado estaria ella de seguro mas protejida que por la desdeñosa piedad de los blancos.

El suceso relativo a los cubiertos la encontró por tanto preparada para sentir cuanto habia de inícuo i de ultrajante en las sospechas inspiradas por Francisco, i para comprender que tierno interes la unia ya a ese hombre en quien tan poco se habian detenido antes su mirada i su pensamiento.

En la tarde de ese dia,—a que se refiere el comienzo de nuestra narracion,—Mariana pensó satisfacer el escrúpulo que esperimentaba por haber sospechado de Francisco, comunicando a éste lo que habia ocurrido en su ausencia de la mañana. Penetró, pues, en la habitacion del piso bajo en que él se encontraba i le manifestó su alegría por que no hubiera aparecido culpable. Escusóse de que en un instante de turbacion no hubiese hallado como comprender la desaparicion de los cubiertos. Seguramente, decia, la responsabilidad que a ella le tocaba en el asunto la habia estraviado por completo. Tan necias escusas no hubieran sido ofrecidas a saber

Mariana que Francisco nada advirtió de los recelos que despertaba su accion. Vióle sério i sombrío, por acaso, i esto le bastó para imajinar que se habia dado cuenta de la situacion, pensando que era oportuno halagarle con protestas como las que le hizo.

Francisco se indignó de un modo profundo al saber por la imprudente Mariana la escena que hemos referido a nuestros lectores. Se la hiso contar varias veces detalladamente i con la calma que le era característica, sin descubrir las violentas impresiones que sentia, dijo a Mariana, que le agradecia mucho su buena voluntad.

—En cuanto a la señora i al niño Cárlos, añadió, han hecho mal en sospechar de mí i no puedo continuar a su servicio,—i como Mariana hiciese un jesto para interrumpirlo—no tema Ud., añadió, que se pueda saber quien me ha enterado de eso. Nada diré sobre el asunto. Ya es casi de noche, aguardaré a mañana para hablar con mis amos. No me faltan otros motivos con que esplicar mi deseo de ser vendido. Estoi seguro de que me lo concederán. Hai un caballero que se vá para Santiago de Cuba i que quiere llevarme consigo. Me pagará caro. Me lo ha dicho con frecuencia. En un momento quedará todo arreglado. No tenga Ud. pesadumbre por ello. Me alegro de irme de esta casa i de la Habana tambien,—Mariana quiso de nuevo interrumpirlo — es inútil que hablemos mas, añadió estendiendo la mano para cortarle la palabra. Me iré de todos modos.

I se dispuso a salir.

Pero al salir encontró a Camila, cuya llegada no habia sido advertida i que sin ser vista, escuchó una parte del diálogo. De pié, en la sombra, con la mejilla inclinada sobre sus dos manos juntas, lloraba silenciosamente. Es imposible describir lo que Francisco esperimentó al encontrarla así. Una revolucion inmensa tuvo efecto en su espíritu. Con la voz empapada de gratitud, de sorpresa i de profunda ternura.

—¿Lloras? dijo, i se apoyó sin aliento, casi desmayado en el dintel de la habitacion.

CAPITULO III.

EL AMOR DE UN NEGRO.

Francisco no salió de la casa. El incidente de los cubiertos fué olvidado i los acontecimientos siguieron su curso regular. Solo que para Francisco ya no era lo mismo. Algunos dias despues solicitó una entrevista secreta de Camila. Ella no lo encontró inesplicable. La comunicacion entre Francisco i Camila era rara i difícil; se veian mucho delante de todos, pero donde pudieran hablarse con libertad no se veian casi nunca. Doña Josefa mantenia de contínuo a Camila cerca de sí, i no le gustaba que ésta fuera al piso bajo a mezclarse con los otros criados.

Camila dormia con Mariana en una pieza de arriba, cuya ventana daba sobre la galeria. A media noche Francisco podia subir cautelosamente i hablar con ella al traves de la ventana. Mariana no se opuso a la entrevista. La proteccion de Camila era mui importante a sus ojos. Se contentó con las razones que ella le espuso para justificar aquel paso,—considerándolas como una confidencia hecha a medias i

creyendo adivinar el resto. La altura i el tamaño de la ventana disipaban todos sus temores. Colocó su cama junto a la puerta i aseguró a Camila que tenia entera confianza en su juicio,—precaucion i garantia que la hicieron sonreir. Las encontraba fuera de lugar.

Despues que se hubieron retirado en la casa, Camila hizo su *toilete* nocturna con su acostumbrada coquetería. El cabello recojido sobre la cabeza i el peinador subiendo severamente hasta el cuello hubieran parecido irreprensibles a una vestal, i sin embargo no habia un pliegue de aquel peinador, ni un rizo de aquella cabellera que no inspirase una sensacion peligrosa. La gracia,—ya lo hemos indicado,—hace esos milagros. La coquetería de la monja es posible.

Camila aguardó impaciente la hora de la cita, i no es que ella presintiese nada de estraordinario; pero para una niña tener un secreto es mui agradable. La mujer,—Eva eterna,—muerde con ansia el fruto prohibido de lo misterioso.

La hora vino al fin.

Al oir la última campanada de las doce, Camila acudió a la ventana, i antes que pudiese divisar a Francisco, ya tenia colocado un dedo sobre los labios como recomendando al destino que evitase todo ruido denunciador. Así, con los ojos mui abiertos, inmóvil i anhelante estaba encantadora. Era el ensueño del silencio.

En la oscuridad de la galeria, que la luna no

bañaba con su luz, se destacó, un minuto despues de la hora, la vigorosa figura de Francisco. Venia cubierto por una capa negra, sin sombrero i con los pies desnudos. Andaba despacio i con sijilo pero firme i reposadamente.

Esta cita a la pálida luz de la media noche tenia un misterio inefable i supremo. La pequeña ventana recordaba una prision de la edad media. Camila detras de sus hierros tenia el aire de una cautiva. ¿Venia a libertarla acaso ese formidable Otelo?

A medida que Francisco se acercaba, ella sonreia mas deliciosamente. Cuando hubo llegado del todo, Camila dejó escapar el suspiro de la ansiedad que se disipa.

—Francisco,—dijo con una voz, que por ser apagada, no le pareció a él menos divina i melodiosa,—he tenido un miedo horrible desde que dieron las doce, un miedo mui grande,—i se ponia la mano sobre el corazon. Somos imprudentes. Si la señora supiera esto se irritaria mucho.

—No tengas cuidado, Camila, no lo sabrá. Todo está bien oscuro i bien silencioso. El perro del patio me conoce. No hai el menor peligro,—contestó Francisco.

Camila hizo un jesto de terror.

—Yo no habia pensado en el perro,—dijo,—si por una casualidad fuese a ladrar ahora no acertaria a quitarme de la ventana. Francisco, vete por Dios, otro dia me dirás eso; escríbeme, i recordando que Francisco no sabia escribir, se precipitó a añadir ru-

borizada:—Mañana yo haré modo de que hablemos, de dia tengo mas valor.

—Cálmate Camila,—repuso Francisco, me causa mucha pena verte temblar i luego sonriendo para que se tranquilizase, loca, añadió ¿a qué le tienes miedo? ¿cómo es posible que nos sorprendan ? Yo tengo necesidad de hablar contigo. Mañana no seria posible. Puesto que he venido, hablemos ahora, i le tomó la mano para acabar de sosegarla.

—Bueno,— dijo Camila, desvanecido casi su temor,— veamos ese gran secreto. Yo soi mui curiosa i he estado pensando todo el dia lo que puede ser. ¿Es algo que tú quieres que yo le pida a la señora?

—Nó,—contestó Francisco.

—Al niño Cárlos?

—Tampoco.

—¿Es algo que ha sucedido en la casa?

Francisco movió la cabeza negativamente.

—Pero si yo lo quiero adivinar,— decia Camila, —ah! añadió despues de una pausa,—es para irte. No señor, no te irás, yo no quiero que te vayas. Que ese caballero de Santiago de Cuba busque otro calesero ¿Con que ahora que somos bien amigos se te ocurre marcharte i dejarme aquí abandonada? Yo no quiero de ninguna manera i si te vas me enfadaré mucho, i recordando quizás el efecto que sus lágrimas hicieron en Francisco, sonrió de un modo picarezco i jentil, diciendo: i me harás llorar.

Francisco estaba embelesado.

—Nó Camila, dijo, no me iré, no se trata de

eso. Ni me acordaba de ese caballero que tú dices. Tanpoco se trata de que le pida nada a la señora ni al niño Cárlos. De lo que se trata es....— le costaba trabajo continúar, mira Camila, no sé si te gustará que te diga esto, yo te quiero hace mucho tiempo.

Por la emocion con que fué dicha la frase no tenia un sentido ambiguo.

Camila, no obstante, creyó haber entendido mal.

—Dices que me quieres,—le replicó,—haces bien en quererme yo tambien te quiero; pero para eso no se necesitaba tanto misterio. Seremos hermanos. Poco a poco se irán acostumbrando en la casa i yo haré todo lo que pueda por que te traten bien. La señora....

Francisco la interrumpió.

—Como yo te quiero, Camila, dijo, es de otra manera. Parece que he hecho mal en pensar que eso era posible. Mas vale que lo haya sabido desde ahora. Despues de todo yo soi un negro i un negro no puede gustarte para marido. Tu eres casi blanca, puedes tenerme lástima; pero no puedes quererme. Eso es mui natural, lo malo es, añadió, i su voz era un sollozo articulado, lo malo es que me figuré que tú me querías, i tendré que sufrir un poco ahora para abandonar esa idea, i retiró su mano, que estaba todavía enlazada con la dé Camila.

¡Oh dolor!—se habia equivocado.

Camila lo vió partir sin encontrar una palabra que pudiese consolarlo. El desenlace de la aventura la habia asombrado. La pena de Francisco la conmovia

mucho i ademas tenia que renunciar a esa amistad naciente que era casi un amor i de que tanto necesitaba. Se puso mui triste. Ella tambien se habia equivocado.

De aquella entrevista no salió, como vé el lector, lo que era natural que saliera. El balcon de Camila no presenció el diálogo ideal de dos enamorados. Faltaba Julieta. Solo Romeo vino a la cita.

entrevis
entre
camila y
Francisco
malentend
Romeo y Juli

*
* *

Cuando Francisco se encontró de nuevo en su cuarto la desesperacion habia entrado con él.

Sus movimientos llenos de calma reflejaban en apariencia una serenidad perfecta. Quien le hubiese podido observar se habria resistido a admitir que sobre este hombre acabara de caer una de esas desgracias que por ser oscuras parecen pequeñas, pero que desgarran lo mismo todos los corazones. Los sentimientos de un hombre culto pueden tener una espresion que los haga mas interesantes; pero en la naturaleza áspera, que no ha sido modificada por la educacion, hai una vehemencia que hace del amor, de los celos, de la venganza o del remordimiento, verdaderos huracanes del alma.

Francisco tenia uno de esos huracanes en el pecho.

Desde la tarde en que la idea de su partida hizo llorar a Camila aquella casa se habia trasformado para él en un lugar celeste. El recuerdo de la sospecha injusta, los trabajos humillantes de la esclavitud, las durezas de los amos: eso se habia desvanecido. *Ella* estaba allí ¿que importaba todo lo demas? Dante

escribió una blasfemia cuando puso dos amantes juntos en el Infierno: donde está ella es el Paraíso.

Se puede ser feliz así, hasta el colmo, sin cambiar de situacion. Basta la mirada de una mujer.

Francisco vivió esos dias absorto i distraido, desempeñando maquinalmente su faena, mientras pensaba en otra cosa. Para cualquier suceso que le desagradara tenia un remedio: pronunciar su nombre, su nombre, esas tres sílabas queridas, que iban tan fácilmente desde su pensamiento a sus lábios i desde sus lábios a su pensamiento.

Parece increible que una palabra tenga tan maravilloso poder; pero es la verdad. No hai armonía en la tierra que pueda compararse al nombre de la mujer amada: lo pronuncia uno i es como si toda la cantidad de música que hai en la naturaleza se hubiese agotado en un acorde majistral.

Las lágrimas de Camila fueron miradas por él como una revelacion. Revelacion semejante a un palacio encantado con cuya puerta tropezáramos de improviso. Entró.

Entró, es la palabra,—se abismó en un delirio delicioso.

Aquel dia cuando Camila i Mariana se fueron, no se quedó solo. Estaba acompañado para siempre: tenia allí la figura de Camila, de pié, llorando junto a la puerta, ¡llorando por él!—¡oh delicia!—llorando porque él se iba, llorando por su ausencia posible. ¡Misterioso placer el que puede producirnos ver llorar a una persona que adoramos!

Pero Francisco no la amaba antes. Error. La amaba hacia mucho tiempo. Nosotros le hemos contado al lector lo que él mismo hubiera dicho de sí: que aquella mulata altiva le inspiraba casi odio; mas hai odios que no piden otra cosa que convertirse en una pasion desenfrenada.

Si un ave azul canta en una jaula de oro que no nos pertenece, mientras nosotros jemimos en un calabozo, el ave puede inspirarnos aborrecimiento; pero que al traves de la dorada reja se escape un dia i venga a posarse sobre nuestro hombro, i a cantar en nuestro oido i a jirar con amor en torno nuestro, i nos diremos que siempre nos ha sido grata i que la seda de sus plumas i la melodía de su garganta de cristal nos parecieron desde el principio dulces i arrobadoras.

Tal era la situacion de Francisco. Camila, aquel ruiseñor de la tarde, aquella alondra de la mañana, aquel fantasta de espuma de color de rosa, era para él: él la habia amado toda su vida.

Sueño dulcísimo, que era tanto mas hermoso, cuanto mas rudo i desventurado era el hombre que lo formaba.

De súbito la quimera se habia disipado. La niña deslumbradora no compartiria su vida. El continuaba siendo un desterrado de todo lo que brilla i seduce i el astro se quedaria en su nube, contentándose con enviarle un rayo de piedad.

Esa amargura fué mas fuerte que Francisco. Comenzó por aparecer tranquilo, por sentarse con mucha calma sobre su lecho, i acabó por tomarse la cabeza entre ambas manos i llorar desconsolada i convulsivamente.

Si Camila lo hubiese visto así, ajitado por su dolor como una caña por el viento, revolcándose en las tinieblas, despedazado por la angustia, hubiera considerado su indiferencia como un crímen i le habria tendido la mano; pero nadie le veia. Estaba solo, enteramente solo, en la sombra i el misterio de la media noche.

* * *

Al dia siguiente esta lucha habia producido dos resultados: una tristeza incurable e intensa en el alma de Francisco i el propósito de no turbar con manifestaciones estériles, con quejas que debian ser dolorosas para ella, la quietud de Camila.

Francisco comprendió que Camila tenia que considerarlo o como el elejido de su corazon, en quien ninguna cualidad podia ser un defecto, o como un hombre inferior por su raza, con quien una repugnancia esplicable le impedia unirse por el lazo del amor. No era lo primero;—i bien,— aunque fuese terrible de aceptar esta conviccion,—era forzosamente lo segundo. Si era lo segundo, si era el amante imposible, la tentativa para hacerla cambiar de sen-

timientos, siendo inútil, haria una penosa impresion en su ánimo. Francisco acabaria por ser odioso a Camila.

I ademas pretender el amor desde abajo i combatir para despertarlo algo que se asemeja al menosprecio, es mui duro para el alma altiva que no reconoce la inferioridad de lo que en ella se mira con desden.

Las primeras impresiones de Francisco resucitaron, por decirlo así. No dejó de amar a Camila, porque no era posible; pero volvió a creer que Camila sentia repugnancia por su raza. Apesar de que las palabras que ella pronunció en la entrevista evadian mas bien que rechazaban su amorosa protesta, bien claro habia él leido en sus ojos el nó resuelto i firme i las razones que lo motivaban. Habia sin duda alguna lijereza en su juicio; pero eso no es raro; a medida que se ama mas, es uno mas injusto con la persona a quien se ama. El amor condena sin oir. Por fortuna, su fallo no es inapelable, i despues de escribir una condenacion, está dispuesto a borrarla con sus lágrimas.

Esta aversion que él creia ver en Camila no despertaba, sin embargo, en su pecho ningun sentimiento amargo. El amor todo lo perdona. Decidióse a llevar en el fondo del alma su pasion, que podia acusarla como un remordimiento. El papel de hermano, de amigo apacible i desinteresado, no era

conciliable con su tempestuosa ternura. La intimidad que exije es un peligro i un tormento en el enamorado. Una mujer dice mui fácilmente a la pasion que no acepta: transfórmate en ternura fraternal, i a primera vista se juzga que debe ser un consuelo para el que no es amado de otra manera, ese título precioso, que es una preferencia del corazon, aunque distinta de la que se ambiciona; pero la tibia fraternidad aumenta en vez de disminuirlos los dolores del que desea otro jénero de ternura. Francisco no podia ser un hermano; pero podia ser un esclavo de la que amaba, dispuesto a protejerla, a apartar de su alrededor todo lo que fuese una pena i a morir por ella, si era necesario. Hízole el sacrificio mas grande que a un amante se puede exijir; no revelar ni con un jesto ni con una palabra su pasion. Lo hizo deliberadamente i para no apesararla con el espectáculo de un dolor que no le era posible remediar; pero de que se supondria acaso culpable. El no analizaba bien estas impresiones i estas ideas; pero eran las suyas: el instinto del corazon vale mas que todos los raciocinios del filósofo.

podia un mano podia un esclavo que ha-do nado

Camila temblaba de encontrarse al dia siguiente con Francisco. El amor que no se comparte, aunque halague la vanidad, es muchas veces un homenaje que importuna:—las frases, los suspiros, las reconvenciones, las lágrimas, que son tan dulces cuando el sentimiento es comun, no siéndolo, producen tédio.

Camila temió escenas, o por lo ménos una palabra o una mirada, que intentasen recordarle i repetirle lo que habia pasado la víspera. Ensayaba, sin encontrar nada de su gusto, lo que debia decir i lo que debia hacer como medio de aliviar el dolor de Francisco, i le sonreia la esperanza de que algun dia, como ella lo habia pensado, el voto fraternal de su corazon llegara a realizarse.

Al ver a Francisco sereno, sonriente i casi distraido de buscar la mirada de sus ojos, sin que hubiese por otra parte amaneramiento ni señales de odio en su conducta, pensó, mui satisfecha, que la resignacion habia venido.

Cuando, pasados algunos dias, esa sospecha fué una conviccion no dejó de irritarla en parte la facilidad con que se habia calmado la pasion de Francisco: no me amaba realmente,— se dijo;—es una dicha. Esta dicha la entristecia un poco sin embargo.

***

Para que Camila pudiese darse cuenta exacta de la frialdad que Francisco aparentaba sentir, una casual i repentina induljencia de doña Josefa le permitió encontrarse con él i observarlo mas amenudo. La falta de trabajadores en su *injenio* preocupaba vivamente a la señora. Los negros no son una mercancía que se halla siempre en la abundancia i en

las condiciones que pueden apetecerse. Los cruceros ingleses, como es sabido, persiguen a los buques negreros. Preparados estos de propósito para la especie de *caza* a que se ven espuestos pueden ante la amenaza de una visita arrojar en el fondo del oceano el cargamento que conducen por medio de una trampa colocada en su interior: el buque abre al oir el primer cañonazo ingles su intestino horrible, lanza al mar lo que lo pone en riesgo i continúa tranquilamente su marcha. Pero los que aguardan impacientes su llegada en las costas de Cuba sufren con ello una amarga decepcion. Un buque, en cuyo cargamento tenia interes doña Josefa, tuvo que abandonarlo en un islote aislado en medio del mar, por temor de un encuentro con los ingleses. Distraida doña Josefa con el cuidado de sus negocios, apenas puso atencion a la conducta de su jóven esclava.

Camila, cuya imajinacion ociosa tenia que alimentarse con los pequeños incidentes domésticos echaba de ménos la ternura amistosa de Francisco. No deseaba su amor;—al ménos no creia desearlo; pero hubiera preferido un odio franco, justificado por su desvio, a la indiferencia perfecta que él mostraba por ella. Aquellos dias que siguieron al incidente de los cubiertos la habian habituado a tener cerca de sí una persona que la mirase con predileccion. Su entrevista nocturna con Francisco le hizo prever borrascosas luchas, que la asustaron en el primer momento, pero

cuya ausencia deploraba ahora. El aislamiento en que habia venido a quedar le era insoportable. Quiso salir de él a cualquier costa.

Acercóse a Francisco, procurando romper lentamente el muro de nieve que los separaba. Dirijíale la palabra siempre que habia el menor pretesto i su voz se convertia para hablarle en un arrullo melancólico. Fijaba en él con frecuencia la dulce i acariciadora mirada que salia tan naturalmente de su alma. Le daba comisiones que lo pusieran en contacto con ella i que lo obligaran a la intimidad. Pronunciaba su nombre con un acento de singular cariño. Lo cercaba de fascinaciones, produciendo en él, sin advertirlo, i con el solo intento de atraerlo a su amistad, la fiebre de la pasion,—el naufrajio de todas sus resoluciones vigorosas en esta ola de fuego que envolvia su pensamiento i sus sentidos.

Coqueteria despiadada. Guerra de todos los ninutos. Asechanza perenne de que se escapa mui pocas veces el que intenta resistir. Veis una niña que tiene quince años,—un alma límpida que se descubre en su mirar suavísimo, una frente sin la mancha de una culpa i sin la sombra de un pensamiento impuro. Es inocente, candorosa i sencilla. Una aurora.

Al lado de esta niña vive un hombre que no ha reparado bastante en que ella es hermosa. No se estremece al verla.—No cambia de color ni de acti-

tud cuando ella ha pasado: insolencia que es preciso castigar.

Entonces la niña le dirije una sonrisa, o le mira un momento o cambia con él unas cuantas palabras desprovistas de significacion. Es suficiente.

El se hunde en el abismo, no hablará mas que de ella, no pensará mas que en ella, no vivirá mas que para ella. Su pasion quedará sin recompensa. Ella no le ama, si él formula una queja, se indigna i se sorprende de sus pretenciones.

Poner un ánjel de estos en la estremidad de la zozobra o del desaliento, el alma de un hombre i sonreir: eso sucede todos los dias.

Hubo de llegar una hora en que la reserva de Francisco desapareció. Se encontraba de tarde sentado tristemente en una de las habitaciones del piso bajo, luchando con la voz de su corazon i con las dudas que el estraño proceder de Camila hacia nacer en su mente, cuando sintió un leve ruido a su espalda. Quiso volverse, pero al hacerlo las pequeñas manos de Camila se colocaron sobre sus ojos.

—¿Quién soi? le preguntaba ella,—aparentando finjir la voz e imprimiéndole un tonillo de deliciosa travesura.

Francisco apartó de sus ojos las manos i volviéndose a medias vió a Camila, con la cabeza graciosamente doblada sobre el cuello, con el rostro lleno de

animacion por la sorpresa que habia querido darle, tierna, sonriente, irresistible.

No lo pudo evitar. Acercó una de aquellas manos a su boca i un beso de fuego, el único quizás que sus lábios habian depositado sobre la mano de una mujer, dió salida a sus profundas emociones.

Camila huyó ruborizada.

CAPITULO IV.

EL AMOR DE UN BLANCO.

—Tú eres un niño que no sabe lo que se dice.—Rosalia tiene una fortuna inmensa i es de las mejores familias de la Habana. Su padre, don Julian Calvo, fué un verdadero magnate, emparentado con grandes de primera clase. Mejor partido no pudiera apetecerse: Una niña tan dócil, que se ha de llevar tan bien conmigo, i que ha sido educada como un primor. Uds., los muchachos, no miran sino la cara, i eso no hace la felicidad.

—Ten la bondad de considerar por un momento este retrato. Mi prometida podrá ser tan rica i tan noble como tú aseguras; pero es un hazme reir, mamá.

—Nadie se reirá de ella cuando sea tu mujer.

—No, que entónces, se reirán de los dos ¿De que me sirve su fortuna, si he de estar en un contínuo martirio? Mira que la fealdad se pega. Ya me parece verme amarillento, flaco i desgarbado como tu predilecta. Ni su educacion me gusta, es una mojigata,

que se pasará el tiempo haciendo novenas i que no querrá ir al teatro, porque eso es pecado mortal.

—Mas libre serás tú de andar como te viniere en voluntad.

—No es eso lo que yo deseo. Quiero una mujer elegante, que sepa hacer los honores de mi casa i que no me ponga en ridículo. Libertad, siempre sabré buscármela. ¿Conoces tú las burlas que inspira Rosalia donde quiera que se presenta? ¡Si oyeras a los jóvenes... El uno dice: se vistió tan de prisa que dejó olvidadas las pestañas en el tocador. El otro: es preciso llevársela a don Felipe Poey (1) para que la clasifique. Se resiste a la nomenclatura, le contestan. —Quien, asegura que sobre su nariz se puede levantar un edificio, quien, la compara con la mona de su casa i demuestra que la mona es mejor. «Es un hermoso estudio anatómico.» «Es un fósil», «Es un ídolo indio», Es la fiebre amarilla», «El que se case con ella tendrá que armarla todas las mañanas; si equivoca los números de las piezas, vá a verse en un gran apuro». Esto es lo que se oye, i yo, entretanto, recordando el proyecto de matrimonio, me avergüenzo i no sé que decir.

—Cualquiera de esos mequetrefes quisiera encontrarse en tu situacion. Tú le das importancia a lo que no la tiene. Piensa en agradar a tu madre, que sabe lo que puede convenirte. En fin, ya no es tiempo de retroceder. A las tres de la tarde debemos ir a

(1) Sabio naturalista cubano.

allá. Pórtate bien con ella, que el otro dia estuviste insoportable.

—Todavia quieres que me muestre apasionado al lado de Rosalia.

—No se necesita tanto.

Este diálogo, cuyos interlocutores adivina el lector, tenia lugar en la habitacion de Cárlos de Orellana, la mas linda i la mejor alhajada de la casa.—El suelo era de mármol. Los muebles de preciosa madera negra i cubiertos de esculturas. En el fondo se descubria el lecho con una esquisita *sobrecama* azul i una hermosa piel de tigre a los piés. El suave perfume que se respiraba allí, la blandura de los cojines, el sillon formado por cordones de seda en que estaba reclinado Cárlos, los adornos i los elementos de su *tocador*, los grandes espejos de su armario: todo descubria los gustos i las costumbres del mancebo. Junto a esta habitacion,—hácia la derecha,—habia otra mas pequeña: el salon de fumar, en cuyas paredes lucian pipas jigantescas i artísticos trofeos de armas, i en cuyo centro, sobre una mesa de mármol negro, se ostentaba una lujosa licorera de plata; en el piso, al lado de las paredes, habia cojines turcos, para fumar en ellos a la oriental.

Hácia la izquierda estaba la sala de recibo en que Cárlos conversaba con sus amigos. El retrato de sus padres, que los representaba jóvenes i habia sido hecho poco despues de su matrimonio, aparecia alli en grandes cuadros. En las esquinas, sobre esbeltos pedestales de bronce, cuatro bustos: Cristobal Colon,

Hernan Cortés, el Obispo Espada (1) i,—capricho del azar provablemente,—el Ariosto.

Cárlos de Orellana era lo que puede llamarse un mozo cumplido. En figura a nadie tenia que envidiar. Su crespo i naciente bigote rubio, sus grandes ojos verdes i su elegante talle habian hecho muchas conquistas. No daba la moda ni obedecia escrupulosamente sus preceptos: Vestíase como hombre de buen gusto.

Con respecto a sus ideas, a su instruccion i a sus hábitos, estaba al nivel del grupo social de que formaba parte. No era sándio, ni pródigo ni pendenciero. No bebia hasta perder la cabeza, ni jugaba hasta arruinarse, ni daba escándalos con sus amores. Frecuentaba la sociedad, i se decia de él, por personas competentes, que haria con el tiempo mui buenos negocios. Tenia en la cabeza el *chichon* del cálculo, para usar el lenguaje de los adeptos de la frenolojía, treinta mil pesos de renta i ninguna opinion política. Lo repetimos, era un mozo cumplido.

Cuando su madre salió de la habitacion, quedóse algun tiempo entregado a profundas i, al parecer, nada alhagadoras reflexiones. Un gran perro danés en cuyo collar de plata se leia un nombre estranjero: Lucy, echado junto al sillon, fijaba en su amo una cariñosa e intelijente mirada. La cola inmóvil

---

(1) Venerable sacerdote que contribuyó mucho al progreso del país.

hacia comprender que el perro sabia a que atenerse sobre la solemnidad del momento.

En aquel instante, Camila, que acaba de levantarse, pasó delante de la puerta, cantando en voz baja una *habanera;* detúvose al ver a Cárlos.

—¿A cómo se vende el mal humor? dijo, yo compro.

I no obteniendo respuesta, hizo una mueca i prosiguió su camino.

La aparicion de Camila dió nuevo sezgo a los pensamientos de Cárlos: miró el retrato, que conservaba aun en la mano i lo puso en parangon con la risueña imájen, que como un rayo de sol acababa de atravesar su melancolía.

—Si fuera a casarme con una mujer que se pareciese a Camila, díjose, no me costaria tanto trabajo decidirme.

Entonces una idea estraña iluminó su rostro, deshaciendo los pliegues de su frente. Enderezóse sobre el sillon, i moviendo el pié, como quien lleva el compaz de una melodía mental, abrió en su imajinacion la puerta de oro por donde se lanza el alma a la rejion de los sueños color de rosa.

***

La visita a la casa de Rosalía Bustamante, rica heredera prometida de Cárlos, dejó satisfecha a doña Josefa. Si el jóven no se mostró apasionado, lo que era punto ménos que imposible, estuvo en cambio

galante i decidor, no solo con la enteca i poca lozana doncella, sino hasta con las viejas tias, que nunca faltan en estos casos, i en cuyo mústio i avellanado corazon produjo mas efecto quizás que en el de la misma sobrina el perfume de juventud i de alegría primaveral que Cárlos llevaba consigo. La entrevista fué cordialísima; doña Josefa quedó mui pagada del resultado de su arenga i de sus sabios consejos.

Equivocábase empero la buena señora. Otras reflecciones i no las suyas habian realizado cambio tan radical en el ánimo del mozo. Aunque hijo único, i educado, en ese concepto, con una ternura sin límites, Cárlos no estaba habituado a desobedecer a su madre: el carácter dominante de doña Josefa se avenia mal con la contradiccion, i cuando se trató aquel malaventurado enlace, ni se consultó a Cárlos, ni éste, asi que hubo tenido noticia de lo que se tramaba, pensó en oponer sino tímida resistencia. Hubiera ido, sin embargo, a la boda como quien vá al sacrificio, i ya su primera entrevista con la familia de Rosalia dejaba presumir la mala figura de novio que estaba dispuesto a hacer.

Lo que alteró su melancólica resignacion, trocándola en alegre conformidad, fué un proyecto que concibió, al presentarse Camila en el momento mismo en que él buscaba manera de conciliar la voluntad de su madre con sus instintos i juveniles deseos. Los notables atractivos de la niña no herian por vez primera la imajinacion de Cárlos: mas de una vez un delirio

de verano turbó su mente con la imájen de aquella.

El miedo de desagradar a su madre i cierto respeto relijoso hácia su propio hogar, habian contenido los naturales arrebatos que la edad de Cárlos i los encantos de Camila orijinaron mui luego. Ahora la situacion cambiaba de aspecto. Fácil le era obtener que Camila pasase a servir a Rosalia, i todo lo que tenia de terrible la perspectiva de su matrimonio, era capaz de borrarlo, i de sustituirlo con placenteros colores, la esperanza de verse correspondido por ella: criminal pensamiento que las circunstancias esplicaban, si bien no lo justificasen.

Camila nada sospechaba, no ya de los proyectos pero ni siquera de las impresiones de Cárlos. Se hubiera estremecido profundamente, a leer en su mirada lo que el mancebo sentia. Su espíritu, tan limpio como un cristal, era el ménos apropósito para reflejar i devolver aquellos sentimientos. Habia una vírjen en esta sirena.

Con una alma semejante Camila debió tener otro jénero de belleza. Su cuerpo parecia una hechicera equivocacion del destino. Quién hubiera conocido solo su pensamiento hubiera sospechado que era una de esas suaves, casi etéreas, casi transparentes beldades del norte, cuyo pálido semblante está preparado para el estásis i cuyos ojos copian, no solo el color, sino la vaguedad i la serenidad de los cielos.

¡ Qué tipo tan distinto era el suyo! Habia en ella no lo que causa la suave embriaguez del alma, sino

lo que enciende la delirante embriaguez de los sentidos. La morvidez de sus formas, la felina gracia de sus movimientos, su palpitante seno, sus labios, hechos para el beso mas que para la palabra, su voz, en cuyos tonos se adivinaba esa dulce flexibilidad que hace tan ardientes las caricias del lenguaje, su profusa i ondeante cabellera, su talle, que tenia el imprevisto repliegue de la serpiente, i sobre todo sus ojos, sus negros, húmedos i lánguidos ojos, que parecian contener apasionadas i misteriosas promesas: todo hacia de ella la Venus radiante i espléndida de quien se enamora la materia i no la Psiquis, entrevista mas bien que contemplada, de quien se enamora el espíritu.

El traje no encubria ninguno de esos peligrosos hechizos. El velo que sobre ellos echaba servia solo para irritar el deseo de descubrirlos.

En la atmósfera de aquella mujer habia una electricidad venenosa. El mas austero no podia mirarla impunemente. I ¡qué horrible angustia la del que vive en la severa abstencion de todo lo que no sea una emocion purísima i tropieza con una de esas hermosuras ante las cuales sentimos arder en nuestras venas la llama de la sensacion i no el divino calor del sentimiento!

Pero para Camila el tormento era mas duro, hubiera querido ser el ánjel de las inspiraciones inmaculadas i era el demonio de los ensueños culpables, hubiera querido ser la imájen de la castidad i era la estátua de la tentacion. Lo era a su pesar, i sin po-

der evitarlo, i cuando queria imprimir a su rostro la espresion de la pureza i a su cuerpo la actitud de la inocencia, habia tal resplandor en la dulzura de su mirada i tal lujo de formas, tal vigor escultural en sus contornos, que en vez de ser una ninfa, era una bacante i que su jesto, pensado para no producir sino piadosa ternura, se convertia en una emboscada, hecha para sorprender a las almas en torno suyo i precipitarlas en la convulsion del apetito.

*
* *

Entre los muchos amigos de Cárlos solo tres lo visitaban asíduamente i formaban con él en reuniones i paseos un grupo indivisible. Las relaciones amistosas del jóven necesitaban el visto bueno de doña Josefa i no todos los que hubieran querido ser íntimos suyos salian airosos de semejante prueba. En cuanto a Ricardo de Peñalver, Enrique Delmonte i Pedro Antonio Romero nada tuvo la madre que objetar.

Ricardo de Peñalver, jovencito como de diez i nueve años, tenia gran fortuna i noble linaje. Miembro de una familia en que era comun el matrimonio de los primos entre si i de los tios con las sobrinas, era el muchacho un argumento mui poderoso en favor de los naturalistas que sostienen que los tales matrimonios hacen dejenerar la raza. Era por estremo delgado, de un color mas bien viscoso que blanco, ojos desteñidos, aunque se conocia que habian

sido verdes, el cabello escaso i de un rubio claro, sin barbas ni esperanza de tenerlas i no estaba espuesto a los inconvenientes con que el jénio i aun el humilde talento pueden tropezar en el mundo.

Enrique Delmonte era apuesto i jentil, de mas que regular estatura, frente despejada i noble, sus ojos, dormidos de ordinario, brillaban a veces con estraordinario fulgor. Usaba toda la barba, que era rizada i negra, luciendo entre ella con mas realce sus rojos labios i sus dientes de esquisita blancura. Hacia versos i tenia horas de tristeza i dias de retraimiento, por lo que le calificaban de estravagante.

Pedro Antonio Romero era un jóven ni feo ni hermoso asi como no era rico ni pobre. Su familia, sin poderse llamar encumbrada, era de buena estirpe. Su intelijencia ni se hacia notar por opaca ni deslumbraba con su brillo. Estaba en el término medio de todas las cosas, riendo i llorando al compás del vulgo: existencia crepuscular.

En la sala de recibo de Cárlos, al dia siguiente de la famosa visita, están los cuatro en plática sabrosa i reposada.

—Sí, amigos mios, dice Cárlos, es una cosa hecha, me caso con la estupenda Rosalía.

—Ya parece que lo llevas con mas calma, añade Romero. Me alegro mucho de que te hayas resignado.

—¿I porque se habia de aflijir? esclama Peñalver, a mi me van a casar con mi prima Juana de Dios, que es mas fea que Rosalía.

—Eso no puede ser,—dijeron en coro i con instintiva unanimidad Cárlos i los otros.

—Sí señor, es mas fea, prosigue Peñalver, i no por eso me desconsuelo. Al contrario, estoi bien impaciente de que llegue la hora de casarme. Así no tendré quien se meta en mis acciones i haré todo lo que me parezca.

Delmonte era el único que no habia emitido su parecer en el asunto. Notólo Cárlos i le preguntó lo que pensaba acerca de su boda.

—Es estraño que me preguntes lo que pienso, contestó. Ya conoces mi opinion. Si no amas a Rosalía, no debes casarte con ella. Por mucho que eso dezasone a tu madre, mayores males se evitan con que te niegues a complacerla.

—Ya está el poeta en su punto, dijo Romero. El amor no se usa mas que en los dramas i en las novelas. No niego que nos pueda gustar una mujer...

—Me gustan todas, interrumpió Ricardo, riendo a carcajadas.

—Puede gustar una mujer mas que otra; pero qué se saca de ello? El que mas enamorado está al casarse se fastidia mas aprisa. Rosalía es un escelente partido. Ademas, añadió con aire malicioso, Cárlos tiene modo de consolarse.

—Me permito no ser de la opinion de Uds. contestó con desden Enrique, por lo que Uds. sienten no se puede juzgar del corazon humano, como no se puede condenar la ciencia del cálculo por una cuenta equivocada.

Con respecto al consuelo a que te refieres, no se lo que quieres decir.

—Si no estuvieras siempre en las nubes, buscándole consonantes a las estrellas ¿cómo se te iba a escapar lo que pasa? i poniéndole a Cárlos la máno en el brazo. Ah! Carlitos, dijo, eres el hombre feliz.

—Por supuesto, dijo Peñalver, i si yo me encontrara en su posicion haria lo mismo ¡Ojalá contara yo con una Camila que ofrecer como regalo de boda a Juana de Dios!

—¿Qué tiene que ver Camila con lo que estamos hablando? preguntó con asombro Delmonte

—Pasemos al salon de fumar, dijo Cárlos, querie ndo cambiar de conversacion.

—Llegados allí, arrójose Peñalver sobre uno de los cojines. Yo quisiera ser turco, dijo, es mui divertido ese papel. Siempre que he ido a bailes de fantasia, me he puesto un traje de turco.

—Tu tipo se presta mucho, esclamó en tono de sarcasmo Romero.

—Eso me han dicho, repuso Peñalver; pero yo nunca he visto retratos de turcos. Delmonte, tú que has viajado por Africa ¿visitaste la Turquia?

—Pero, mi querido amigo, la Turquia no está en en Africa, le respondió Delmonte.

—¡Ai que gracioso! dice que la Turquia no está Africa. Romero tiene razon. Tu siempre andas por las nubes. Probablemente has estado en la Turquia sin saberlo. Yo si fuera traeria un harem. ¿No te gustaria tener un harem,—Romero? A Cárlos le

basta con su sultana, i poniéndose de pié, bebamos por la sultana de Cárlos, dijo, i se acercó a la mesa en que estaban los licores. Llenáronse las copas i todos la apuraron de un trago.

—Bien ajena está Rosalia, esclamó a esta sazon Delmonte, de que bebemos por ella.

Peñalver i Romero prorrumpieron en una carcajada.

—Porque rien Uds. de ese modo, preguntó Delmonte algo mohino.

Pero ni Peñalver ni Romero acertaban a responderle, tal era la fuerza con que los ajitaba la risa.

—Hombre de Dios, pudo al cabo articular Romero, por quien acabamos de beber es por Camila.

—¿Por Camila? ¿Es Camila la sultana de Cárlos? Confieso que soi mui distraido. Bien equivocado juicio formé antes de ahora de esa niña.

—¿Te hace juzgarla mal el que le atribuyan amores conmigo? Ademas eso no pasa de ser una chanza de estos muchachos.

—Amores entre Uds. no pueden ser inocentes, le contestó gravemente Peñalver, i pasa de chanza una suposicion que autorizas con tu silencio. Camila no es lo que yo creia ¿que le hemos de hacer? Cuando un hombre de honor como tú permite que la llamen su sultana i que digan que ha de consolarse con ella de la fealdad de su futura, la cosa es positiva. No te doi sin embargo mis parabienes.

Cárlos palideció lijeramente. Hablemos de otra cosa, rrepuso.¿Quiénde Uds. haestado anoche en la ópera?

—No mi querido Cárlos, se adelantó a decir Delmonte, hablemos de eso mismo. Veo que te he herido, i tu amistad vale mucho para mí ¿que quieres? Estoi empeñado en que escriban con motivo de mis estravagancias un segundo don Quijote de la Mancha. ¡Se me meten unas visiones en la cabeza! Lo que tú haces no tiene nada de particular. Todo el mundo haria lo mismo en tu caso, i un pecado tan bonito como Camila no es un gran pecado. I tomando entre la suya la mano de Cárlos, añadió sonriendo: hagamos las paces. Apagaré mi linterna. No es posible encontrar una mujer como yo la sueño.

Cárlos no tuvo el valor de justificar a Camila. Halagaban su vanidad las bromas de sus amigos i prefirió su aplauso a la aprobacion de Delmonte, apesar de que no era un hombre sin corazon. Así nos lleva al vicio i hasta al crímen la falta de un buen criterio moral.—Que una sociedad no ponga el mayor esmero en reprobar como indigno lo que lo es realmente puede tener el mayor influjo en espíritus que no poseen una rectitud inconmovible. Distinguir lo malo de lo bueno, llamar a cada cosa por su nombre i no aplaudir ni con una sonrisa la desviacion de la lei moral es una tarea grave en que consiste la que puede llamarse la conciencia pública. Donde esta calla, todo deber cumplido se convierte en heroismo i son pocas ¡ai! las organizaciones heróicas.

Pensaba Cárlos, por otra parte, que consintiendo

en aquellas bromas habia contraido un compromiso. ¡Si Delmonte supiera que no es verdad! decia su orgullo. El Rubicon estaba a la espalda. El amor de Camila le era necesario.

CAPITULO V.

JULIETA VIENE A LA CITA

Escribimos un drama,—un drama que consiste en una historia sencilla, sin grandes complicaciones i sin personajes brillantes. Aquel a quien no interesen las tormentas a que puede verse sometido el corazon de un hombre cualquiera,—que interrumpa la lectura de nuestro libro.

Decimos esto, porque esperimentamos profunda emocion al recuerdo del cuadro que intentaremos presentar a nuestro auditorio, i sin embargo, no se trata de uno de esos amores que la historia ha eternizado o que el jenio ha hecho inmortales. Se trata de un negro; del mas oscuro i del mas desventurado de todos los hombres; la escena se verifica en lo íntimo de una familia vulgar. ¡Ah! i para nosotros, no obstante, el terrible drama existe,—i al pensar que en una tierra adorada esas trajedias lastimosas entran en la corriente comun de la vida i forman parte todavía de su réjimen social,—la Ofelia del poeta no puede conmovernos mas que la desconocida heroina, recuerdo i símbolo de la ausente patria.

Camila amó a Francisco. Habiéndole atraido de nuevo por un simple movimiento de su coquetería, —sintiendo solo un cariño fraternal, el contacto candente de aquella pasion vigorosa abrasó su alma, sin que nada pudiera impedirlo. El amor de Francisco era un amor tan grande i tan bello que fué bien difícil conocerlo sin compartirlo. Amores de que solo las naturalezas vírjenes e inmaculadas son capaces,—éxtasis en que,—aun dado el mas humilde i el menos intelijente de los hombres,—el espíritu traspasa el límite de lo finito, i sorbe a grandes tragos un tósigo divino que es la vida del amor i la muerte de todo lo demas. Sí, el que se une a otro ser por vínculo tan fuerte se ausenta del resto de lo que existe; los espléndidos espectáculos de la naturaleza hieren su pupila como si fuera la inerte pupila de un ciego i las tempestades de la vida rujen a su alrededor inspirándole el mismo desden que inspirarian a un inmortal: *ella* está ahí,—pues bien, hai en la noche, en la borrasca, en la miseria un astro visible solo para *él* i cuya contemplacion es una voluptuosidad incomparable; *ella* no está ahí,—todas las maravillas del universo son mesquinas,—en el alma de *él* es de noche.

Desdichado del que no ha tenido o no está destinado a tener esa hora luminosa.—En la pobre existencia de la tierra no hai otro rayo de sol: todo lo demas es sombra. Al que ama así el infinito mismo, le parece oscuro si ha de negarle lo que ya posee: no aceptaria a ese precio la inmortalidad.

¿Cómo habria podido Camila permanecer indiferente junto a aquel amor privilejiado? ¿Se puede tocar sin estremecimiento la mano que se enfria o se calienta al encontrarse con la nuestra? ¿Se puede resistir sin emocion la mirada de unos ojos, ébrios de ternura, a los cuales se asoma el alma electrizada por el amor?

El la amaba con todas sus fuerzas, i era una naturaleza bien fuerte la suya,—la hubiera aceptado de la misma muerte,—se hubiera desposado con ella en el umbral de la tumba,—la hubiera tenido entre sus brazos pálida, fria, volviendo del sepulcro solo para él, como la novia de Corinto: vértigo sublime!

Por otra parte, él amaba sobre todo su ideal pureza, sus rubores virjinales, su casto pensamiento. Sufria, sin conocerlo del todo, el influjo de su portentoso hechizo material; pero al través de esas ásperas impresiones sentia la delicia de ver en los ojos de Camila el alma de Camila,—i estaba enamorado de su alma.

Enamorado de su dulzura, de su inefable sensibilidad, de su candor de niña, que la insultante i curiosa mirada de los hombres no habia conseguido agostar, de aquella timidez infantil, de aquella travesura que hacia pensar en los juegos de los ánjeles, de aquel espíritu alado, cuya envoltura esquisita era un reflejo de su purísima e inmaterial belleza.

Cuando Camila, importunada de contínuo por la admiracion ultrajante con que tropezaba a cada paso, encontró un hombre que comprendió i amó en ella su hermosura interior, esto le hizo gustar una

dicha por largo tiempo i ya casi sin esperanza anhelada,—i por lo mismo indecible i maravillosa. Ese hombre era un negro, era un salvaje, era un esclavo. No importa.

Camila amó a Francisco.

*
* *

El balcon volvió a ser testigo de sus diálogos.

Camila no le decia aun que le amaba; pero él estaba casi seguro de ello.

Volvieron a verse de noche, porque era necesario que se hablaran, decia Camila. Ella fué la que lo propuso. ¿Puede haber una conversacion de amor sin que se hable de amor? Ciertamente. Dos personas que se aman, que no se lo han confesado el uno al otro, que no se lo han confesado quizas a sí mismos, que están en presencia del mundo, rodeados por una vijilancia hostil,—conversan ¿de qué? de cualquier cosa; pero se miran,—sus ojos hablan de amor.

I luego hai detalles imperceptibles que el corazon aprecia tanto! Estais en su casa, mezclado con mil indiferentes, i ella toma un libro que acabais de dejar, o se inclina un instante para ver algo que estais mirando, o defiende lo que sabe que es vuestro gusto o vuestra opinion, o se queda pensativa o se pone triste...

¿No es verdad que es bastante?

Camila [illegible] venido mui tarde.

—Nó Camila, he venido como todas las noches.

—Ya no te agrada tanto venir a verme.

—¿Por qué crees eso?

—Yo no sé, me lo figuro. ¿Es cierto que no te cansa estar hasta tan tarde despierto?

—No me cansa.

—¡Cuánto me alegro! Es preciso que no dejes de venir ni una sola noche. El otro dia estuve mui triste, cuando la indisposicion de la señora me hizo dormir en su cuarto. Es una cosa mui estraña, te estoi viendo todo el dia, i no me parece igual. Cuando te veo aqui es distinto ¿te sucede a tí eso?

—No Camila, siempre que te veo siento lo mismo.

—¿Ya no me tienes rencor? ¿Ya quieres ser mi hermano? i sonreía con una malicia celeste.

—Quiero ser lo que a tí te parezca.

—Cuando te cases no dejarás de tenerme mucho cariño i de hacer lo que yo quiera.

—Bueno, Camila.

—¡Ah! ¿estás pensando en casarte?

—Nó ¿porqué?

—¿Cómo dices que entonces seguirás como ahora?

—Eres tú la que lo has dicho.

—Te lo pregunté para sorprenderte, ¿de quién estás enamorado?

—De tí, Camila?

—¿De mí? No es cierto.

—Tú sabes que es así.

—No te figures que lo creo, todos los hombres

dicen eso. Pero, como hermana ¿es verdad que me quieres mucho?

—Te quiero mucho.

—¿I no te enamorarás de nadie sin pedirme permiso?

—Yo no puedo enamorarme de otra mujer.

—Tan porfiado! Adios,—no dejes de venir mañana.

Despues de este diálogo Camila creia inocentemente que no habia hablado de amor.

*
* *

Espectáculo ante el cual la cólera del destino hubiera debido desarmarse,—éste, de dos corazones ardiendo en una misma llama, en un delirio que tocaba apenas con sus alas celestes a la tierra.

Nosotros, que somos meros narradores, quisieramos detenernos aqui, i arrojar la pluma, sin escribir la tremenda catástrofe.

Mas esa lei durísima es la lei de la vida: la rosa muere llena de perfume, el hierro aleve del cazador atraviesa el oculto nido i la hermosura i la pasion son el juguete del azar.

Ellos al menos se amaron un dia.

Camila sintió lentamente abrirse en su pecho la flor del sentimiento. Una preocupacion tenaz, i mas tarde un pudor virjinal, que se defendió cuanto pudo del amor, le impidieron reconocer en algun tiempo que amaba a Francisco: tuvo que reconocerlo al fin.

Habiéndolo reconocido se empeñó en no decirlo sino a si misma,—allá en las intimidades del pensamiento. La ardiente lava del corazon tiene empero su erupcion necesaria. Cuando estaban juntos,—asi como Francisco habia leido una vez, mas en la mirada que en las palabras de Camila, la repulsa cruel,—leia ahora el «yo te amo» oculto que vagaba en torno de sus labios.

La niña tenia un goce inmenso en dominar i atormentar al coloso. Comprendiendo que aquel hombre fuerte estaba hecho para vencerla i tenerla a sus piés, sintiéndose desfallecer de amor; sabiendo que despues de su confesion no acertaria a defenderse, prolongaba el momento en que el dominio le pertenecia, —su reinado fugaz,—su derecho de conquista.

Las entrevistas nocturnas no se repitieron mucho sin que Camila fuese impotente para hacer callar su pasion.

Apenas pueden medirse estas transiciones, apenas pueden copiarse esos diálogos en que el jesto, la mirada, el tono de la voz ó la dulce presion de una mano temblorosa lo dicen todo, i en que la palabra es solo un éco pálido.

Camila ansiaba ya hablar de lo que sentia ¿pero como responder a una pregunta que no se nos dirije?

Francisco nada solicitaba. Estaba contento con su parte de cielo; temia que se le escapara a la menor imprudencia. Verla, oirla, hablar con alguien con quien ella hubiese hablado antes, tocar algo que le pertene-

ciera, mirar su ventana de dia, estar junto a su ventana de noche,—opulencia de dicha para la oscura suerte de aquel negro.

Una noche hablaban de este modo:

—Si tú me quisieras Camila....

—Pero si yo te quiero.

—¿Con amor?

—Con amor.

—Eso es imposible, ¿me quieres tú como yo te quiero? ¿te casarias conmigo? ¿no te dará verguenza ser la mujer de un negro? ¿te unirás conmigo para siempre? ¡Oh Camila! eso no puede ser.

Estaba ajitado, trémulo, fuera de sí.

Camila sonreia al ver su triunfo.

—Seremos felices,—dijo,—solo porque yo me obstiné en que lo fuéramos. Tu te ofendiste! por una palabra que se dice siempre en el primer momento. Mi señor,—yo soi quien lo ha enamorado a Ud.,—i como cediendo a un impulso irresistible puso sus manos sobre el corazon de Francisco para complacerse en su apasionado latido.

—¿Me amas tú,—dí? preguntó, dejando ver una duda hechicera. Francisco tomó en su ancha diestra las dos manos de Camila,—una alegria sobrehumana se reflejaba en su rostro transfigurado,

I no contestó.

CAPITULO VI.

ELIJE.

Francisco no se retiró de la ventana de Camila sino cuando los primeros rayos de la mañana vinieron a iluminar la galeria. Aquel nuevo sol era el sol de su dicha. Cuando despues de la entrevista penetró en su habitacion no pudo menos de volverse su pensamiento hácia la noche triste en que retornara a ella, llevando la desesperacion en el alma. Sentóse sobre el lecho en que habia medido aquella vez con la imajinacion su tenebroso destino, i encontró un goce esquisito en saborear el recuerdo de aquellas lágrimas, de aquellas tinieblas, de aquel desden despiadado, ahora que tenia la luz del alba en los ojos i en el corazon.

Paralelo que no se cansaba de trazar: la sonrisa con que ella le habia dicho: seré tu hermana i la sonrisa con que ella le habia prometido ser su esposa.

¡Que suerte tan espléndida le parecia la suya i cuan poco digno se encontraba de merecerla! Negro, esclavo, pobre, desamparado,—en el colmo de la mi-

seria,—era él, el mas estraordinariamente dichoso de los hombres. Casi sentia lástima por los otros. Estaba en la cima de la ventura.

Estrañas dudas le asaltaban. ¿Vivia? ¿Se hallaba despierto? ¿Camila se lo habia dicho? ¿era aquello una realidad? ¿era un sueño? Ponia entonces la mano sobre su corazon, donde habian estado las de Camila i sentia de nuevo la dulzura de aquel delicioso contacto. Era una realidad.

Ella tambien esperimentaba una emocion vivísima al entregarse sin reserva al sentimiento que la pasion de Francisco hizo jerminar en su alma. Un lijero asombro sobrecojia su candor de niña. La felicidad vehemente del amor la asustaba. El amor estremece de un modo tan profundo las organizaciones impresionables que no se sabe,—por un instante, si es alegria o es pena la revolucion que él verifica en nuestras ideas i en nuestras sensaciones. El espíritu virjinal de Camila no cedia sin tormento a su influjo avasallador. Las alas de tórtola, con que volaba su casto pensamiento, eran acaso débiles para lanzarse en el insondable cielo de la pasion. Pero el vértigo se disipó pronto i fué sustituido por una adorable confianza en el porvenir. Reclinó Camila, —en su fantasía,—la fatigada cabeza en el hombro de Francisco, i se quedó dormida, con la sonrisa en los labios, en los brazos de la primer vision de su adolescencia: delirio terrenal, pero inmaculado, de la jóven esposa, que el ánjel custodio de las vírjenes vela sin inquietud.

Cuando se encontraron al dia siguiente, lo que predominaba en Camila era un rubor que le recordaba a Francisco su felicidad, i esa fatiga con que una dicha, que nos era desconocida i que juzgamos enorme, agovia al principio el corazon. En Francisco predominaba el reconocimiento. La gratitud que resplandecia en su mirada era incapaz de agotarse en una eternidad de posesion. El tesoro de ventura que Camila le habia entregado tan fácil i tan sencillamente, confesándole que lo amaba, despertó en su pecho una gratitud sin límites. No tenia en cuenta que amándole i haciéndole la confesion de su amor, Camila se sometia a un movimiento involuntario i superior a su albedrío. Veia en ello una bondad celeste de su parte. La ternura que él habia sabido inspirar, la consideraba como un don que se le hacia.

En algun tiempo nada turbó la apacible calma de sus amores. Se veian amenudo, buscaban con una habilidad, que era mayor en ella, las ocasiones de hablarse durante el dia i estaban juntos casi toda la noche.

Francisco refirió a Camila lo que recordaba de la existencia que habia tenido en su país i lo que sus compatriotas aseguraban acerca de su familia i de su destino anterior. Relato que la complacia como si fuera un romance creado por la inspiracion del poeta. Francisco era de una tribu valerosa, cuyas cualidades características,—el vigor i la audacia,—la habian hecho célebre entre los suyos. Conservaba la memoria de las salvajes luchas que cobijaron su in-

fancia, i al hablar de su estirpe réjia, un orgullo, que no estaba exento de belleza, encendia con su llama los negros ojos del esclavo. Díjole a Camila que sus compañeros i él acostumbraban reunirse periódicamente para celebrar los ritos singulares i fantásticos que prescribia la relijion de sus padres.—que entonces un negro anciano referia alguna historia de la patria en una cancion compuesta por él. Un refran melancólico, que iba despues de cada estrofa que salmodiaba el viejo cantor, era entonado por todos, i encerraba siempre en una frase enérjica el tema de la narracion. Nosotros, que durante la guerra de Cuba, hemos tenido oportunidad de asistir a estas ceremonias, sentimos no poder encerrar en algunas líneas una idea completa de la elocuencia salvaje i poderosa que hai en esas leyendas místicas,—obra de un patriotismo, que el espectáculo de la civilizacion no estingue.

Camila aprendió a amar la mas desventurada de las razas a que pertenecia i cuando, de allí en adelante, el nombre de su madre se pronunciaba delante de ella, o por cualquier otro motivo evocaba su recuerdo, una lágrima respetuosa corria por la mejilla de la jóven. La bendicion de aquella tumba,—olvidada hasta entonces,—se derramó sin duda sobre este amor, que destruyendo el último vestijio de altivez en el alma de la hija, le hizo coronar de flores i regar con su llanto la piedra debajo de la cual estaba dormida la madre.

*
* *

Camila, sin apercibirse de ella, habia sufrido una transformacion. Su jovialidad gorjeadora, su móvil pensamiento, el vuelo de mariposa con que pasaba de idea en idea i de impresion en impresion antes de amar a Francisco, hicieron lugar a una dulce melancolía, a ideas mas fijas, a impresiones mas duraderas que la llevaron en poco tiempo de la versatilidad de la infancia a la madurez de la juventud.

El recuerdo de su madre, despertado en ella por la relijion que Francisco habia acertado a inspirarle hácia las desgracias de su raza,—punzante al principio como un remordimiento, acabó por ser el guia de todas sus acciones,—como si la sombra querida la acompañase sin cesar, vijilara su corazon i dirijiese su conducta.

Puede considerarse inverósimil esta iniciacion de la vida hecha por un amor como aquel. El sentimiento es, no obstante, elocuente i fascinador en la misma proporcion en que es intenso i vigoroso. La ternura apasionada de Francisco no se puso en contacto con el alma de Camila sin estremecerla i modificarla profundamente. Lo que aquel hombre pensaba, lo que sentia, lo que ambicionaba constituyó las ideas, los sentimientos i las ambiciones de Camila. Las sombrias tradiciones de su raza, el amor a los oscuros símbolos de la patria, representada en ritos estraños, en una poesia salvaje, en un culto mas salvaje aun, todo aquello que era tan poco adecuado para conmover e interesar a la jóven adquirió a sus ojos un valor estraordinario al ser contado, es-

plicado i defendido por Francisco. La elocuencia no un es artificio, es un poder que la naturaleza concede.

Lo repetimos, la memoria de su madre fué, mas que nada, lo que impresionó su espíritu al hacer ella este retorno a la raza de que se habia alejado con desden. Pensó llorando que, sin el amor de Francisco, la tentacion a que su madre habia cedido, hubiera podido asaltarla i vencerla a su vez, se dijo que un amor como ese de que ella era el fruto no podia compararse al que esperimentaba; que a la sombra de este su frente de madre i de esposa no se bajaria con rubor i que sus hijos, inferiores a ella en cuanto a la raza, en lugar de avergonzarse del lazo que los unia tendrian orgullo en ser hijos suyos.— la única forma dulce i hermosa que el orgullo puede tomar.

Camila habló a Francisco de su matrimonio.---En la posicion en que ellos estaban respectivamente colocados la iniciativa del asunto tenia que partir de ella. Lo que habia de penoso o de humillante en aquel enlace era Camila la que debia sufrirlo. Francisco no se hubiera atrevido a precipitar por si mismo el curso de los sucesos, aunque lo deseaba vivamente.

Formaron el cuadro de su porvenir, humilde pero halagüeño. Continuarian viviendo en la misma casa; mas vivirian juntos. Se ocuparian de reunir, a fuerza de economia, alguna pequeña suma, comprando con ella su libertad, para que sus hijos no fueran esclavos, i harian del amor, del trabajo i de la virtud

los dioses tutelares de su familia i de su choza,---aislándose de lo que pudiera enturbiar o empequeñecer su modesta felicidad.

El proyectado matrimonio de Cárlos, conocido en breve por los criados de la casa, vino a sembrar alguna alarma en el animo de los amantes. Era preciso no perder un momento. Carlos, despues de casado, se separaria de su madre i Francisco partiria con él. La idea de una ausencia, por corta que fuera, se les hacia de insoportable amargura.

Dirijirse a doña Josefa era arriezgado. Si esta recibia la peticion de la jóven con una negativa seria difícil hacerla volverse a atras. Camila, por otra parte, habia tenido ocasion de oir de boca de su Señora palabras que la llenaron de temor. Hablaba Mariana con doña Josefa sobre el matrimonio de Carlos, i aprovechando la buena disposicion de animo que manifestaba su ama, le dijo, como chanceandose: "á quien debe casar tambien la señora es a Camila, que ya va siendo tiempo de pensar en eso."

—¿Lè has encontrado tú algun novio? respondió Doña Josefa.

--Yo, no señora, repuso Mariana; pero eso es fácil, cualquier criado de la casa se prestaria con gusto.

—Ya lo creo, esclamó Doña Josefa,—¡que ocurrencia!—casar a Camila con un negro,—primero muerta. Camila es monja esclaustrada,—añadió,--no se casará mientras yo víva.

La niña no se habia mezclado en el diálogo, en

que, tan sencillamente, disponia Doña Josefa de su destino. Escápose a su cuarto i prorrumpió en lágrimas al recordar la inflexible entereza con que su señora sabria mantener el duro fallo que cerraba para ella las puertas de la vida.

—Si mi madre viviera,— se decia,—pudiera ampararme o servirme al menos de consuelo ¿que haré? ¡Dios mio! ¿que haré?

Entonces se le ocurrió que Carlos obtendria con poco trabajo de su madre que ella pasase al servicio de su esposa, que siendo de Rosalia Doña Josefa no tenia que disponer de su suerte, que una mujer jóven i enamorada no era creible que se mostrase sin piedad, sacrificando a un capricho su pasion, que Cárlos era como un hermano suyo i alcanzaria de su mujer lo que ella quisiera. Las mas agradables imajinaciones vinieron á acariciar su mente i una sonrisa encantadora apareció entre sus lágrimas, como aparece la luz del sol en medio de la lluvia.

***

Asi que Camila hubo pensado esto se dirijió a la habitacion de Carlos para poner por obra su pensamiento. Encontrábase el jóven en compañía de sus amigos. Distraida Camila con las ideas que la preocupaban, entró sin notarlo. Acercose a Carlos; mas antes de comunicarle el objeto de su visita, dirijió una mirada en torno suyo i se quedó sorprendida i

avergonzada en presencia de Romero, Peñalver i Delmonte, que la observaban cuidadosamente.

—¿Tienes algo que decirme, Camila? le preguntó Carlos.

—Despues será, dijo ésta, e hizo ademan de retirarse.

—Si estorbamos podemos irnos, esclamó riendo Romero, no es justo que la interesante conversacion de Uds. se aplace.

Camila no comprendió lo que aquello queria decir.

—No corre prisa, murmuró mui confusa.

—Nosotros íbamos a retirarnos cuando usted llegó, le dijo Delmonte, poniéndose de pié. Es inútil que usted deje para despues lo que la trae.

Los tres jóvenes se despidieron i se marcharon.

La última duda de Delmonte estaba desvanecida. La turbacion de Camila, que tan admirablemente habia servido a los propósitos de Cárlos, era incomprensible para éste. El no podia calcular la situacion en que se hallaba el ánimo de la jóven.

Invítola con mucha bondad a que se sentase, i—¿qué novedad ocurre? inquirió, lleno de interes.

Camila i Cárlos se tuteaban. Habian crecido juntos i sus relaciones fueron siempre casi fraternales.

—¿Es cierto que te casas? dijo Camila, con la voz un poco alterada.

La pregunta hizo a Cárlos el efecto de un reproche.

—¿Te disgustará acaso mi matrimonio? repuso, en vez de responder.

—¿Por qué habia de desagradarme? replicó Camila, al contrario, yo no deseo sino tu felicidad. Solo que me seria mui sensible separarme de tí, porque te quiero como a un hermano. Cuanto te vayas la casa se pondrá mui triste, añadió proponiéndose lisonjear al mancebo, i no quisiera quedarme en ella, ¿porqué no me llevas contigo?

Cárlos esperimentaba las mas deliciosas emociones. Se sentia amado. Aquel rubor, aquella queja, aquel ruego no le permitian dudarlo. Su sueño estaba a punto de realizarse.

—Camila, dijo, yo tenia pensado eso. Irás a servir a Rosalía; pero dime la verdad, agregó con acento apasionado, ¿mi matrimonio te causa pesar?

—¿Cómo habria de causármelo? En estando yo siempre a tu lado quedaré mui contenta.

—Estarás siempre a mi lado.

—¡Oh Cárlos! no puedes comprender cuanto te lo agradezco. Esto tiene para mí un valor inmenso. Es la dicha de toda mi vida.

—I la mia tambien.

—¿La tuya tambien? esclamó Camila con sorpresa.

—Si Camila, la mia tambien ¿Es posible que no lo conozcas? Yo te adoro. Si mi matrimonio no te agradara estaria dispuesto a romperlo a riezgo de disgustar a mi madre. Pero si tu consientes en estar junto a Rosalía, seremos dichosos. Viviremos el uno para el otro. Nadie sabrá nuestro secreto. Lo disimularemos mui bien. Yo complaceré el menor

deseo de esa mujer, con tal de que te guarde en su compañía, i la ternura que finjiré por ella adormecerá sus sospechas.

Camilá oia aterrada este lenguaje.

—¿Te asustas Camila? le dijo el jóven, tomando una de sus manos que encontró inanimada i fria ¿qué es lo que te pasa? ¿por qué tiemblas de ese modo? Eres mui inocente. Creias probablemente que no debiamos hablarnos así. Quizás no sabes analizar los movimientos de tu corazon. Tú me amas, yo lo sé i yo te amo tambien. Nuestra vida va a ser mui hermosa.

—¡Oh Camila, añadió con una voz suspirante i ardiente. Es necesario que me ames como yo te amo. Estás muda i helada ¿por qué no respondes a mis palabras?

—Cárlos, alcanzó a decir Camila, ese amor es mui culpable.

—¡Culpable! de ninguna manera ¿a quién ofendemos con él? Rosalia no lo sabrá, mi madre no lo sabrá. Será un misterio conocido solo de nuestros corazones. Aun cuando yo no te amara me seria imposible amar a Rosalia. Si tu no estuvieras allí su vida tendria que ser mucho mas triste. Su presencia, sirviéndome de tormento, me arrancara palabras duras i acciones crueles; mientras que ahora ¡cuantas veces leerá la pasion en mis ojos, sin comprender que no es ella la que la inspira!

—Serás tú, serás tú, añadió en voz mui baja, acercándose a Camila.

—Cálmate, Cárlos, yo te lo suplico, dijo Camila, estendiendo las manos para rechazarlo.

—Camila, dijo Cárlos, sentándose a alguna distancia de ella. Ya vez que te obedezco, asi te obedeceré siempre; pero es necesario que me ames mucho. No me hables de culpa ni me comuniques tus escrúpulos. Eso no vale nada ante mi pasion.

—Mi Camila, murmuró despues, déjame adorarte. Se acercó de nuevo. Puso una de sus manos sobre la cabeza de la jóven i la obligó a mirarlo de frente.

Cárlos clavó sus bellos ojos verdes, alumbrados por una llama siniestra, en la negra púpila de la niña. Su frente estaba pálida i sus mejillas encendidas. Sus manos estrechaban amorosamente la mano de Camila, que era como la mano de una muerta. Los rubios rizos de su cabellera, echados hácia atras por un movimiento impetuoso i altivo, circundaban su cabeza como una aureola. Parecia un arcánjel tentador.

El magnetismo de la juventud, la pasion i la hermosura no pudo menos de conmover a Camila.

Haciendo un esfuerzo empero apartó los ojos del semblante de Cárlos.

En aquel momento, desde donde ella estaba, pudo ver en el patio al negro Francisco que, erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho i la cabeza inclinada hácia atras la contemplaba desde abajo.

El tambien estaba hermoso asi.

CAPITULO VII

Los celos del esclavo

Colocado como él lo estaba, Francisco no habia podido presenciar ni presumir la escena que se verificaba en la habitacion de Carlos. Lo único que vió fué aquella mano apoyada en la cabeza de Camila; pero eso era suficiente. Una ajitacion indescriptible estremeció su alma. Tenia celos de su amo.

Sentir celos es siempre angustioso i atormentador; mas los celos que él sentia eran un suplicio especial. El infierno no posee ningun secreto de tortura que pudiera compararse a ellos.

La resplandeciente hermosura de Carlos, su clase, su posicion, sus derechos sobre Camila i sobre él, daban un carácter de horrible desigualdad a la lucha de los dos enamorados. Por la primera vez encontró el negro que la lei de guerra que lo habia hecho esclavo del blanco era una lei exajerada e inicua. Por la primera vez se rebeló contra ella su pensamiento.

La altivez del amor es indomable. Pedidle a vuestro siervo su fortuna, el sudor de su trabajo, el reposo de sus noches. Pedidle la abnegacion de todas

sus pasiones, que enfrene su ira, que sujete su vanidad, que domine su soberbia; pero no le pidais el pedazo de su corazon en que vive la imájen de una mujer. Cuando un decreto del destino, que parece un decreto de Dios, exije sacrificio tal, la actitud del que lo sufre,—aun en presencia del infinito,— es siempre la actitud de la rebeldía.

Francisco no hubiera podido esplicar que jénero de pensamientos era el que sentia hervir tumultuosamente en su interior. No se daba cuenta de un modo exacto de lo que le convenia hacer. Era víctima de una vision espantosa. Creia estar escondido, tan pronto en la ciudad como en el campo,—tan pronto detras de un árbol como detras de una pared,—creia estar escondido, con un puñal en la mano, acechando a alguien, i que de pronto su puñal, impulsado por una fuerza estraña, se hundia en el pecho de un hombre i sus manos se bañaban en sangre. Lo mas terrible es que aquella sangre despertaba en él la impresion mas deliciosa que hubiese esperimentado en su vida.

La vision no concluia ahí. El cadalso tambien estaba en ella. Rodeado de sombras mientras lo ocupaba la idea del asesinato, una claridad inmensa se hacia a su alrededor, una vez que el crímen se habia consumado. Todo el mundo le veia. Una máquina espantosa venia a complicarse en el acontecimiento. Le agarrotaba las manos, lo cojia por el cuello i lo bamboleaba en el espacio. La muchedumbre bullidora que inspecciona los suplicios tenia fija en él

una mirada curiosa que le repugnaba. Por encima de esa multitud, su vista se estendia a lo lejos, i en el fondo de la habitacion cuya ventana conocia tan bien, por entre los hierros de la ventana, distinguia a Camila, de espaldas a la catástrofe, con las manos en el rostro, desmelenada, horrorizada, desesperada, i al adivinar lo que estaba sintiendo aquella mujer, se arrepentia de haber matado i odiaba su puñal.

Cuando Francisco salió de esta vision, encontróse sentado sobre su lecho con la cabeza apoyada en la mano i el codo sobre la rodilla, como quien hace un cálculo. El cálculo, en efecto, con todas sus probabilidades adversas i favorables, acababa de verificarse, bajo la forma de un sueño, en su atribulado espíritu.

Miró en torno suyo, se reconoció por segunda vez en la misma posicion en que habia llorado el desden de Camila, i consideró aquel dia lúgubre en que creyó que ella no le amaba como un dia mui hermoso en que la corriente de los sucesos hubiera debido detenerse. La tristeza de ese dia era una tristeza bien dulce colocada junto al dolor de ahora.

I una consideracion mas dura que todas las otras vino a colmarlo de congoja. Quizás ella no le amaba realmente, quizás la ternura que creia sentir iba a desaparecer ante la figura deslumbradora de Cárlos. ¡Cuan hermoso i cuan brillante lo encontraba él! Aquel blanco le parecia un dios. Juzgaba mui natural que Camila lo amase. Una mirada de ese hom-

bre tenia que inflamar el corazon de toda mujer que se atreviese a colocarse en su camino. El mal era inevitable ¡Como no se le habia ocurrido antes!

Pero a él le quedaba una esperanza. Iria a decirle de rodillas a Cárlos que adoraba a Camila. Que Camila era su esposa, que era su alegria, que era su vida. Cárlos tendria que compadecerse. ¿Que podia importarle a aquel jóven lleno de felicidades cederle a él, que no tenia otra cosa, su pobre dicha ignorada? ¡Era Cárlos tan bueno! le habia dado tantas pruebas de distincion; le hablaria él un lenguaje tan tierno i tan suplicante, le espondria tantas razones, le prometeria tanto amor i tanto reconocimiento en pago de su jenerosidad que ¿quien sabe? Podria devolverle su tesoro.

Luego recordaba los encantos de Camila i la ilusion desaparecia ¡ceder a Camila! ¡devolver a Camila! Imposible. El amo se reiria de la desesperacion del esclavo.

¡Se reiria! ah! no,—eso era demasiado,—en ese caso iba a suceder una gran desgracia.

Así estuvo ese desventurado todo el tiempo que lo separaba de la entrevista nocturna. Los celos de abajo,—los celos de la miseria, los celos del que lo envidia todo,—hasta el traje,—los celos con que un condenado contemplaria al paraiso, le golpeaban las sienes i el corazon. Sonriendo a la menor esperanza, mezándose los cabellos al perderla, inclinándose ante su duro destino, levantando la frente indignada contra él, cerrando los ojos para perder hasta donde

fuera posible la conciencia de su situacion, viendo mas claro, con los ojos cerrados, su desventura sin medida i sin remedio, abriéndolos para buscar a su lado un arma vengadora, i encontrándose entonces con la imájen de Camila, horrorizada ante el asesinato, pensando en huir, pensando en quedarse para la venganza, pensando si era dable quedarse para la resignacion—asi transcurrieron muchas horas.—Era bien de noche i Francisco dormitaba aun en este tremendo delirio.

Sonaron las doce—oyéndolas, se irguió, un suspiro enorme levantó su robusto pecho,—lo que habia visto, lo que habia pensado i lo que habia sentido era un sueño: iba a hablar con ella.

Mas ¿si no la encontraba? Se detuvo un instante temblando de que su ansiedad angustiosa fuese sustituida por una desolante conviccion. Despues,—subió a grandes saltos la escalera.

***

Camila lo aguardaba ansiosa. Comprendia que Francisco pudo penetrar con una mirada los sentimientos i las pretenciones de Cárlos i puesta entre aquellos dos hombres, cuya pasion, aunque de distinto caracter, tenia un mismo ardor i una misma impetuosidad, sabia que era necesario evitar el choque de los sentimientos fogosos que animaban al amo i al esclavo. Su sonrisa habitual ocultaba la huella de las lágrimas que habia derramado despues de su entrevista con Cárlos.

Francisco se entregó por entero, durante algunos momentos, al goce de encontrarla de nuevo tan amante i tan bondadosa como de costumbre, i como ella no le manifestaba sobresalto ni tristeza i él no podia suponerla capaz de una traicion, empezó a creer que no habia visto bien o que no habia interpretado bien lo que pasó en la habitacion de Cárlos.

En su confianza por Camila no vaciló en comunicarle sus temores, sus angustias, sus planes sangrientos,—el vértigo que se habia apoderado de él al presentir que otro hombre pudiera amarla i que tratasen de arrebatársela.

Esto confirmó a Camila en la resolucion de engañarle.—Debiera enojarme mucho contigo,—le dijo, los hombres celosos son insoportables. Cárlos jugó conmigo de pequeño como un hermano. Es cierto que me ha puesto la mano en la cabeza ¿que tiene eso de particular?—De lo que estábamos hablando era de que yo pasase a servir a la señorita Rosalía, tan pronto como Cárlos se case,—porque has de saber que la señora nunca consentirá en nuestro matrimonio.

—¿Le habias pedido ya su consentimiento? preguntó Francisco con inquietud.

—No, pero delante de mí, hablando con Mariana, afirmó hoi que yo no me casaria miéntras ella viviese.

—Esa es una gran desgracia para nosotros.

—Por eso es preciso que nos conquistemos la proteccion de Cárlos, es preciso que yo lo vea a menu-

do, que hable con él, que nos pongamos de acuerdo para que nuestros planes se realicen; pero si tú has de estar pensando en esos disparates, mas vale que lo deje. Yo no quiero que vayas a cometer una locura que haga imposible nuestra felicidad.

—Camila, eres mui injusta. Recuerda que me ha bastado verte sosegada para abandonar mis temores. Es indudable que necesitamos del niño Cárlos. Lo mejor seria decirle que nos queremos, hablándole con toda franqueza. Si tú lo permites, yo me ocuparé de eso. Me costará menos trabajo que a tí.

Camila se estremeció a la idea de aquella revelacion.

—Ya quieres echarlo todo a perder,—dijo, fingiendo un gran enojo.—Tú no conoces como yo a la familia i no debes mezclarte en nada. Nuestro cariño se sabrá cuando convenga. ¿Crees acaso que no soi la mas impaciente i la mas empeñada en que nuestro matrimonio se verifique? Vamos Francisco, ten un poco de calma. Ese dia ha de venir pronto,—yo te lo aseguro.

I empleó en seguida toda su gracia i su ternura en apaciguar las últimas alarmas del amante. Encontró un dulce consuelo para sus amarguras abandonándose a todas las efusiones de la pasion. Sedujo mas que nunca el alma de Francisco. Estuvo tan tierna, tan complaciente, tan enamorada,—halagó de tal modo su corazon,—que cuando se separaron, hasta ella misma, que conocia la terrible realidad, era víctima de la ilusion que habia tratado de producir.

La infeliz seguia confiando en el porvenir.

***

Mas, en los dias que corrieron despues, la tranquilidad de Francisco no fué por eso mayor.

Forzado a no considerar justos ni fundados sus celos, sentíalos no obstante con una violencia cruel.

El sentimiento no raciocina i los raciocinios no bastan para satisfacerlo.

Camila habia formado el proyecto de adormecer lentamente el amor de Cárlos a fuerza de súplicas, de reflexiones i de lágrimas. Sin esperiencia de la vida, sin amigos que la aconsejasen, sin una persona cuyo auxilio invocar, temblando de que cualquiera de aquellos dos hombres comprendiese lo que pasaba por el otro, manifestando delante de Cárlos desdeñosa indiferencia por Francisco, manifestando delante de Francisco fraternal reconocimiento por Cárlos, sabiendo que una palabra imprudente, o una mirada indiscreta de su parte, podia perderlos a todos, envolviéndolos en un drama pavoroso,—aquella pobre niña se debatia contra su despiadado destino, pasando largas horas en la tarea enorme de dominar los arrebatos de Cárlos, i dividiendo sus noches entre el insomnio de la ternura i el insomnio de la desesperacion.

Cárlos observó que la presencia de Francisco en el patio habia interrumpido su primer diálogo amoroso i sin sospechar nada,—considerándolo solo co-

mo un testigo importuno,—procuraba alejarlo con frecuencia de la casa.

Cada vez que Francisco salia de aquella casa en que Cárlos i Camila quedaban juntos,—cada vez que al volver descubria que Camila estaba en el cuarto de Cárlos, sus propósitos de prudencia i de confianza corrian peligro de desvanecerse.

La esclavitud, tan llevadera antes de su amor i sus celos, lo torturó horriblemente despues.—¡Ser el esclavo del hombre que odiaba! del hombre en quien su corazon, si no su intelijencia, veia un rival encarnizado,—de aquel con quien hubiera querido competir, luchar, disputarse la admiracion i el cariño de Camila.

Porque lo que le atormentaba mas era la idea de que Camila,—aun sin comprenderlo i sin tener conciencia de ello,—no podia ser insensible al prestijio de las ventajas personales i sociales de Cárlos. El Hércules tenia envidia al Adonis, i hubiera hecho un pacto infernal para obtener, en trueque de su espíritu hermoso i viril i de su imponente i soberbia organizacion física, la piel blanca i sedosa de Cárlos, sus cabellos perfumados i las palabras de miel que debia deslizar en los oidos de Camila.

Se encontraba impotente para combatir contra eso i torcia con un dolor enorme sus negros brazos que ataba,—invisible,—la ignominiosa cadena de la servidumbre.

Decia a Camila en la periódica entrevista de la noche sus dudas i sus recelos, obstinándose en en-

contrar razonable la contestacion que ella les daba. Se hacia cargo de que dado que sus asuntos marchaban tan bien, que Cárlos se ponia de acuerdo con Camila para vencer los caprichos de doña Josefa, que aquellas largas conversaciones no tenian otro objeto que inventar todos los dias algo nuevo que iba a escollarse contra la pertinacia de la Señora; que sin embargo, contando como se contaba con Cárlos, habia mucha razon para estar contentos: dado que eso era asi, el debia sentirse bien alegre i bien reconocido con respecto a Cárlos. Camila lo convencia completamente, el repasaba todo lo que ella le habia dicho, no encontraba nada que replicar; pero no se sentia alegre ni reconocido.

El suplicio a que él se encontraba sometido tenia tres formas, que eran tres anillos de hierro candente en que estaba encerrado su pensamiento.

El primero,—su admiracion por Cárlos. El bizarro mancebo aristocrático aparecia para el tosco africano rodeado de seducciones infalibles. Una mujer apasionada no hubiese seguido con mayor ansiedad todos sus movimientos. Verle tan jóven, tan bello, tan radiante, tan omnipotente, i compararse con él, i decirse: ella tambien nos mira a los dos, era de positivo el mas agudo de sus tormentos.

Ademas lo angustiaba la indecision. ¿Debia desconfiar de Camila? ¿Debia aguardar en calma los acontecimientos? Pero, que ¿no estaba patente que allí ocurria algo de estraordinario? ¿Por qué Camila se entristecia de súbito en sus entrevistas noc-

turnas si él simulaba entregarse a la ilusion i contar con la felicidad? Un dia pensar que sus sospechas carecian por entero de fundamento, al dia despues ver surjir de nuevo ante sí el fantasma terrible: zozobra permanente que agota las fuerzas i estravia la razon.

I por último,—la esclavitud. Estar en las manos de otro hombre,—no ser dueño de su vida, de sus acciones,—nó ser dueño casi de su pensamiento. Moverse como un resorte que la mano del amo maneja. Que una palabra imperiosa bastase para alejarle cuando él hubiera dado la mitad de su sangre por estar allí. Permanecer al lado de los caballos de su señor las dulces horas que su señor pasaba junto a ella. No poder nunca decir: yo haré esto. Que se dispusiese de él como se dispone de una máquina.

I pensar que de nada le valian ni su vigor ni su intelijencia, porque su fuerza i su intelijencia no eran suyas: alguien las habia comprado.

¡Oh como detestaba la civilizacion en cuyo seno era posible para un hombre como él este amargo cáliz que bebia encorvado junto al poste inflexible,—con la argolla de los siervos en el alma!

Cuanto mejor hubiera vivido en su tierra agreste, en su selva desgreñada, mandando guerreros valerosos i teniendo por compañera una hija de los bosques que le reverenciara i que le adorase.

Pero no,—pero no,—Camila i el dolor, Camila i la esclavitud, Camila i la muerte: hé aquí lo que él preferia.

Era mui desgraciado; mas su desgracia, el ascua encendida que llevaba en la mente, su fiebre, su baldon, su duda horrible, la amenazadora desventura que tenia encima, no las hubiera dado él,—por no renunciar a Camila,—en cambio de un trono.

Estraño aspecto que puede tomar para el pensador el espíritu de un hombre: la alegria resplandeciente de una felicidad sin límites, la paz, la altivez del trabajo independiente i honrado, en el estremo del camino que se recorre, i junto a eso el asesinato i el suplicio,—e ir marchando hácia allá, sin saber si es que lo espera el abismo blanco o el abismo negro, —doblada la espalda bajo la cruz de la servidumbre.

CAPITULO VIII.

LOS CÉLOS DEL AMO.

Cárlos no sabia cómo esplicarse la tenaz resistencia de Camila.

Cuando le declaró su amor estaba convencido de que ella le amaba. Antes de estarlo pensó siempre,—acostumbrado a fáciles conquistas,—que seria mui hacedero deslumbrar la fantasía de la jóven con el brillo de la posicion que iba a ofrecerle i que Camila no debia ser ademas insensible a sus medios poderosos de seduccion. El terror con que ella escuchó sus votos apasionados i la persistencia en desoirlos, atribuyólos al principio a su virjinal inocencia.

Camila no comprendia en su concepto los mismos sentimientos que abrigaba,—i lejano aun el plazo de su matrimonio, no temiendo la competencia de ningun rival, propúsose vencer poco a poco la timidez infantil de su adorada. Ese triunfo lento le satisfacia mas que una victoria inmediata i la hora,—que seguramente habia de llegar, en que su amor fuese atendido i recompensado, se representaba tan llena

de belleza a su imajinacion, que la esperanza de alcanzarla equivalia a la dulzura de un sentimiento compartido por Camila.

Luego, ella no se manifestaba siempre igualmente esquiva a sus ruegos amorosos. Cediendo a su cariño fraternal unas veces, al pavor otras que le producia el que Cárlos pudiese penetrar la verdad i descargase su ira sobre Francisco, no osaba en ocasiones espresar abiertamente la repulsion que el amor de Cárlos la inspiraba.

Mas al cabo de algun tiempo Cárlos comenzó a sospechar que la indiferencia de Camila tuviese alguna esplicacion oculta.

¿Amaba a otro? No era posible imajinarlo, i sin embargo? ¿cómo comprender su desvio?

Ocupábale esta prevencion, cuando un incidente ocurrido entónces pudo fortificarla i esclarecerla.

El calor del medio dia adormeció una vez a Camila en el salon de recibo de la casa. Atravesábalo Cárlos i al contemplarla sobre uno de los divanes detúvose complacido i admirado.

La cabeza de Camila estaba reclinada en lo alto del divan i su cuerpo lánguidamente estendido sobre el asiento. El cabello, desatado en parte, caia sobre sus hombros, formando un negro marco en torno de su gracioso semblante. Un pié, cubierto apénas por el lijero calzado i la trasparente seda de que se hallaba vestido, se escapaba en la imprevision del sueño de bajo de la ancha falda. La mano derecha de Camila reposaba sobre su corazon, como de-

fendiéndolo de impresiones que temia, la otra colgaba del divan, semejante a esas manos maravillosas que la musa de Cellini solia dibujar.

La belleza del semblante,—aun velado por el sueño, no era inferior a la belleza de este hechicero conjunto. La estendida pestaña de terciopelo arrojaba sobre él una sombra adorable i la boca entreabierta ofrecia aparentemente un beso ideal a quién sabe qué fantasma delicioso.

Cárlos se puso de rodillas cerca de Camila i tomando suavemente la mano que colgaba la llevó a sus labios con enajenamiento.

Una sonrisa dulce i melancólica se estendió por el rostro de la niña dormida.

—Sí, dijo, sin despertar, i un tierno suspiro levantó de un modo casi imperceptible la mano colocada sobre su corazon. Cárlos, arrebatado de amor, juntó sus labios a aquella mano que nunca habia estado tan abandonadamente entre las suyas.

—¡Oh!... basta... Francisco,—murmuró Camila.

La sorpresa de Cárlos fué como un rayo. Quedóse inmóvil, pasmado de estupor.

Al alejarse de allí preguntó por Mariana i la condujo a su habitacion.

—Deseo saber una cosa,—le dijo pálido i con la boca nerviosamente contraida,—me la dirás inmediatamente i sin mentir.

—Por supuesto, si yo la sé,—le respondió algo asustada la pobre mujer.

—¿Cuánto tiempo hace que Francisco i Camila están en relaciones? (1)

—Señor, repuso Mariana temblando, muchas veces le he dicho a Camila que hacia mal en llevar amores sin el consentimiento de la señora.

—No es eso lo que te pregunto, replicó Cárlos con acento colérico ¿cuánto tiempo hace que se aman?

—Hace como un mes que se ven de noche por la ventana de mi pieza; pero no se han visto sino por la ventana, yo se lo juro a su merced. El otro dia hablé con la señora para calcular si ella consentiria en su matrimonio; pero mi ama...

—Basta, dijo Cárlos interrumpiéndola, vete. Mariana, se retiró llena de temor.

Cárlos fué en seguida a encontrarse con su madre i hablaron largo rato de cosas insignificantes. El jóven conocia que se le demudaba la voz cada vez que se proponia tocar el punto que le ocupaba i prolongaba el diálogo, deseando calmarse ántes de decir frase alguna acerca de él.

La conversacion marchando de su cuenta, por decirlo así, sin que ninguno de los dos interlocutores le imprimiese direccion, tropezó de pronto en estas palabras salientes de doña Josefa.

—No hai manera de encontrar trabajadores.

Cárlos sufrió un pequeño estremecimiento.

---

(1) La frase «estar en relaciones» significa en Cuba simplemente amarse.

Creyendo la madre que aquel asunto, como sucedia siempre que lo tocaba, era desagradable para su hijo, se arrepintió de haber aludido a él.

—¿Qué decias mamá? le dijo Cárlos, procurando que la conversacion recayera sobre ese tema.

—Nada de importancia, repuso la madre. Hablemos de tu matrimonio.

—No piensas sino en mi matrimonio, i nuestros negocios ¿cómo marchan? Yo soi un ingrato i un perezoso que te dejo a menudo toda la carga de ellos. Ahora voi a variar de conducta. Ya que me caso debo ser hombre sério. Aquí me tienes a tu disposicion. Me pareció que hablabas hace un instante de la dificultad de encontrar trabajadores.

—Efectivamente, es increible lo que cuesta. "El Siglo" (1) ha echado a perder el país. Ahora todos son abolicionistas i es mui comprometido eso de introducir bozales ¿habráse visto mayor insensatez? Yo lo que quisiera es que a los que escriben contra la esclavitud los mandaran a trabajar a un injénio, para que se convencieran de que solo los negros son capaces de resistir esa fatiga. Cuba sin esclavos, se arruinaria completamente.

Cárlos que cuando doña Josefa se entregaba a semejantes accesos de entusiasmo antiabolicionista combatia lo que llamaba su exajeracion, haciendo gala de un liberalismo suave, teórico nada mas i perfec-

(1) Unico periódico político de la Habana redactado por criollos. Su marcha liberal influyó mucho en la revolucion.

tamente compatible con todos los horrores de la práctica, la dejó hablar sin contradecirla.

—I mire Ud., continuó doña Josefa, alentada por el silencio de su hijo, como si los negros perdieran mucho con la esclavitud ¿qué hacen en su tierra? Viven como animales irracionales, matándose los unos a los otros, i en la ignorancia de nuestra santa relijion. De modo que, como dice Ferrer de Canto, (1) mas bien se les hace un favor con esclavizarlos, porque se rescata su alma del enemigo.

—Mamá, dijo Cárlos, ¿cuándo se marcha para la finca don Eulojio?

—Mañana temprano, respondió doña Josefa.

—¿Lleva muchos negros?

—Cinco solamente.

—He pensado sino lo tienes a mal, enviar a Francisco para el campo.

—¿Como trabajador?

—Como trabajador.

—¡Es posible! ¿i quién te servirá de calesero?

—Emilio. Casado con Rosalia, prefiero un calesero del país; pero si tú no quieres, conservaré a Francisco.

—¿Estas loco? Mándalo cuanto ántes.

---

(1) Escritor peninsular que ha compuesto muchos artículos i discursos, i un libro entero en favor de la esclavitud.

CAPITULO IX.

DON EULOJIO.

Don Eulojio era el mayoral del *injenio* "La Esperanza". Tenia cincuenta i cinco años de edad, de los cuales habia pasado treinta al servicio de los Orellana.

Era de mediana estatura, mas bien bajo que alto, garboso, decidor, punteaba con maestría la bihuela i cantaba décimas. Ademas, mui enamorado.

Entre los hombres de campo pasaba por un oráculo, por que habia estado con frecuencia en la Habana. Su lenguaje se resentia un poco de los esfuerzos con que procuraba estar a la altura de lo que podemos llamar su posicion literaria. Toda palabra sonora que oia a las personas cultas la introducia en su conversacion, aunque no comprendiese su significado. Añadia tambien muchas *s* i muchas *d* de que hubiera debido prescindir. Pero no carecia de injenio ni de astucia.

Su mérito principal,—fundamento de una sólida

i estendida reputacion,—era la enerjía con que manejaba a los esclavos. No habia negro, por altivo e insolente que fuera, que no se le doblase, ni *cimarron* que escapara de sus pesquizas. Un verdadero mastin.

En concepto de don Eulojio el negro debia mirarse como un animal dañino, indispensable por desgracia para el trabajo de los campos, pero con el cual el tratamiento mas severo i despiadado era siempre el mas saludable. No creia nunca que un negro estuviese enfermo; aun tocando su piel abrasada por la fiebre, i como alguien le hiciese observaciones sobre que la enfermedad era evidente,—se echaba a reir invocando su larga esperiencia. Casaba a los negros segun su capricho i las necesidades de la finca i hubiera tenido por estupenda blasfemia que pudiesen amarse i que la familia fuese con respecto a ellos otra cosa que un medio de producir esclavos. El desden que le inspiraba la raza negra dábale un valor estraordinario en el caso de un motin que aplacar o de esclavos huidos que ir a sorprender en el fondo de los bosques i eso que el temor de su crueldad inflexible hizo a veces desesperada la resistencia. Todos los amos de finca envidiaban a los Orellana un hombre tan precioso.

Cárlos lo llamó en reserva a su cuarto aquella misma noche.

—Parece que se vuelve Ud. para la finca mañana, le dijo.

—Sí, señor, mañana con *la fresca* emprendo mi

viaje. Bastante tiempo hemos perdido en *estas capitales* en que las horas se pasan sin sentir.

—Pocos negros lleva Ud.

—No me diga nada, si es una diablura ¿cómo nos vamos a componer para la *zafra*? Aquellos vichos de allá son lo mas haraganes del mundo. Mire, señor, que me mato para lograr que hagan alguna cosa,—i luego como han muerto tantos.

—¿No los asisten bien cuando enferman?

—Si el negro no se enferma, señor, no lo crea,—se muere de puro malo. Allí, aunque yo conozco sus *maulerías* se tratan como a unos caballeros i tienen un *dotol* que bien quisieran tenerlo todos los cristianos que viven en el campo.

Cárlos lo escuchaba distraido.

—Lo principal, añadió don Eulojio, está salvado, porque con los últimos escarmientos ninguno se me escapa para meterse a *cimarron*.

—¿Ud. cuenta solo con el temor para impedirlo? le preguntó Cárlos.

—¡Oh no! tengo buenos *grillos* i buenos *contramayorales*.

—Quisiera encargarle a Ud. un negro que debe ir a trabajar en la finca; pero es un negro mui peligroso.

—¿Peligroso por qué?

—Es difícil que no se escapara i habria riesgo en eso.

—No se escapará como yo me lo proponga.

—Tengo el mayor interes en que no se escape.

—Puede confiar en ello, señor. Le pondremos buenos *grillos* i se lo encargaré a Aniceto el contramayoral.

De noche dormirá encerrado.

—Está bien,—ahora solo falta que encontremos el medio de que se vaya con Ud. hasta la finca sin sospechar que vá para quedarse.

—¿Conozco yo al negro?

—Es Francisco mi calesero.

—Mal peje ¿por qué no finjimos que la familia se marcha toda para el campo? Esto, *entre parentes*, si el señor quiere tomarse esa pena. Yo me encargo de conducirlo a la fuerza.

—Nó, a la fuerza no puede ser. Despues que esté allá es distinto. La idea de Ud. es buena. Mañana a las cuatro hágalo despertar i dígale que me caso dentro de unos dias i que es preciso que él esté en el campo para que me lleve el carruaje al pueblo cuando yo vaya con Rosalia. Será conveniente que Ud. le haga entender que Mariana i Camila deben irse para la finca pasado mañana a prepararlo todo para recibirnos bien.

—No hai mas que hablar,—eso délo por arreglado.

—Cuando lleguen a la finca, busca Ud. motivo de enojo i lo somete a la vijilancia que me ha indicado.

—¿I lo hago trabajar?

—Sí.—Es lo único que tenia que recomendarle. Déme noticias de Francisco siempre que pueda.

—Se hará como lo manda.—Que pase el señor buena noche. Espero que las alegrías de sus bodas serán *dinas* de sus grandes prerogativas i que tendremos pronto a la señorita por el campo para manifestarle nuestras felicitaciones.

—Gracias don Eulojio, contestó Cárlos sonriendo.

CAPITULO X.

SOLA.

A la mañana despues Cárlos penetró bruscamente en la habitacion de Camila, que a medio vestir todavía, con los hermosos hombros descubiertos i el cabello suelto sobre la espaldia, nunca pudo parecerle mas seductora. Una de esas estátuas en que el frenesí de la inspiracion ha gravado el ideal concebido por el artista en una hora de fiebr , dá la idea del aspecto que ofrecia.

Perdone el lector que insistamos en el brillo i el carácter de su hermosura. Ella esplica todos los horrores del drama.

Al ver entrar a Cárlos, Camila se irguió, como movida por un resorte, i cruzando los brazos sobre el pecho, con la instintiva alarma del pudor, le dijo llena de asombro.

—¡Tú aquí! ¿qué significa esto?

—Vengo a sacarte de una gran ansiedad en qne es probable que te encuentres, le contestó el jóven.

—Francisco no podrá hacerte esta noche su visita habitual i no seria justo que tú lo culpases por eso. El verdadero culpable soi yo.

Camila, aterrada, no se atrevió a responder, comprendiendo de golpe la inmensa estension de su desgracia. Sus brazos se apretaron convulsivamente, como si la corriente eléctrica del dolor estremeciera todas sus fibras i lágrimas de profunda amargura surcaron sus pálidas mejillas.

—Camila, dijo Cárlos, te veo sufrir i aunque tu pena debiera irritarme, te amo tanto, que daria mi vida por desvanecerla. Pero tengo la conviccion de que tu funesto delirio pasará. No es posible que tú ames de veras a Francisco. Yo no lo creo. Yo no puedo creerlo. Si no te quisiera sino como a una hermana evitaria siempre que te degradases uniéndote a un negro. Tú, mujer de un negro, tú, madre de negros. No me pidas que lo consienta. Jamas lo permitiré.

—¿I qué soi yo?—repuso Camila—¿qué soi yo, sino una esclava miserable? ¿Osarias tú penetrar de este modo en la habitacion de una mujer que te inspirara respeto? Quiero enlazarme con un hombre de mi raza. No es un delirio, no es un engaño, es lo que conviene a mi clase i lo que mi corazon necesita. Cárlos—hermano mio,—si te acuerdas aun de cuando jugábamos juntos, si resta en tu alma un poco de piedad para tu pobre hermana, yo te ruego que no te opongas a mi dicha.—Hai cien mujeres mas hermosas que yo. Todas te adorarán. Yo no te quiero

Quiero enlazar con un hombre de mi raza

de esa manera que tú deseas; pero te quiero tanto! ¡Oh cómo vói a bendecirte si haces lo que te pido! Serás mi ánjel, serás un Dios para mí. No me condenes al martirio de aborrecerte... Cárlos, hermano mio.....Cuando tu pasion se haya calmado tendrás un goce tan bello en haberme hecho dichosa.....

I juntaba las manos i tenia el rostro inundado de lágrimas.

Cárlos bajó por un momento la cabeza, pero al alzarla de nuevo se leia en su mirada una resolucion implacable.

—Nó Camila, dijo, no sueñes que eso pueda ser. Aguardaré tranquilo que olvides a Francisco i haré que me ames por la fuerza de mi sumision i de mi cariño. No exijas mas, porque no es dable. De Francisco no serás nunca, compréndelo bien.

Camila sollozaba, viendo volar su última esperanza.

—I bien, dijo, con moribunda voz,—me resignaré. Te juro que me resignaré. Francisco no volverá a hablar conmigo de noche. Estoi dispuesta a prohibirle que me ame. Somos esclavos. Para el que es esclavo no está reservada la dicha. Quizas mi propio dolor irá disminuyéndose con el tiempo. Ahora me parece que nó; pero dicen que los corazones cambian. Lo único que deseo, i tú no me lo negarás ¿no es verdad? es que Francisco no sufra nada por mi causa. Seria terrible que fueran a atormentarlo porque habia tenido la desdicha de quererme. Cárlos, no es amor.—es un remordimiento mui grande

que me producirian sus penas. Lo dejarán como antes en la casa i tú no le dirás nada ¿es cierto?

—Francisco no está en la casa, Camila, repuso Cárlos.

—¿No está en la casa? ¿lo han vendido?

—No lo he vendido ni pienso venderlo, lo he enviado al campo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana salió.

—¡Esta mañana,—ya,—se ha ido,—no tiene remedio!

—¡Oh Dios mio! eso no es justo. Estoi sola! ¡Estoi sola! i él ¡desventurado! ¿qué culpa tenia de que yo lo amase? Lo han mandado al campo, para que lo cubran de cadenas, para que lo azoten, para que espire en el trabajo, porque me queria ¡ah Cárlos! ¡ha sido porque me queria.

I pareció que iba a caer sin movimiento, aniquilada por el dolor.

Cárlos dió un paso hácia ella.

Mas viéndolo aproximarse el rostro de Camila se encendió vivamente, Erecta, olvidando su media desnudez, descubriendo su pecho i señalando a Cárlos la puerta de la habitacion con una altivez soberana.

—Vete,—dijo—la mujer o la viuda de Francisco, te odiará siempre lo mismo. Ni una palabra,—ni una mirada, vete.

Cuando se quedó sola esta enerjía ficticia desapareció, enlazando las manos i con los ojos levantados al cielo cayó de rodillas i en un lenguaje incohe-

rente, e interrumpido a veces por el largo silencio de la desesperacion suprema, habló a la imájen de su madre, única cosa que con el recuerdo de Francisco le quedaba en el mundo,—sola, inconsolable, mísera Desdémona.

*
* *

Fué al piso bajo, recorrió toda la casa, inquirió tímidamente la verdad i se convenció de que Francisco habia partido.

I le pareció encontrarse sola como en el interior de una tumba.

—Hubiera querido sollozar en alta voz i correr frenéticamente. Se llevaba las manos a los ojos i se proponia soñar; pero la terrible realidad estaba allí con su monstruosa evidencia.

El cuarto de Francisco ofrecia ese semblante de tristeza que reviste una habitacion de donde han sacado un cadáver.

I la viuda jimiente, la viuda vírjen, la viuda atisbada en la sombra por aquel amor ébrio que la perseguia ¡con cuánto placer se habria encerrado para siempre en aquel cuarto triste, transformándolo en la celda del aislamiento i de las lágrimas!

Inclinóse sobre el lecho en que se veia la huella de sus últimas horas de reposo,—las últimas probablemente que reposaria tranquilo i feliz,—i encontrando en él un pañuelo que ella le habia dado lo llevó a su corazon i a sus labios con un dolor inmenso pero dulce, i su llanto corrió sobre aquel pañuelo como si corriera sobre el pecho de Francisco.

CAPITULO XI.

MARIANA.

Camila pensó que Mariana podia dar algun alivio a sus penas. Recordaba que ella fué piadosa con sus amores i ni por un instante quiso atribuirle la revelacion del secreto. Alguna imprudente confianza de Francisco habia sido, en su concepto, la causa de todo.

Dirijióse en busca de la única amiga que a su desgracia le era dado tener porque necesitaba hablar de su amor con alguien que lo compadeciese i recibir de una persona serena los consejos de la prudencia i las alegrias de la esperanza.

Llegó con su ténue paso hasta donde le dijeron que se encontraba Mariana. Iba ya a pronunciar su nombre cuando oyó la voz de Cárlos que se mezclaba con la de la criada en un diálogo recatado i sijiloso.

—Es posible que al sentirlo a su merced Camila grite asustada.

—¿Piensas que puedo esponerme a eso? Aquí tengo algo que debes hacerle beber esta noche para que no despierte.

—¿Nadie sentirá el ruido que haga su merced?

—Con Francisco no tomabas tantas precauciones.

—Pero Francisco no entraba en el cuarto.

—¿Es cierto eso?

—¡Oh! no entraba.

—Si me engañases te castigaria con rigor; pero sino me has engañado i me sirves como deseo, te pagaré bien.

—Yo soi una mujer honrada incapaz de engañar a su merced.

—Ahora,—cada uno por su lado. Ni siquiera me mires en todo el dia. Es preciso disimular mucho.

—No hai miedo de que sospeche.

Camila, ocultándose rápidamente detras de una puerta, impidió que la viesen i los dejó pasar por su lado.

Temblaba la pobre niña llena de miedo ¿qué nueva amargura la amagaba? ¿qué horrible trama era aquella?

—¡Oh, Dios mio, es posible! decia, mirando al cielo con un aire de dulce reconvencion.

*
* *

Mariana estuvo con ella mui afectuosa durante el dia. Primero le aconsejó que olvidase a Francisco, tratando de convencerla de que era una gran dicha

que Cárlos fijase en ella sus miradas; mas viendo la indignacion con que Camila rechazaba estas sujestiones, le prometió su ayuda i le aseguró que Cárlos se cansaria de perseguirla.

Camila en su inesperiencia virjinal llegó a creer que Mariana, compadecida de su dura suerte, olvidaba el tenebroso proyecto; pero observándola con disimulo, notó que arrojaba en la leche que ella debia tomar al acostarse el contenido del misterioso pomito que Cárlos le entregó.

Entonces sus fuerzas estuvieron a punto de abandonarla.

Alentándose con el recuerdo de Francisco se armó, sin embargo, de valor i mirando con imponente firmeza a Mariana le dijo.

—No tomaré leche esta noche i si no me entrega Ud. la llave de la pieza i no me permite poner mi cama junto a la puerta iré a dormir en la pieza de la señora.

—¿Qué motivos tienes para esa inquietud? le dijo turbada Mariana.

—Es escusada toda cuestion. Déme Ud. la llave ó voi en seguida para el cuarto de mi ama.

—Déjame salir antes un momento.

—Ud. no saldrá sin que yo le comunique a la señora lo que pasa.

—¡Jesus! muchacha ¡válgate Dios! estas *espirita-da*. Aquí tienes la llave. Pon la cama donde te diere gusto ¿qué tengo yo que meterme en eso?

Camila, sin responder, cerró con esmero la puerta

i colocando su lecho junto a ella se sentó en él vestida, sin atreverse a reclinar la cabeza bajo el peso de la fatiga.que la abrumaba.

Así esperó aflijida i temerosa la hora en que Francisco acostumbraba venir a su reja i en que era otro el que debia llegar.

Estremecióse de espanto al oir los pasos de Cárlos i al toque de misteriosa intelijencia, que le hubiera abierto sin un acaso feliz las puertas de la habitacion.

Era probable que Cárlos se retirase irritado creyendo que Mariana no habia teniado bastante astucia o determinacion para servirlo. El silencio en que todo quedó, pasado un momento, lo indicaba al menos. Mas el temor de una segunda tentativa la mantuvo en dolorosa alarma.

I sobre todo, cómo olvidar las tiernas entrevistas cuyo dulce hábito habia contraido, cómo pensar sin angustia que en aquel instante Francisco, tan apasionado i tan feliz la noche anterior con la seguridad de su cariño, marchaba desesperado hácia el lento suplicio de la ausencia, el trabajo sin reposo, la ignominia del látigo.

Creia verlo, estendiendo sus brazos hácia ella o buscando en una muerte rápida la terminacion de sus tormentos, i ahogaba sus sollosos, ya que su dolor no tenia el derecho de jemir sino en el misterio.

CAPITULO XII.

¡SILENCIO!

"Siento la necesidad de escribirte, Francisco.

Quizas nunca podras tú saber lo que te escribo; quizas aunque nos veamos no convendrá que tú conozcas el crímen de que eres víctima, por que eso podria conducirte a una resolucion horrible.

Pero yo tengo la necesidad de finjirme que hablo contigo i que deposito en tu corazon el secreto de mis angustias, de mi inalterable ternura, de estas ideas que llenan mi alma i que son mucho mas tristes por lo mismo que no hai un oido amigo que las recoja.

¿Por qué son todos tan malos? Hasta Mariana que es de nuestra sangre, que debiera defenderme, que pudiera tener una hija en mi situacion, que pudiera servirme de madre, que yo creia tan interesada en nuestro favor, está dispuesta por miedo o por codicia a ponerme en los brazos de Cárlos, a conde-

narme a una eterna vergüenza, a hacer imposible para siempre nuestra felicidad.

Pues tú no me perdonarias eso, mi querido Francisco, aunque yo no fuera culpable. Ah! tiemblo de recordarlo, tú te habrias alejado con horror de mí si eso hubiera sucedido.

I sin embargo bien puede suceder. De nada vale que yo lo desprecie i que lo ódie. El es nuestro amo i tiene mil recursos para realizar sus deseos.

Nacer en la esclavitud es una gran desdicha. Yo no lo sabia,—i muchas veces ¿te acuerdas? le daba poca importancia a la libertad, i no participaba de tus ideas i de tus sentimientos con respecto a ella. Ahora lo comprendo: la desgracia me lo ha enseñado. Sí, no somos libres, nunca nos uniremos, Francisco; los esclavos no deben tener hijos.

Quién sabe si mi pobre madre, que yo he culpado algunas veces por lo que juzgaba un estravio de su parte, quién sabe si ella tambien tuvo que aceptar un amor imperioso i omnipotente. Todos me dicen que tenia un carácter triste i que lejos de poner empeño en realzar su belleza, que era bien notable, procuraba disimularla i esconderla. Tenia razon.

Yo he pensado que debo cortarme el cabello, romper mis trajes elegantes i vestirme mal. Voi a hacerlo con gusto. Ahora que tú no estas aquí ¿para qué quiero ser hermosa? Me pondré horrible, mi Francisco. Es probable que Cárlos deje de amarme cuando me vea de ese modo.

Sí, Dios que es tan bueno, no consentirá que sea-

mos desgraciados por largo tiempo. Esto es una prueba nada mas. Cuando llegue nuestra dicha recordaremos este tiempo oscuro i su recuerdo aumentará la felicidad que nos espera.

Sé fuerte, no te entregues a la desesperacion. ¿Cómo pudiera yo comunicarte la confianza que abrigo en el porvenir? Tú no me oyes, tú no puedes leer lo que escribo. Esto es lo mas que me atormenta. Si estraviado por los celos, por el dolor, por la agonía de tu ignominioso suplicio cometieras un crímen ¡oh Francisco! yo no podria amarte ¿lo sabes? Cuánto deploro no habértelo dicho nunca; pero tú que conoces mi carácter debes comprenderlo. Yo no podria besar tus manos manchadas de sangre.

Acaso la señora quiera remediarlo todo. Hablándole con prudencia se puede conseguir algo. Solo por tí daria este paso. ¡Me turba tanto la idea de decirle a mi ama que yo quiero a un hombre. Lo haré ¡oh mi Francisco! ¿qué no haria tu esposa por tí?...

***

Doña Josefa estaba lijeramente indispuesta i no salia de su cuarto. Camila entró en él en un momento en que nadie debia venir a interrumpirla.

El sublime valor que su pasion le comunicaba le hizo afrontar el peligro de una revelacion directa i sin disimulo. Su ansiedad no podia resignarse a marchar despacio.

—Señora, dijo a doña Josefa, ¿su merced sabe que se han llevado a Francisco para el campo?

—Naturalmente, Cárlos me lo dijo antes de hacerlo.

—Yo tambien quisiera ir para el campo.

—¿Tú para el campo? ¿Te sientes mal?

—No, mi señora, no me siento mal, pero Francisco i yo nos queríamos i esperábamos obtener de la señora el permiso para casarnos.

Una firmeza triste se revelaba en su semblante.

El niño Cárlos me enamora, añadió. Esa es la causa de su enojo con Francisco.

La ira embargó por un momento la voz de doña Josefa.

—¡Silencio! gritó al fin, eres una vívora. Por salvar a tu amante calumnias a mi hijo. Yo castigaré tu atrevimiento. Iras al campo; pero no a la misma finca, i tú i Francisco tendrán su merecido.

—Quiere la señora oirme una palabra.

—No, no quiero oirte.

I doña Josefa se puso de pié con el rostro encendido i la mirada relampagueante.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

EN EL CAMPO.

de esa manera que tú deseas: pero te quiero tanto! ¡Oh cómo voi a bendecirte si haces lo que te pido! Serás mi ánjel. serás un Dios para mí. No me condenes al martirio de aborrecerte... Cárlos, hermano mio.....Cuando tu pasion se haya calmado tendrás un goce tan bello en haberme hecho dichosa.....

I juntaba las manos i tenia el rostro inundado de lágrimas.

Cárlos bajó por un momento la cabeza, pero al alzarla de nuevo se leia en su mirada una resolucion implacable.

—Nó Camila, dijo, no sueñes que eso pueda ser. Aguardaré tranquilo que olvides a Francisco i haré que me ames por la fuerza de mi sumision i de mi cariño. No exijas mas, porque no es dable. De Francisco no serás nunca, compréndelo bien.

Camila sollozaba, viendo volar su última esperanza.

—I bien, dijo, con moribunda voz,—me resignaré. Te juro que me resignaré. Francisco no volverá a hablar conmigo de noche. Estoi dispuesta a prohibirle que me ame. Somos esclavos. Para el que es esclavo no está reservada la dicha. Quizas mi propio dolor irá disminuyéndose con el tiempo. Ahora me parece que nó; pero dicen que los corazones cambian. Lo único que deseo, i tú no me lo negarás ¿no es verdad? es que Francisco no sufra nada por mi causa. Seria terrible que fueran a atormentarlo porque habia tenido la desdicha de quererme. Cárlos, no es amor.—es un remordimiento mui grande

que me producirian sus penas. Lo dejarán como antes en la casa i tú no le dirás nada ¿es cierto?

—Francisco no está en la casa, Camila, repuso Cárlos.

—¿No está en la casa? ¿lo han vendido?

—No lo he vendido ni pienso venderlo, lo he enviado al campo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana salió.

—¡Esta mañana,—ya,—se ha ido,—no tiene remedio!

—¡Oh Dios mio! eso no es justo. Estoi sola! ¡Estoi sola! i él ¡desventurado! ¿qué culpa tenia de que yo lo amase? Lo han mandado al campo, para que lo cubran de cadenas, para que lo azoten, para que espire en el trabajo, porque me queria ¡ah Cárlos! ¡ha sido porque me queria.

I pareció que iba a caer sin movimiento, aniquilada por el dolor.

Cárlos dió un paso hácia ella.

Mas viéndolo aproximarse el rostro de Camila se encendió vivamente, Erecta, olvidando su media desnudez, descubriendo su pecho i señalando a Cárlos la puerta de la habitacion con una altivez soberana.

—Vete,—dijo—la mujer o la viuda de Francisco, te odiará siempre lo mismo. Ni una palabra,—ni una mirada, vete.

Cuando se quedó sola esta enerjía ficticia desapareció, enlazando las manos i con los ojos levantados al cielo cayó de rodillas i en un lenguaje incohe-

rente, e interrumpido a veces por el largo silencio de la desesperacion suprema, habló a la imájen de su madre, única cosa que con el recuerdo de Francisco le quedaba en el mundo,—sola, inconsolable, mísera Desdémona.

*
* *

Fué al piso bajo, recorrió toda la casa, inquirió tímidamente la verdad i se convenció de que Francisco habia partido.

I le pareció encontrarse sola como en el interior de una tumba.

—Hubiera querido sollozar en alta voz i correr frenéticamente. Se llevaba las manos a los ojos i se proponia soñar; pero la terrible realidad estaba allí con su monstruosa evidencia.

El cuarto de Francisco ofrecia ese semblante de tristeza que reviste una habitacion de donde han sacado un cadáver.

I la viuda jimiente, la viuda vírjen, la viuda atisbada en la sombra por aquel amor ébrio que la perseguia ¡con cuánto placer se habria encerrado para siempre en aquel cuarto triste, transformándolo en la celda del aislamiento i de las lágrimas!

Inclinóse sobre el lecho en que se veia la huella de sus últimas horas de reposo,—las últimas probablemente que reposaria tranquilo i feliz,—i encontrando en él un pañuelo que ella le habia dado lo llevó a su corazon i a sus labios con un dolor inmenso pero dulce, i su llanto corrió sobre aquel pañuelo como si corriera sobre el pecho de Francisco.

CAPITULO XI.

MARIANA.

Camila pensó que Mariana podia dar algun alivio a sus penas. Recordaba que ella fué piadosa con sus amores i ni por un instante quiso atribuirle la revelacion del secreto. Alguna imprudente confianza de Francisco habia sido, en su concepto, la causa de todo.

Dirijióse en busca de la única amiga que a su desgracia le era dado tener porque necesitaba hablar de su amor con alguien que lo compadeciese i recibir de una persona serena los consejos de la prudencia i las alegrias de la esperanza.

Llegó con su ténue paso hasta donde le dijeron que se encontraba Mariana. Iba ya a pronunciar su nombre cuando oyó la voz de Cárlos que se mezclaba con la de la criada en un diálogo recatado i sijiloso.

—Es posible que al sentirlo a su merced Camila grite asustada.

—¿Piensas que puedo esponerme a eso? Aquí tengo algo que debes hacerle beber esta noche para que no despierte.

—¿Nadie sentirá el ruido que haga su merced?

—Con Francisco no tomabas tantas precauciones.

—Pero Francisco no entraba en el cuarto.

—¿Es cierto eso?

—¡Oh! no entraba.

—Si me engañases te castigaria con rigor; pero sino me has engañado i me sirves como deseo, te pagaré bien.

—Yo soi una mujer honrada incapaz de engañar a su merced.

—Ahora,—cada uno por su lado. Ni siquiera me mires en todo el dia. Es preciso disimular mucho.

—No hai miedo de que sospeche.

Camila, ocultándose rápidamente detras de una puerta, impidió que la viesen i los dejó pasar por su lado.

Temblaba la pobre niña llena de miedo ¿qué nueva amargura la amagaba? ¿qué horrible trama era aquella?

—¡Oh, Dios mio, es posible! decia, mirando al cielo con un aire de dulce reconvencion.

***

Mariana estuvo con ella mui afectuosa durante el dia. Primero le aconsejó que olvidase a Francisco, tratando de convencerla de que era una gran dicha

que Cárlos fijase en ella sus miradas; mas viendo la indignacion con que Camila rechazaba estas sujestiones, le prometió su ayuda i le aseguró que Cárlos se cansaria de perseguirla.

Camila en su inesperiencia virjinal llegó a creer que Mariana, compadecida de su dura suerte, olvidaba el tenebroso proyecto; pero observándola con disimulo, notó que arrojaba en la leche que ella debia tomar al acostarse el contenido del misterioso pomito que Cárlos le entregó.

Entonces sus fuerzas estuvieron a punto de abandonarla.

Alentándose con el recuerdo de Francisco se armó, sin embargo, de valor i mirando con imponente firmeza a Mariana le dijo.

—No tomaré leche esta noche i si no me entrega Ud. la llave de la pieza i no me permite poner mi cama junto a la puerta iré a dormir en la pieza de la señora.

—¿Qué motivos tienes para esa inquietud? le dijo turbada Mariana.

—Es escusada toda cuestion. Déme Ud. la llave ó voi en seguida para el cuarto de mi ama.

—Déjame salir antes un momento.

—Ud. no saldrá sin que yo le comunique a la señora lo que pasa.

—¡Jesus! muchacha ¡válgate Dios! estas *espiritada*. Aquí tienes la llave. Pon la cama donde te diere gusto ¿qué tengo yo que meterme en eso?

Camila, sin responder, cerró con esmero la puerta

i colocando su lecho junto a ella se sentó en él vestida, sin atreverse a reclinar la cabeza bajo el peso de la fatiga.que la abrumaba.

Así esperó aflijida i temerosa la hora en que Francisco acostumbraba venir a su reja i en que era otro el que debia llegar.

Estremecióse de espanto al oir los pasos de Cárlos i al toque de misteriosa intelijencia, que le hubiera abierto sin un acaso feliz las puertas de la habitacion.

Era probable que Cárlos se retirase irritado creyendo que Mariana no habia teniado bastante astucia o determinacion para servirlo. El silencio en que todo quedó, pasado un momento, lo indicaba al menos. Mas el temor de una segunda tentativa la mantuvo en dolorosa alarma.

I sobre todo, cómo olvidar las tiernas entrevistas cuyo dulce hábito habia contraido, cómo pensar sin angustia que en aquel instante Francisco, tan apasionado i tan feliz la noche anterior con la seguridad de su cariño, marchaba desesperado hácia el lento suplicio de la ausencia, el trabajo sin reposo, la ignominia del látigo.

Creia verlo, estendiendo sus brazos hácia ella o buscando en una muerte rápida la terminacion de sus tormentos, i ahogaba sus sollosos, ya que su dolor no tenia el derecho de jemir sino en el misterio.

CAPITULO XII.

¡SILENCIO!

"Siento la necesidad de escribirte, Francisco.

Quizas nunca podras tú saber lo que te escribo; quizas aunque nos veamos no convendrá que tú conozcas el crímen de que eres víctima, por que eso podria conducirte a una resolucion horrible.

Pero yo tengo la necesidad de finjirme que hablo contigo i que deposito en tu corazon el secreto de mis angustias, de mi inalterable ternura, de estas ideas que llenan mi alma i que son mucho mas tristes por lo mismo que no hai un oido amigo que las recoja.

¿Por qué son todos tan malos? Hasta Mariana que es de nuestra sangre, que debiera defenderme, que pudiera tener una hija en mi situacion, que pudiera servirme de madre, que yo creia tan interesada en nuestro favor, está dispuesta por miedo o por codicia a ponerme en los brazos de Cárlos, a conde-

narme a una eterna vergüenza, a hacer imposible para siempre nuestra felicidad.

Pues tú no me perdonarias eso, mi querido Francisco, aunque yo no fuera culpable. Ah! tiemblo de recordarlo, tú te habrias alejado con horror de mí si eso hubiera sucedido.

I sin embargo bien puede suceder. De nada vale que yo lo desprecie i que lo ódie. El es nuestro amo i tiene mil recursos para realizar sus deseos.

Nacer en la esclavitud es una gran desdicha. Yo no lo sabia,—i muchas veces ¿te acuerdas? le daba poca importancia a la libertad, i no participaba de tus ideas i de tus sentimientos con respecto a ella. Ahora lo comprendo: la desgracia me lo ha enseñado. Sí, no somos libres, nunca nos uniremos, Francisco; los esclavos no deben tener hijos.

Quién sabe si mi pobre madre, que yo he culpado algunas veces por lo que juzgaba un estravio de su parte, quién sabe si ella tambien tuvo que aceptar un amor imperioso i omnipotente. Todos me dicen que tenia un carácter triste i que lejos de poner empeño en realzar su belleza, que era bien notable, procuraba disimularla i esconderla. Tenia razon.

Yo he pensado que debo cortarme el cabello, romper mis trajes elegantes i vestirme mal. Voi a hacerlo con gusto. Ahora que tú no estas aquí ¿para qué quiero ser hermosa? Me pondré horrible, mi Francisco. Es probable que Cárlos deje de amarme cuando me vea de ese modo.

Sí, Dios que es tan bueno, no consentirá que sea-

mos desgraciados por largo tiempo. Esto es una prueba nada mas. Cuando llegue nuestra dicha recordaremos este tiempo oscuro i su recuerdo aumentará la felicidad que nos espera.

Sé fuerte, no te entregues a la desesperacion. ¿Cómo pudiera yo comunicarte la confianza que abrigo en el porvenir? Tú no me oyes, tú no puedes leer lo que escribo. Esto es lo mas que me atormenta. Si estraviado por los celos, por el dolor, por la agonía de tu ignominioso suplicio cometieras un crímen ¡oh Francisco! yo no podria amarte ¿lo sabes? Cuánto deploro no habértelo dicho nunca; pero tú que conoces mi carácter debes comprenderlo. Yo no podria besar tus manos manchadas de sangre.

Acaso la señora quiera remediarlo todo. Hablándole con prudencia se puede conseguir algo. Solo por tí daria este paso. ¡Me turba tanto la idea de decirle a mi ama que yo quiero a un hombre. Lo haré ¡oh mi Francisco! ¿qué no haria tu esposa por tí?...

* * *

Doña Josefa estaba lijeramente indispuesta i no salia de su cuarto. Camila entró en él en un momento en que nadie debia venir a interrumpirla.

El sublime valor que su pasion le comunicaba le hizo afrontar el peligro de una revelacion directa i sin disimulo. Su ansiedad no podia resignarse a marchar despacio.

retiros de la naturaleza, es el progreso turbando con su vocina el sueño de la selva.

Aquella caña que nace junto a un bosque callado, donde la agreste soledad parece mas austera i mas hostil, el trabajo la arranca de la tierra, la oprime con sus dientes de hierro, la evapora, la condensa, la cristaliza, la locomotora impaciente aguarda para llevarla a la ciudad i de la ciudad al puerto, la nave gallarda la toma a la orilla del mar, i, el comercio, potencia incansable i jigantesca la lleva en sus hombros a todas las zonas del mundo para trocarla por la piel del norte, por el trigo del mediodia, por el algodon, por la seda, por el oro, por la llama viva del diamante i por el cuadro de Greuze i por la estátua de Canova.

¡Cuánto movimiento! ¡cuánta grandeza! ¡cuánta vida!

Sí, pero esa vida encierra la muerte.

El progreso que penetra bajo esa forma en el majestuoso seno de las selvas lleva una serpiente enroscada en el cuello.

La nave que se lleva el azúcar es una nave hipócrita que vá cargada de codicia i que viene cargada de iniquidades: esta mercancía ~~blanca i aromática~~ que recibe, la recibe en cambio de una negra i hórrida mercancía, de una mercancía que es un alma i que es sin embargo una cosa: el esclavo.

La industria, que veis con tanto orgullo venciendo el letargo de la naturaleza, es una industria infame en el industrial que dirije, i miserable en el que

SEGUNDA PARTE.

EN EL CAMPO.

CAPITULO I.

A LA LUZ DEL CREPÚSCULO.

La cólera de doña Josefa se disipó bajo la influencia de Cárlos i Camila pudo permanecer como antes en la casa,—advertida sin embargo por el jóven de que el menor intento para procurarse auxiliares en contra suya agravaria la triste situacion de Francisco.

Cárlos no apresuraba la celebracion de su matrimonio. A cada momento se le ocurrian nuevos pretestos para retardarlo. Los obsequios encargados a Europa para la novia no acababan de llegar, el estado de su salud no era bueno, queria ver terminado un negocio que lo preocupaba para disfrutar con tranquilidad de la luna de miel i *sic de cœteris:* las bodas iban insensiblemente aplazándose.

Camila no estaba entretanto asediada por las súplicas de Cárlos. Su carácter altivo se prestaba poco a ellas. En el olvido que produce el tiempo, en las seducciones que poseia i que sin empeñarse él en

puertas de relieve habian en su concepto de ser al cabo notadas i sentidas por la esclava, en la puerta de hierro con que habia cerrado la esperanza de su union con Francisco confiaba para conseguir el triunfo.

Parecíale lento despues este sistema, cuando vió que en nada se alteraba la triste resolucion de Camila.

—Es preciso acudir a los grandes medios, pensó, veamos si ella se resiste ahora.

⁂

Camila fué sorprendida por la noticia de que al dia siguiente marchaba la familia para el Injenio "la Esperanza" Cárlos habia manifestado a su madre que deseaba algun reposo con el objeto de restablecer su salud.—Era época oportuna. Salieron para el campo.

Este viaje tenia que ser delicioso para Camila. Cárlos no se acercaba a ella i al examinar su conducta, cualquiera, aun siendo mas esperto que la jóven, hubiera creido en el abandono de sus proyectos.

Ademas, Francisco estaba en "la Esperanza", eso era indudable.

¿Seria verdad? ¿iban a terminar sus angustias?

⁂

Los campos de Cuba forman un espectáculo al imperio de cuyo hechizo se escapa difícilmente el mas melancólico.

Es allí, con seguridad, donde la primavera ha nacido.

El desigual terreno bordado por los matices diversos de la labranza, los ondulantes cañaverales que remedan bonancible mar, la feracidad espléndida, desaliñada, lujosa hasta el prodijio, que todo lo cubre de ramas espesas, de opulentos racimos, de flores pintadas con el azul del cielo, con el rojo de la llama, con el blanco de la nieve o con el negro de la noche, ni una sola piedra que no posea su cabellera verde, ni una sola cuesta por agria que se muestre, que no posea una capa de esmeralda, cada rayo de sol, deshaciéndose al caer sobre este cuadro en maravillosa pedreria, aves que tienen en sus plumas todos los colores del íris i en su canto todos los secretos de la música, la selva oscura en el fondo, dando sombra al paisaje, el aire perfumado i transparente i el horizonte de ópalo. ¡Oh cuan soberbios i cuan bellos son los campos de mi patria!

***

Camila se sintió feliz al atravesarlos.

Juventud, amor, esperanza,—la primavera cantaba dulcemente en su alma.

¿Cómo es posible que ella estuviese destinada á ser infeliz en medio de tantas bellezas esquisitas i suaves?

Si Cárlos habia sido hasta entonces criminal dejaria de serlo al llegar a allí. La ciudad emponzoña el

pensamiento con su álito; sus luces artificiales, su polvo, su ruido, semejante a los inacordes gritos de la demencia, el vicio, que la estrecha delirante entre sus brazos, arrastran al espíritu al abismo cubierto de flores en que se manchan i se mutilan sus celestes alas. La vida que se bebe en el aire de los campos es una vida distinta.

Ella iba a encontrar dos cosas: a su Francisco, al elejido de su corazon, i a su Cárlos, al hermano de su infancia.

¡Sueño de rubí!

***

Llegaron al Injenio i la servidumbre de la casa salió alegremente a recibirlos. Camila estrañó no ver a Francisco.

—Francisco está en este injenio ¿no es cierto? le dijo balbuceando a Mariana.

—Sí, le contestó esta con rapidez i en voz baja; pero no hablemos de eso; ni por todos los santos del cielo, me mezclo yo mas en tus amores.

Allí estaba, pues, Francisco. Lo veria mas tarde ¿qué importaba un poco de tiempo? ¡Sin embargo le hubiera parecido tan agradable encontrarlo desde luego!

***

El dia pasó sin que Camila pudiera hallarse con Francisco.

Nadie se cuidaba de ella; pero sin poder esplicar las razones de su sospecha tenia el presentimiento de que podian vijilarla.

No preguntando por él, lo buscó no obstante en todos los rincones de la casa i en las dependencias de la finca que se alzaban a su alrededor.

No creia que Francisco hubiese sido destinado a las mas rudas labores del injenio i que se encontrara en esos momentos trabajando sin abrigo contra los abrasadores rayos del trópico bajo el látigo del mayoral.

Aunque al saber que Francisco habia partido para el campo entrevió a lo lejos este destino para él, no lo consideró posible de repente.

Francisco en el campo significaba solo la ausencia. Su obstinacion en negarse a los deseos de Cárlos traeria despues el trabajo degradante i tormentoso.

En un mes, transcurrido despues de la partida de Francisco, la impaciencia i la crueldad de Cárlos no habian podido ser tan grandes que, olvidando la intachable conducta i los buenos servicios de su esclavo, lo hiciese pasar de golpe desde el interior de la familia a la mas dura i mas vergonzosa faena de los campos.—Francisco estaba probablemente en otra parte.

Ya sin esperanzas de verlo, convencida de que se lo habian llevado a un injenio en que no pudiera encontrarse con ella, creyéndolo perdido para siempre, se apoyó al morir la tarde en la balaustrada esterior de la casa i tendió su vista hácia lo lejos.

¡Cuán triste i cuán sombrío juzgaba ahora lo que por la mañana se le habia presentado tan alegre i tan resplandeciente!

Un ruido atrajo su atencion hácia el lado opuesto a aquel en que estaban fijas sus miradas. Era que los trabajadores regresaban de los cañaverales.

Venian mustios, casi desnudos, fatigados hasta tener un aire bestial.

El mayoral a caballo, a la cabeza, los contramayorales a pié, con el látigo en la mano.

Detras de todos iban algunos, los mas miserables, cargados de cadenas.

Camila los examinó con profunda piedad. Cuando su mirada se hubo fijado en el último un ronco grito salió de su garganta.

Iba entre dos negros feroces que parecian sus guardianes. Llevaba la frente baja i se hubiera dicho que tenia los ojos cerrados.

Era Francisco.

CAPITULO XIV.

EL CAMPO DE BATALLA.

Los lectores que no hayan visitado a Cuba tendrán mui vaga idea de lo que es un *injénio* de azúcar.

Un *injénio*, sobretodo, un gran injénio es un pequeño reino aparte en el medio del país: algo como los señorios feudales de la edad media.

Para el estranjero que pasa por allí, los campos con su lujosa feracidad, las diversas máquinas con su humo i con su estrépito, el perfume de la fresca miel recien estraida que corre hácia el laboratorio, el perfume de la miel que hierve en las *pailas*, los robustos bueyes conduciendo en la perezosa carreta la dorada caña, las cuadrillas de trabajadores cantando en el dialecto natal, forman unconjunto que impresiona agradeblemente la fantasía.

Entre la calma de los campos, rompiendo su fastidioso silencio, suena bien este ruido de la industria.

Un *injénio* es la ciudad que invade los escondidos

retiros de la naturaleza, es el progreso turbando con su vocina el sueño de la selva.

Aquella caña que nace junto a un bosque callado, donde la agreste soledad parece mas austera i mas hostil, el trabajo la arranca de la tierra, la oprime con sus dientes de hierro, la evapora, la condensa, la cristaliza, la locomotora impaciente aguarda para llevarla a la ciudad i de la ciudad al puerto, la nave gallarda la toma a la orilla del mar, i, el comercio, potencia incansable i jigantesca la lleva en sus hombros a todas las zonas del mundo para trocarla por la piel del norte, por el trigo del mediodia, por el algodon, por la seda, por el oro, por la llama viva del diamante i por el cuadro de Greuze i por la estátua de Canova.

¡Cuánto movimiento! ¡cuánta grandeza! ¡cuánta vida!

Sí, pero esa vida encierra la muerte.

El progreso que penetra bajo esa forma en el majestuoso seno de las selvas lleva una serpiente enroscada en el cuello.

La nave que se lleva el azúcar es una nave hipócrita que vá cargada de codicia i que viene cargada de iniquidades: esta mercancía ~~blanca i aromática~~ que recibe, la recibe en cambio de una negra i hórrida mercancía, de una mercancía que es un alma i que es sin embargo una cosa: el esclavo.

La industria, que veis con tanto orgullo venciendo el letargo de la naturaleza, es una industria infame en el industrial que dirije, i miserable en el que

obedece i ejecuta. Tiene dos nombres: se llama tiranía i se llama envilecimiento.

El trabajo, esa sublime maldicion de Dios, que el hombre ha convertido en una especie de cetro, no se reconoce bajo ninguno de esos nombres.

En lugar del trabajo que fortifica el cuerpo i que ennoblece el espíritu, existe algo que aniquila la materia i que apaga el pensamiento: existe la fatiga.

Si, cuando el hombre que contempla i que analiza, vé venir la rujiente locomotora, imponente triunfadora del espacio i de la distancia, se siente siempre orgulloso i satisfecho. Aquella masa de hierro palpitante que se mueve como un monstruo domado bajo la mano del trabajador, el torbellino de chispas que escupe, el fuego que le sirve de pulmon, el humo que le sirve de aliento, los músculos de acero que se retuercen al jirar como si tuvieran una voluntad revelde pero humillada, su voz de trueno que se hace oir como un servicio mas: hé aquí una hermosa batalla ganada por la audacia del hombre sobre los enemigos elementos.

Pero en el *injénio* de *azúcar* la *máquina*, este colaborador de gloriosas empresas, tiene un aspecto nuevo.—Apresurada, jadeante, pronta siempre, insomne, abriendo sus fauces de dia como de noche, ostiga con su grito al pobre esclavo que agotando sus fuerzas no puede sin embargo seguirla.

¡Cruel velocidad!

El esclavo la mira tristemente: sus lágrimas parecen decirle; sé mas lenta, por Dios!

El cilindro jira, el negro clarin de la máquina le dice al látigo: haz tu obra.

El esclavo debe bastar a la voracidad perenne del monstruo.

¡Ai! que triste es esto ¿qué tiene de estraño que en el delirio producido por tan dolorosas escenas nos preguntemos a nosotros si no hai en ello una sombría venganza de la materia, i si en la piel de bestia salvaje que le azota i en el hierro que le aguijonea con su actividad febril no habrá un goce horrible; la voluptuosidad del tigre?

De todos modos aquella máquina cómplice inspira ódio.—Produce una vision pavorosa: el progreso en el crímen.

La industria que debe ser felicidad i redencion es esclavitud i dolor.

*
* *

En la época a que nos referimos se habian introducido grandes reformas en las fincas de campo.

Algunos hombres ilustrados i liberales hasta cierto punto procuraban endulzar la esclavitud. En sus propiedades el esclavo comia mejor, trabajaba menos, era azotado raramente i poseia algo: escepciones que estaban lejos de ser comunes i dentro de las cuales la servidumbre aparecia, sin embargo de su atenuacion, con su aspecto monstruoso de siempre.

Por lo demas, hé aquí por regla jeneral la vida de un esclavo: trabajar doce horas, o catorce horas o

diez i seis horas,alimentarse mal, vestirse apenas, i despues, el azote.

Un reglamento dictado por el Gobierno disponia que el castigo máximo fuese de veinte i cinco azotes; pero esta lei, cuyo cumplimiento nadie vijilaba, i que debia cumplirse en rejiones a donde no llegaba la vista de las autoridades, era una letra muerta.

De vez en cuando vagos rumores de acusacion llamaban la atencion de los jueces hácia un *injénio* cualquiera. Se iba allí, se exhumaba un cadáver, se encontraban en él las huellas de un tratamiento feroz; pero veinte i cinco azotes son un tratamiento feroz ¿se habian dado mas? Dios solo lo sabia. La declaracion de los esclavos no tiene valor en juicio ¿i qué esclavo se hubiera atrevido a denunciar a su dueño? La tierra tomaba de nuevo su despojo i el escándalo caia pronto en olvido.

Poco tiempo antes de la revolucion, cuando ya los principios abolicionistas estaban escritos aun en el corazon de los propietarios, cuando muchos propietarios emancipaban sus negros, tuvo lugar en el seno de una familia distinguida de la Habana un drama de esos que la esclavitud enjendra.

Un domingo, un dia de fiesta, en el momento en que la señora acababa de llegar de la Iglesia i en que aprestaba sus galas para la *soirée*, por un motivo insignificante, por una pequeña desazon doméstica, por una respuesta altiva o por un servicio mal prestado, ni siquiera recordamos por qué, aquella dama

aristocrática, jóven, rica, bien educada, el encanto de un salon, la maravilla de un círculo, sometió a tormento e hizo morir en pocas horas una de sus esclavas.

El proceso a que esto dió oríjen escitó estraordinariamente al país.

La misma España se presentaba llena de indignacion. Castelar escribió algunas bellas frases sobre el asunto i, cosa inusitada, el artículo de Castelar fué enviado por el gobierno supremo a la *Real Audiencia* de la Habana, llamando su atencion sobre el particular.

El hecho ha pasado ayer, i no puede negarse. La culpable vive. La puerta de la cárcel se abrió una noche para ella. Su fuga pareció mui natural. En cuanto al marido, que estaba en la casa cuando ocurrió el crímen, i que tuvo la debilidad de consentirlo, fué condenado a dos años de encierro.

La esclava era tambien jóven, bella con la hermosura de su raza, sensible, amaba a alguien probablemente.

Su ama no se habia contentado con hacerla azotar. El cadáver mostraba en ciertos puntos el rastro del hierro cadente o del agua hirviendo: los médicos no acertaron a descifrar a cual de estos dos medios se acudió para martirizarla. El martirio, empero, era evidente.

El autor de estas líneas conocia mucho a aquella mujer; lo repite, era una jóven, casi una niña; de piel satinada, de ojos lánguidos, de aspecto nervioso. Eso

que suele llamarse un ánjel, confundiendo la materia con el espíritu.

¿Cómo esplicar su estravío? Es bien sencillo. La acostumbraron desde niña a la disciplina de la esclavitud.

Los jóvenes abogados del país vacilaban en defenderla, un abolicionista reconocido, Nicolas Azcarate, orador cubano que tiene la talla i el talento de Danton, tomó a su cargo la tarea, comprendiendo que aquella era una buena oportunidad de protestar alta i solemnemente contra la institucion.

El pudo decir al tribunal esta palabra terrible!

¿"Se horroriza V. E. de lo que ha sucedido?—eso es la lei. V. E. no tiene el derecho de horrorizarse ante la lei."

***

En un *injénio* de azúcar hai muchos empleados: el administrador que gobierna en jefe, "el maestro de azúcar", el maquinista, el mayordomo, etc. etc., pero para el manejo de los negros hai un mayoral, i varios ayudantes, llamados contramayorales, negros por lo comun i esclavos. Aquellos corderos que tienen el collar de mastin son bastante crueles; enlazados por mil pasiones con los que se hayan sometidos a su gobierno, abusan con mas frecuencia de su poder que los mismos blancos.

***

Un *injénio* es, como lo dijimos al principio,—recuérdelo bien el lector,—un imperio aparte.

El monólogo que inspiraria a un Hamlet nuevo el cráneo del negro en el cementerio de un injénio seria monólogo tremendo.

Antro sin salida, tumba pavorosa; para reposarse de la faena, que consiste en una fatiga enorme, ningun amparo sino el enorme reposo de la sepultura, la obediencia a lo inanimado, es decir a la campana que le dice al sueño: basta; al látigo que le dice al cansancio: no te creo; a la máquina que grita: mas, la piel desnuda bajo los rayos del sol i bajo el hielo de los vientos, el amor convertido en instinto sexual, tener hambre muchas veces, sentir siempre deseos de dormir, alguien que codicia nuestra mujer i la toma, alguien que codicia nuestra hija i se la lleva, levantar la mano para recojer el sudor de la frente i ser azotado, quejarse i ser azotado, bostesar i ser azotado, tener el látigo sobre la espalda, una cadena en los piés, un guardian despiadado junto a sí, un perro de presa a los talones, ninguna apelacion posible abajo, i el hábito de perder la costumbre en la apelacion de arriba: eso es un *injénio.*

Era allí donde Camila i Francisco debian pelear con Cárlos el combate definitivo de su vida.

CAPITULO III.

Peripecia.

Al dia despues de haber llegado a la finca, Cárlos manifestó a su madre que un negocio urjente lo llamaba a la Habana i partió de un modo precipitado para la capital.

¿Qué orijinaba ese viaje? Ya lo veremos mas adelante.

Cualquiera que fuese su oríjen, Camila lo bendijo, mirándolo como una proteccion del cielo.

Por desgracia, como Cárlos antes de partir nada previno a don Eulojio acerca de Francisco, éste continuó encadenado, sujeto a la mas estrecha vijilancia i a los trabajos mas duros.

En cambio Camila se sentia libre i usando de su natural ascendiente sobre los que la rodeaban pudo acercarse al infeliz cautivo.

Dijo a don Eulojio, que como habia servido junto con Francisco se interesaba por él, i no sospechando

el mayoral las relaciones que existian entre ámbos, no tuvo inconveniente en permitir que se hablaran. En los momentos de descanso, mientras que los trabajadores recibian i devoraban su escasa racion, Camila i Francisco tenian ocasion de cambiar algunas palabras sin ser oidos.

Francisco la recibió con dureza. La juzgaba culpable. Creia que cediendo a los deseos de Cárlos habia convenido con él en el sacrificio de aquel importuno testigo de su nueva dicha.

Pocos esfuerzos le bastaron a la niña para desvanecer esta quimérica conviccion.

No estimando prudente confesarle la realidad de sus cálculos con respecto a Cárlos, atribuyó el rigor a que se le habia sujetado a un capricho de doña Josefa.

—Segun he sabido despues,—díjole,—la señora tuvo conocimiento de nuestros amores i determinó enviarte al campo. A mí tambien quiso hacerme trabajar en un *injénio*; pero Cárlos se opuso. A él le debemos la felicidad de vernos otra vez. Mira cuan injustas son tus sospechas.

—La señora cederá al fin,— añadió para consolar con una dulce esperanza las penas de Francisco,— Cárlos me ha dicho que Rosalía obtendrá nuestro perdon.

El encantador porvenir que Camila presentó a Francisco no era solo una invencion de su piedad. Ella lo acariciaba en su mente. En la partida súbita de Cárlos, en la emocion con que habia leido

una de las cartas que trajo el correo de la mañana, emocion que tuvo oportunidad de percibir, encontró la jóven cierto misterio que le inspiraba esperanza en lo futuro.

Cárlos ni siquiera se ocupó de ella i de Francisco antes de marcharse: esto era mui significativo.

El corazon confiado de Camila se entregó sin reserva a la embriaguez de tan imprevista alegria.

Las cadenas de Francisco se vieron doradas por este rayo de dicha.

Junto al esclavo miserable, fatigado, opreso vino a sentarse la jóven delicada con mas ternura que nunca. Toda la sombra que el destino habia aglomerado sobre él, la desvaneció la radiante claridad del amor.

A ser posible deberia decirse que Camila lo amaba mas despues de su desgracia. Comprendia por lo menos que era preciso buscar cada dia vehementes pruebas de ternura para compensar las amarguras de su existencia i su inocente fantasía encontraba portentos de amor con que acariciarlo.

Francisco llegó a mirar con indiferencia su desventura i aun llegó a amarla, pareciéndole que era ella la que le habia ayudado a conquistar por entero el corazon de Camila.

La mano de Camila jugaba con los hierros de Francisco.

—¡Que pesados son! decia procurando suspenderlos.

Su elegante traje se mezclaba con los harapos del negro. Le limpiaba el sudor de la frente con su pañuelito de encajes i luego besaba su pañuelo clavando en él una mirada tan tierna que Francisco esperimentaba la ebriedad del placer.

—Sufres por mí,— esclamaba Camila con acento conmovido. Yo te lo agradezco mucho, mi Francisco. Tambien yo me dejaria cargar de cadenas por tu amor. Si nos dejaran conpartir la misma suerte, trabajar juntos, no separarnos nunca, atados con una misma argolla ¡que orgullosa i que feliz estaria!

—No Camila, respondia Francisco, asi es mejor, si no te avergüenzas de mí i me amas siempre de la misma manera.

--Avergonzarme? i crees que puedo avergonzarme? Mas grande eres ahora que antes, te encuentro mas hermoso ¿no te lo habia dicho? La cadena te va bien. No es lisonja. Parece un adorno. Se diria que estás encadenado por tu voluntad. I ademas yo creo que me tienes mas cariño desde que estas así.

Cediendo a la inevitable pendiente de su carácter infantil que la llevaba a jugar hasta con la desdicha, le decia otras veces.

—Me alegro de que te tengan prisionero. Asi no me podrás engañar. Hablemos con franqueza, cuando eras libre, quién sabe a cuantas enamorarias.

*
* *

Doña Josefa convencida por las precauciones i las protestas de la jóven de que Camila habia dejado de pensar en Francisco no se ocupaba de los amantes. Veia poco a los esclavos. En el campo se entregaba a sus devociones. Estaba casi siempre en la capilla.

Camila, manifestando mucho interes por los trabajos de la finca, atisbaba todas las oportunidades de acercarse a Francisco.

Poco tiempo despues de encontrarse la familia en el *Injénio* empezó la *molienda*, es decir la fabricacion de la azúcar, pues una parte del año se dedica esclusivamente a las faenas de la agricultura. Francisco trabajaba entonces mas cerca de Camila i ésta podia estarlo viendo casi todo el dia

Todos los esclavos, aun los mismos contramayorales, esperimentaban cariño i admiracion hácia ella. Ella los consolaba, los socorria, evitaba los castigos con su piadosa intervencion. Era un ánjel en aquel infierno.

—Quiere mucho a Francisco, decian porque ha servido con él ¡qué buena es!

I Francisco fué sagrado aun para el feroz Aniceto.

Los ancianos, no pudiendo esplicarse el influjo que sobre todos los corazones ejercian sus suaves hechizos, se empeñaban en considerarla como un ser sobrenatural.

Sus deseos eran órdenes. Teniendo el temple de una Judit hubiera podido sublevar a los negros contra los blancos.

—¡Que pesados son! decia procurando suspenderlos.

Su elegante traje se mezclaba con los harapos del negro. Le limpiaba el sudor de la frente con su pañuelito de encajes i luego besaba su pañuelo clavando en él una mirada tan tierna que Francisco esperimentaba la ebriedad del placer.

—Sufres por mí,— esclamaba Camila con acento conmovido. Yo te lo agradezco mucho, mi Francisco. Tambien yo me dejaria cargar de cadenas por tu amor. Si nos dejaran conpartir la misma suerte, trabajar juntos, no separarnos nunca, atados con una misma argolla ¡que orgullosa i que feliz estaria!

—No Camila, respondia Francisco, asi es mejor, si no te avergüenzas de mí i me amas siempre de la misma manera.

--Avergonzarme? i crees que puedo avergonzarme? Mas grande eres ahora que antes, te encuentro mas hermoso ¿no te lo habia dicho? La cadena te va bien. No es lisonja. Parece un adorno. Se diria que estás encadenado por tu voluntad. I ademas yo creo que me tienes mas cariño desde que estas así.

Cediendo a la inevitable pendiente de su carácter infantil que la llevaba a jugar hasta con la desdicha, le decia otras veces.

—Me alegro de que te tengan prisionero. Asi no me podrás engañar. Hablemos con franqueza, cuando eras libre, quién sabe a cuantas enamorarias.

*
* *

Doña Josefa convencida por las precauciones i las protestas de la jóven de que Camila habia dejado de pensar en Francisco no se ocupaba de los amantes. Veia poco a los esclavos. En el campo se entregaba a sus devociones. Estaba casi siempre en la capilla.

Camila, manifestando mucho interes por los trabajos de la finca, atisbaba todas las oportunidades de acercarse a Francisco.

Poco tiempo despues de encontrarse la familia en el *Injénio* empezó la *molienda*, es decir la fabricacion de la azúcar, pues una parte del año se dedica esclusivamente a las faenas de la agricultura. Francisco trabajaba entonces mas cerca de Camila i ésta podia estarlo viendo casi todo el dia

Todos los esclavos, aun los mismos contramayorales, esperimentaban cariño i admiracion hácia ella. Ella los consolaba, los socorria, evitaba los castigos con su piadosa intervencion. Era un ánjel en aquel infierno.

—Quiere mucho a Francisco, decian porque ha servido con él ¡qué buena es!

I Francisco fué sagrado aun para el feroz Aniceto.

Los ancianos, no pudiendo esplicarse el influjo que sobre todos los corazones ejercian sus suaves hechizos, se empeñaban en considerarla como un ser sobrenatural.

Sus deseos eran órdenes. Teniendo el temple de una Judit hubiera podido sublevar a los negros contra los blancos.

Lucy resistió por algun tiempo a sus deseos i un dia, cuando ya el joven desesperaba de hacerse amar, cuando mas rodeada aparecia en Nueva York por las solicitaciones de sus pretendientes, le dijo a Cárlos que lo amaba, partiendo con él para una escursion de verano, que tuvo todo el aire de uno de esos hermosos paseos que hacen los recien-casados en los Estados Unidos

Esa victoria halagó sobre manera el corazon i el amor propio de Cárlos; la notoriedad, o mejor dicho el escándalo de aquella especie de huida, los poderosos rivales desairados por ella, el candor, la turbacion i las indecisiones con que Lucy se entregó a él i que se hubieran dicho copiadas de la mas inocente de las vírjenes, le hicieron saborear de consuno una dulce embriaguez. Juró a Lucy, interpretando bien los deseos de su corazon, que la amaria mientras viviese.

Ya aquella Aspasia lo sabia. El amor de Cárlos habia sido fabricado por ella cuidadosamente. Obra de cálculo, obra astuta, obra artística, si cabe arte en la infamia, en que todo habia sido intencional i premeditado desde la sonrisa en los labios hasta el lazo de cinta en el cuello, sabia ella mui bien hasta que grado llegaba su imperio en el corazon del inesperto enamorado.

I no es que Cárlos le fuera indiferente. Sentia un capricho por él. Quizas lo amaba. Solo que cuando el amor llega a ser un oficio pasa rara vez i con dificultad a ser un sentimiento esclusivo i des-

CAPITULO IV.

Intermedio— La dama de mármol.

La carta que habia hecho partir a Cárlos era la siguiente:

«Acabo de llegar. Te amo como siempre i te aguardo con ansiedad. Estoi en el hotel de Inglaterra»

Tu Lucy.

La lectura de este conciso billete impresionó profundamente a Cárlos i le hizo olvidar sus planes con respecto a Camila i su matrimonio i dirijirse con rapidez a la Habana.

Sin embargo la mujer que le habia escrito era una mujer que merecia su odio i su desprecio. Actriz primero, aventurera despues, habíala conocido Cárlos en los Estados Unidos en la época en que comenzaban sus brillantes estravios. Acercóse a ella con el objeto de obtener un triunfo de vanidad i, cuando mas, un placer fujitivo i ella se apoderó por entero de su alma.

Lucy resistió por algun tiempo a sus deseos i un dia, cuando ya el joven desesperaba de hacerse amar, cuando mas rodeada aparecia en Nueva York por las solicitaciones de sus pretendientes, le dijo a Cárlos que lo amaba, partiendo con él para una escursion de verano, que tuvo todo el aire de uno de esos hermosos paseos que hacen los recien-casados en los Estados Unidos

Esa victoria halagó sobre manera el corazon i el amor propio de Cárlos; la notoriedad, o mejor dicho el escándalo de aquella especie de huida, los poderosos rivales desairados por ella, el candor, la turbacion i las indecisiones con que Lucy se entregó a él i que se hubieran dicho copiadas de la mas inocente de las vírjenes, le hicieron saborear de consuno una dulce embriaguez. Juró a Lucy, interpretando bien los deseos de su corazon, que la amaria mientras viviese.

Ya aquella Aspasia lo sabia. El amor de Cárlos habia sido fabricado por ella cuidadosamente. Obra de cálculo, obra astuta, obra artística, si cabe arte en la infamia, en que todo habia sido intencional i premeditado desde la sonrisa en los labios hasta el lazo de cinta en el cuello, sabia ella mui bien hasta que grado llegaba su imperio en el corazon del inesperto enamorado.

I no es que Cárlos le fuera indiferente. Sentia un capricho por él. Quizas lo amaba. Solo que cuando el amor llega a ser un oficio pasa rara vez i con dificultad a ser un sentimiento esclusivo i des-

interesado. Contar los detalles de aquella pasion nos alejaria demasiado de nuestro asunto. Cuando concluido aquel verano Cárlos retornó a la Isla de Cuba sus amigos lo desconocieron. Era otro hombre. Habia bebido el veneno del desengaño. A nadie confió su secreto, siendo demasiado vanidoso para publicar una derrota. Se prometió a sí mismo olvidar a Lucy, i en honor de su fuerza de voluntad debe decirse que parecia haberlo conseguido. Por una jactancia de enerjia conservó el perro i el collar, que eran el último recuerdo de la estranjera, como para desafiar las imájenes que este recuerdo podia evocar en su mente.

Sus amigos le preguntaron qué significaba aquel nombre en el cuello de su *terranova.*

—Es el nombre de una cortesana célebre, contestó. Estaba de moda últimamente en Saratoga. Se lo puse a mi perro por burlarme de ella. Me inspiran tanto desprecio esas mujeres!

Este desprecio pareció fundado a Delmonte, esplicable a Romero i estúpido a Peñalver.

***

Sin embargo Lucy conocia a Cárlos mejor de lo que Carlos se conocia a sí propio. El billete de que hemos hablado que era el colmo de la audacia de parte de ella, i que solo debió producir en Cárlos una sonrisa de desden lo trajo de nuevo a sus piés.

Es cierto que el mancebo no partió de la finca con la intencion de decir a Lucy que la amaba. Iba

por el contrario a agobiarla bajo el peso de su indignacion. Iba a tener el gusto de enseñarle la cicatriz de la herida que ella juzgaria abierta El lujo de la indiferencia delante de la mujer que le ha martirizado con su coquetería es una exijencia para el hombre vanidoso.

—Una sola entrevista se decia, una sola entrevista en que la confunda con mis sarcasmos. No nos hemos visto despues de la burla que me hizo sufrir. Quiero que nos veamos i separarme de ella sonriente.

Pero ¿no hemos dicho ya que Cárlos tenia veinte i dos años? Si no lo hemos dicho encontramos conveniente advertírselo al lector.

***

Cárlos llegó al hotel a las tres de la tarde. Se hizo anunciar i fué recibido sin tardanza.

Esperaba encontrar a Lucy ataviada de modo que todos sus encantos estuviesen de relieve e iba mui dispuesto a luchar con los ardides de su infernal coquetería.

Se equivocó en todo.

En la habitacion de Lucy, casi a oscuras, encontró a ésta descuidadamente vestida i peinada, como quien no espera a nadie o como quien no hace caso de parecer bien.

Se lanzó hacia él para estrecharle en sus brazos; pero él la rechazó. Entonces Lucy se dejó caer en un confidente, llevó el pañuelo a los ojos i se puso

a llorar con un llanto suave, silencioso, desesperado no obstante.

—No creo en tus lágrimas, le dijo Cárlos con ira, eres una miserable, no pienses engañarme de nuevo.

Lucy apartó el pañuelo de sus ojos i mostró el rostro inundado de lágrimas, con un movimiento rápido i sencillo.

—Quiero evitarte, repuso, el pesar de haber insultado a una mujer. Conozco tu carácter i tengo la conviccion de que eso te doleria mas tarde. Las esplicaciones son inútiles entre nosotros. Podria mui bien intentar justificarme, demostrarte que no soi tan culpable como me juzgas. Esa discusion está en desacuerdo con mis sentimientos. Lo que disculparia a otra no me disculpa a mis ojos ni debe disculparme a los tuyos. He sido infame. Poco importa que haya abandonado una senda en que marché por un estravio de mi educacion i no por un estravio de mi espíritu. Dices bien, soi una miserable. Esa miserable tiene el atrevimiento de amarte, como se ama una vez no mas, con ese amor que lo es todo para la mujer.

Entre nosotros,—aun cuando tú lo quisieras la dignidad de mi amor lo prohibe,— no puede existir lazo alguno; pero ¿no querrás verme? no querrás venir un dia en tu mes, una hora en tu semana a decirme una palabra de compasion? ¡He aquí lo único que oso desear. Si no puedes concedérmelo me resignaré.

I volvió a llorar sin aguardar la respuesta.

sitaba con frecuencia a Lucy, haciéndole de contínuo ridículas protestas de amor.

Delmonte por el contrario la miraba con notable antipatía. Encargado en un periódico de importancia de escribir la crónica de teatros, sus juicios sobre la encantadora contralto eran severos. Por mucho que el público la colmase de aplausos i de flores, Lucy no veia con indiferencia la gacetilla cruel que venia a recordarle todas las mañanas los vacios de su talento. Suplicó a Cárlos que interviniese en su favor; pero sin revelar a Delmonte los motivos que la impulsaban.

Delmonte recibió a su amigo cariñosamente, como de costumbre; mas se echó a reir cuando supo el objeto de su visita.

—Mi querido Cárlos, le dijo, el amigo que te ha pedido ese servicio, puesto que tú me protestas que nada te liga a la hermosa contralto, es un amigo mui impertinente. Lo que deseas es un sacrilejio. Se conoce que no eres aficionado a la música. Yo no puedo decir en la crónica sino la verdad.

No hubo modo de hacerle ceder.

Dando cuenta a Lucy del resultado de su comision, se quejó Cárlos con amargura de la reserva exijida por ella.

—Delmonte no me negaria eso, decia, si supiera lo que hai entre nosotros.

—Confiesa, le contestó Lucy, que no son los artículos de Delmonte los que te hacen detestar el disimulo que yo juzgo necesario.

—Pues cómo ¿vas tú a cantar en el teatro?

—Sí, estoi contratada en Tacon. No me quedaba mas remedio, añadió mui ruborizada. Tú sabes que no soi rica.

—Debiste confiar en mí. Me disgusta mucho que cantes en público. No puedes comprender hasta que punto me será desagradable.

—¡Celoso! El contrato no puede romperse por desgracia. Yo cantaré solo para tí. ¿Quieres oirme ahora?

*
* *

Lucy fué bien pronto la favorita del público habanero. Su voz i su talento musical no eran mui notables, pero la naturaleza la habia hecho actriz i su belleza delumbradora bastaba para ganarle las voluntades.

Como Cárlos i Lucy habian convenido en guardar la mas absoluta reserva sobre sus amores, entre los ramilletes que se arrojaban a la artista venian muchas palabras apasionadas i muchas ofertas atrevidas que se dirijian a la mujer.

Cárlos hubiera querido salir de su sombra, imponer silencio a los enamorados i castigar a los insolentes; pero Lucy era inflecciblе acerca de este punto i Cárlos la amaba demasiado para no someterse a sus deseos.

Para que se aumentaran sus desazones tuvo desacuerdos con sus amigos. Peñalver, cuyo padre habia muerto recientemente, no asistia al teatro; pero vi-

sitaba con frecuencia a Lucy, haciéndole de contínuo ridículas protestas de amor.

Delmonte por el contrario la miraba con notable antipatía. Encargado en un periódico de importancia de escribir la crónica de teatros, sus juicios sobre la encantadora contralto eran severos. Por mucho que el público la colmase de aplausos i de flores, Lucy no veia con indiferencia la gacetilla cruel que venia a recordarle todas las mañanas los vacios de su talento. Suplicó a Cárlos que interviniese en su favor; pero sin revelar a Delmonte los motivos que la impulsaban.

Delmonte recibió a su amigo cariñosamente, como de costumbre; mas se echó a reir cuando supo el objeto de su visita.

—Mi querido Cárlos, le dijo, el amigo que te ha pedido ese servicio, puesto que tú me protestas que nada te liga a la hermosa contralto, es un amigo mui impertinente. Lo que deseas es un sacrilejio. Se conoce que no eres aficionado a la música. Yo no puedo decir en la crónica sino la verdad.

No hubo modo de hacerle ceder.

Dando cuenta a Lucy del resultado de su comision, se quejó Cárlos con amargura de la reserva exijida por ella.

—Delmonte no me negaria eso, decia, si supiera lo que hai entre nosotros.

—Confiesa, le contestó Lucy, que no son los artículos de Delmonte los que te hacen detestar el disimulo que yo juzgo necesario.

—No es eso solo ciertamente.

—No es eso en ninguna parte ni de ninguna manera.

—Pues bien lo confieso, tengo celos.

—Veamos de quién, señor musulman.

—¡Dios mio! de todo el mundo en primer lugar i ademas de ese necio de Peñalver que te persigue de contínuo ofreciéndote su fortuna.

Lucy hizo ademan de reir estrepitósamente, pero de súbito, como detenida por un pensamiento triste, reclinó la mejilla sobre la mano i se mantuvo largo tiempo en melancólico silencio.

—Te he ofendido acaso sin quererlo,—esclamó Cárlos algo inquieto.

—Nó, repuso ella, no me ofendes. Tú tienes el derecho de juzgarme así.

Había un profundo dolor en estas palabras.

Cárlos se arrojó a los piés de Lucy i le pidió perdon de lo que llamaba sus delirios, asegurándole que tenia en ella la mas completa confianza.

—Oyeme, mi adorado loco, le dijo ella tomando su cabeza entre sus manos i clavando en sus ojos una dulcísima mirada, tu pobre Peñalver me divierte. Ya sabes mis escentricidades. Sentiria que me quitaran ese juguete. Por otra parte su asiduidad me ha libertado de otras muchas. Se le cree preferido i me dejan tranquila ¿qué dirias tú si para ese papel hubiera escojido a algun gallardo caballero?

***

A la mañana siguiente Cárlos, sin decidirse a creer en el testimonio de sus ojos, leia un párrafo de crónica en que Delmonte anunciaba al público que el contrato de Lucy habia sido roto, aludiendo de un modo encubierto a que la artista trocaba por los encantos del amor las fatigas i las glorias de la escena. Era una burla delicada. Cárlos consideró aquello como una calumnia cobarde, como una persecucion inmotivada i sobre todo como un insulto personal, dada su recomendacion de la víspera.

Fué a encontrar a Delmonte i le exijió esplicaciones de su conducta.

Su voz altiva i su duro lenguaje no fueron notados por el poeta.

—Desgraciado embajador, le dijo, puedes anunciarle a quien te envia que se burlan de él. Aunque se ha procedido con suma discrecion los periodistas somos una policía vijilante. Nuestro amigo Peñalver quiere consolar su duelo, teniendo una cantatriz para su uso i parte con Lucy para Europa. No debes abrigar la menor duda.

—No conocia esta nueva faz de tu carácter le contestó Cárlos, arrojando sobre él una mirada despreciativa. Probablemente algun desden de esa pobre mujer es la causa de que la persigas con tanta obstinacion. Nadie me envia. Vengo por mi propia cuenta. Amo a Lucy i ella me ama. Sé que en lo que has escrito no hai una palabra de verdad i exijo ¿lo entiendes bien? exijo que lo retires i que la satisfagas.

Un diálogo que comenzaba así no podia terminar

sino en un rompimiento. Las cosas llegaron al estremo. La calma i la dignidad de Delmonte no fueron poderosas a impedir el inevitable desenlace. Cárlos estaba fuera de sí.

Los amigos encargados de concertar el combate procuraron en vano la paz.

Antes que el desafío, vino afortunadamente el mas terrible desengaño.

El contrato de Lucy estaba roto i su viaje con Peñalver era una verdad. La fortuna inmensa del cretino i la facilidad de engañarlo i de conducirlo a su antojo fueron una tentacion suficiente para que Lucy abandonara otra vez a su iluso amante.

Cárlos deploró la lijereza con que habia dejado conocer su secreto, pero considerando ridículo el papel de Otelo, no quiso seguir a los fujitivos, como se lo aconsejó por un momento su deseo de venganza.

El ultraje lo hirió bien cruelmente. Habia estado a punto de abandonar a su familia, de perder su fortuna, de disgustar a su madre, de batirse con su mejor amigo por aquella mujer i aquella mujer se reia de su enorme sacrificio.

Delmonte, reconciliado con él, trató de consolarlo i para consolarlo mejor le habló de Camila. Esto fué un dardo mas en el corazon i en el orgullo de Cárlos. Recordó que mientras Lucy huia con Peñalver, Camila era acaso feliz al lado de Francisco, i ya que las conveniencias le impedian vengarse de la primera, se resolvió a ser implacable con la segunda.

Delmonte agravaba el mal con la mejor fé del

mundo. Le prometia ir en breve a "La Esperanza" para acompañarlo algun tiempo.

—Antes de quince dias estaré allí, le dijo. Entre la amistad i el amor tus penas se disiparán fácilmente. Vamos, un poco de valor. Tu Camila es superior a Lucy, piensa solo en ella, que bien lo merece.

Aquel consuelo era, sin saberlo Delmonte, un sarcasmo del destino.

Cárlos tuvo una sonrisa feroz al oir este lenguaje.

—Dices bien, contestó a Delmonte. Me consolaré con Camila.

El desencanto habia hecho de él un hombre sin conciencia.

¡Derrotado por Peñalver aquí, derrotado por Francisco allá i sentirse con atractivos capaces de enloquecer a cien mujeres. Ser rico, ser jóven, ser intelijente, ser hermoso i que un imbécil i un negro lo vencieran!

Partió tan aprisa como habia venido, sin escribir, sin anunciarse, queriendo llegar de improviso, dispuesto a caer como un rayo sobre la dicha que su ausencia habría producido.

CAPITULO V.

LA FUGA.

Camila i Francisco podian encontrar un asilo en los bosques.

Ha habido esclavos que vivan treinta años en los alrededores de la finca a que pertenecian, en el seno de una selva.

Para el hombre casi salvaje semejante vida no tiene nada de desagradable. Es la ausencia de la civilizacion, mas como con respecto al esclavo la civilizacion es hostil, se siente mas maternal el seno de la naturaleza que el seno de la sociedad.

No todos pueden vivir en la selva: la selva tiene sus secretos i no se los dice al primer venido. Para cada estacion i para cada necesidad del hombre tiene sus exijencias i sus remedios. Es preciso saber donde se encuentra agua cuando no llueve ni hai arroyuelo ni fuente en el contorno, es preciso conocer sus frutos silvestres i la caza de su uraña *fauna*,

i luego para evitar una sorpresa la vista del águila, el olfato del perro, el oido del murciélago.

Las selvas de Cuba, que son las únicas que conocemos, encierran una vida no solo posible sino no exenta de belleza. Una primavera permanente mantiene el manto de hojas en el árbol i el manto de suave i aromática yerba en el suelo. El aliento siempre tibio del bosque nos envuelve como un abrigo. Para la sed hai el *curujey*, que es una copa de esmeralda con que cada árbol recoje i conserva el agua de las lluvias, hai el tronco de la vid agreste, el fruto del *jóbo* i la raiz de la *seiba*. Para el hambre la *jutia* en primer lugar i una vejetacion pródiga de recursos en segundo lugar. Para defenderse de las aguas la ancha *yagua* que la palma arroja. Para cubrirse el cuerpo mil tejidos que sustituyen con ventaja la hoja de higuera, primera invencion del pudor i de la coquetería femenil, i como al hombre no le basta lo necesario hai la miel de la abeja selvática, i como lo bello es necesario tambien, flores que con su perfume penetrante sirven de incensario en aquel templo de la naturaleza i se ven al traves de los árboles pedazos de cielo, que tachonados de estrellas o con su azul iluminado por el sol, bastan para satisfacer el apetito sublime del espíritu.

Comprendemos que puede parecer exajerada la pintura; pero nosotros que hemos vivido cinco años así, estamos bien seguros de lo que decimos: muchas veces, nos sucedió aun en medio de los peligros i de los dolores de la guerra, absorvernos en la contem-

placion de aquellos palacios en que se vé la jigantesca arquitectura de la naturaleza. No hai fantasía de artista que pueda remedarlos. La grandeza de lo que constituye la obra de Dios consiste en la sencillez del mecanismo: con una sola nota ha hecho El la melodía del ruiseñor. La tierra que se hiende o que se levanta, que es caverna o colina, el vejetal que es yerba o que es árbol, el cielo siempre rosado a la aurora, siempre rojo a la puesta del sol, siempre azul turquí en el medio dia, el canto de unas mismas aves, el aroma de unas mismas flores: eso es monótono sin duda. Pues bien, el único opulento que no se fastidia es el que se aprovecha de esos tesoros.

Hombres, dice la naturaleza, variad, inventad, escojed, ahora un capricho de la mente, luego un capricho de los sentidos, hoi un placer de la imajinacion, mañana un placer de la sangre, agotad a Síbaris, agotad a Atenas, ya os sentireis cansados. Entónces, venid a buscar mi hospitalidad, yo no puedo hacer gastos, mi mesa i mi orquesta son siempre iguales, no importa, sereis felices.

* * *

Esta vida que hubiera sido para Francisco una dicha sin par, era para Camila lo desconocido, i lo desconocido asusta mucho a un corazon tímido.

Pensaba, pues pasar por la existencia de la selva, pero no pensaba detenerse en ella. La selva seria so-

El plan debió modificarse despues. Las cadenas no pudieron limarse. No habia tiempo ni espacio para ello.

Camila abriria la puerta del dormitorio, Francisco saldria con sus cadenas i marchando con precaucion ganarian los grandes bosques ántes de que asomase la mañana. Si eran sorprendidos por algun vijilante Camila suplicaria i Francisco lucharia. No quedaba mas arbitrio.

Una dósis regular de confianza en la buena ventura se alberga por lo comun en el pecho de aquellos a quienes solo la buena ventura puede salvar.

*
* *

A la una de la madrugada Camila bajó la escalera de la casa principal temblando de frio, de temor, de ansiedad, soñando en el momento de verse con Francisco fuera del poder de sus perseguidores.

La noche estaba espléndida,

Detúvose Camila al pié de la escala i avanzando un poco la cabeza procuró atravesar con el oido la inmensidad que la rodeaba i darse cuenta del mas lejano rumor que pudiera ser un peligro. Esa leve sinfonía de la noche que se compone del movimiento de las hojas, golpeadas por la brisa, i de la voz de los insectos, perdidos en la yerba, era lo único que turbaba el silencio.

No se veia ni un perro ni un hombre.

a Francisco, i aunque éste vacilaba en esponerla a los riezgos de la complicidad, pretendiendo que él solo debia huir, a ella no le fué penoso demostrarle que quedándose en la finca corria mayores peligros que huyendo.

La vijilancia en que se colocó a Francisco estaba mui relajada por el influjo de Camila. El buen comportamiento del esclavo, su enerjía en el trabajo, su honradez i su intelijencia consiguieron impresionar favorablemente a don Eulojio. Los negros de la misma nacion que Francisco, que conocian su oríjen i respetaban su estirpe, eran ausiliares preciosos.

A pesar de tantos recursos los obstáculos de la empresa no carecian de importancia. Habia que limar las cadenas, que conseguir caballos, que acallar los perros, tener la llave del dormitorio comun de la negrada i burlar a los guardianes.

Francisco empleó algun tiempo en hacerse querer de los perros. Hai perros en una finca que resisten tenazmente a los halagos, i el perro tiene ademas una gran aversion por el negro. Este odio forma una parte de la educacion especial que se les dá. Francisco recibió algunas mordidas i llegó a ser amigo de los perros.

Un criado de don Eulojio que se interesaba mucho por Camila, a consecuencia de haber tenido gran intimidad con su madre, prometió la llave i los instrumentos necesarios para limar las cadenas, con la condicion de que se le llevara consigo. Los caballos se tomarian de las cuadras.

El plan debió modificarse despues. Las cadenas no pudieron limarse. No habia tiempo ni espacio para ello.

Camila abriria la puerta del dormitorio, Francisco saldria con sus cadenas i marchando con precaucion ganarian los grandes bosques ántes de que asomase la mañana. Si eran sorprendidos por algun vijilante Camila suplicaria i Francisco lucharia. No quedaba mas arbitrio.

Una dósis regular de confianza en la buena ventura se alberga por lo comun en el pecho de aquellos a quienes solo la buena ventura puede salvar.

*
* *

A la una de la madrugada Camila bajó la escalera de la casa principal temblando de frio, de temor, de ansiedad, soñando en el momento de verse con Francisco fuera del poder de sus perseguidores.

La noche estaba espléndida,

Detúvose Camila al pié de la escala i avanzando un poco la cabeza procuró atravesar con el oido la inmensidad que la rodeaba i darse cuenta del mas lejano rumor que pudiera ser un peligro. Esa leve sinfonía de la noche que se compone del movimiento de las hojas, golpeadas por la brisa, i de la voz de los insectos, perdidos en la yerba, era lo único que turbaba el silencio.

No se veia ni un perro ni un hombre.

A lo lejos el bosque se presentaba como una masa de tinieblas puestas de pie.

Camila se resolvió a marchar.

En este momento oyóse el galopar de un caballo.

a disfrutar de tus amores. Ya ves que estoi aquí. Yo a la muerte. Francisco jamas.

—Pero Cárlos, bien sabes tú que ninguna esperanza puedo tener; pobre de mí! Yo no pienso en casarme con Francisco. Yo no pienso en ser dichosa ¿por qué habia de ser dichosa cuando hai tantos que no lo son? Lo que deseo, lo que pido, lo que tú no puedes negarme es que no lo atormenten al infeliz, cuando ninguna culpa tiene, cuando quizás no me ama ya.

—¿Qué me importa que te ame o que no te ame? El no ha de vivir sino para verte entre mis brazos. Te verá en ellos o lo mataré lenta i horriblemente. Pronto te convencerás. No hemos venido para otra cosa a la finca. Aquí soi yo el rei i un rei absoluto ¿no es verdad? Ah ¿con qué te figurabas que habiamos venido para otra cosa?

—Yo no me he figurado nada, yo no sé nada, yo no quiero saber nada. Te juro que mis ideas empiezan a turbarse. Debo haber sido mui culpable cuando Dios me castiga de este modo. Déjame al menos llorar sola, si es que puedo llorar, porque las lágrimas me faltan. Yo no tengo ya lágrimas. ¡Oh Cárlos! ¡Cárlos! tu, que eras mi hermano, tú, que eras mi protector natural, mi padre, mi dueño, mi esperanza. Si te apiadaras todavia. Si te resignaras a abandonar ese capricho,—me estremezco de alegria solo al imajinármelo. ¡Dios mio! Puede una ser feliz con tan poca cosa i es sin embargo desgraciada, desgraciada de una manera espantosa. Mi Cárlos, mi querido hermano, ten piedad de mí.

en todo el dia de su habitacion, lo vió llegar en efecto.

Encontrólo mui cambiado. Una vejez prematura estendia sus sombras sobre el semblante antes tan fresco i tan lozano del mancebo. Contra sus habitos invariables se veia cierto desaliño en su traje i a juzgar por el aspecto de sus ojos i por el tono de su voz se habria asegurado que acababa de beber con esceso.

El combate del beodo con la ¡vírjen ofrecia el aspecto peor de la tiranía, que no es el aspecto terrible, sino el aspecto repugnante.

Cárlos respondió a las súplicas de Camila con una burla feroz i con esa pertinacia no solo de ideas sino de palabras que constituye un síntoma esencial de la embriaguez.

No habia bebido bastante para estar fuera de razon. Hablaba con lójica i se mantenia de pie sin vacilar.

Su vino no era el vino cómico que tartamudea, que ensarta frases sin coherencia, que hace muecas i que tiembla al andar. Era el vino trájico que enrojece los ojos i enciende las pasiones.

En su copa habia apurado él las demencias supremas de la ira i mezclados con ellas, aguijoneados por ellas, los brutales ardores del deseo.

Sin embargo no le tuvo miedo Camila.

Alguna parte del diálogo debe copiarse para mejor intelijencia de los sucesos posteriores.

—Me creias alejado para siempre. Te preparabas

a disfrutar de tus amores. Ya ves que estoi aquí. Yo a la muerte. Francisco jamas.

—Pero Cárlos, bien sabes tú que ninguna esperanza puedo tener; pobre de mí! Yo no pienso en casarme con Francisco. Yo no pienso en ser dichosa ¿por qué habia de ser dichosa cuando hai tantos que no lo son? Lo que deseo, lo que pido, lo que tú no puedes negarme es que no lo atormenten al infeliz, cuando ninguna culpa tiene, cuando quizás no me ama ya.

—¿Qué me importa que te ame o que no te ame? El no ha de vivir sino para verte entre mis brazos. Te verá en ellos o lo mataré lenta i horriblemente. Pronto te convencerás. No hemos venido para otra cosa a la finca. Aquí soi yo el rei i un rei absoluto ¿no es verdad? Ah ¿con qué te figurabas que habiamos venido para otra cosa?

—Yo no me he figurado nada, yo no sé nada, yo no quiero saber nada. Te juro que mis ideas empiezan a turbarse. Debo haber sido mui culpable cuando Dios me castiga de este modo. Déjame al menos llorar sola, si es que puedo llorar, porque las lágrimas me faltan. Yo no tengo ya lágrimas. ¡Oh Cárlos! ¡Cárlos! tu, que eras mi hermano, tú, que eras mi protector natural, mi padre, mi dueño, mi esperanza. Si te apiadaras todavia. Si te resignaras a abandonar ese capricho,—me estremezco de alegria solo al imajinármelo. ¡Dios mio! Puede una ser feliz con tan poca cosa i es sin embargo desgraciada, desgraciada de una manera espantosa. Mi Cárlos, mi querido hermano, ten piedad de mí.

Cárlos escuchaba apenas a Camila. Estaba paseándose por la habitacian con aire distraido.

Despues de un rato se detuvo.

—Sí, dijo, eso es lo positivo. Tú me creias mui léjos. Descubro en tu semblante que haz sido feliz en mi ausencia.

—Oyeme, Camila, añadió con voz ronca. Es tiempo de tener un poco de juicio. Mañana va a comenzar la cosa.

El misterio tremendo que encerraban estas palabras heló la sangre en las venas de Camila.

¿De qué se trataba? no se atrevia a preguntarlo. Se puso mui pálida i con los ojos desmesuradamente abiertos, quedó inmóvil, aguardando lo que iba a seguir.

—He resuelto, continuó Cárlos, que antes de una semana haya desaparecido el desden con que me tratas. Lo he resuelto sin apelacion posible. Por última vez te lo pregunto por tanto ¿quiéres ser mia?

—No puedo, murmuró Camila en voz casi ininteligible.

—Pues bien, ahora serás tú quien vendrá a buscarme.

I acercándose a una ventana de la habitacion.

—Mira ese poste, dijo a la mulata. ¿Está bien cerca de tu cama segun creo?

Camila no respondió.

Sí, está bien cerca. Todas las mañanas Francisco será azotado en ese poste. No es preciso que te diga

la hora. Los golpes suenan mucho i ès probable que te despierten.

Camila oia con la tranquilidad de una persona estúpida.

Cárlos creyó que no habia comprendido bien.

—Acaso no sepas del todo lo que son los azotes.

Los azotes son un gran dolor por lo pronto; pero con ellos se mata a un hombre en corto plazo. Francisco morirá.

Los ojos de Camila resplandecieron con un brillo estraordinario. No habia una sola lágrima en ellos.

—I yo tambien, dijo.

—I tú tambien, esclamó Cárlos mirándola con un odio salvaje.

***

Pasado el estupor que se apoderó de ella en el primer instante Camila fué presa del mas vivo tormento moral a que un espíritu puede verse sometido.

Al precio de su vida hubiera conquistado la seguridad de que Francisco continuaria trabajando, cargado de cadenas, bajo la vijilancia mas suscipaz, en las faenas mas duras.

Miraba al poste como implorándole i tenia la delirante esperanza de que el poste iba a huir para no prestarse a ser el instrumento del suplicio.

Despues en la serena inmovilidad de el madero descubria una imájen de la fria e inconmovible duresa del destino.

Las letras que el poeta ha escrito sobre la puerta

del infierno: "ninguna esperanza" las encontraba ella a donde quiera que dirijiese la vista.

Estaba jadeante, se sentia mui fatigada, como si hubiera atravesado a pie una distancia enorme. Se sentó en el suelo, contemplando el poste i comenzó a hacer oracion. Rogaba en alta voz, para cerciorarse de ello. Pero se confundia mucho, porque queria decir a la vez todas las oraciones que le habian enseñado.

Oraba un momento i luego se detenia, esperando algo, ¿qué?—Esperaba que una mano invisible quitaria el poste de allí i que este milagro lo arreglaria todo.

Estaba mui segura i no se cansaba de orar.

El tiempo pasó sin que ella lo apercibiera.

Vino la noche, el poste era siempre visible, solo que cuando fué de noche habia, ademas del poste, la sombra que producia en el suelo, iluminado por la luna.—A la hora del dia en que comenzó aquella estraña escena el poste no daba sombra.

Una sombra es siempre lúgubre. La del poste era abultada, desmesurada i tenia la forma de un puñal.

La confianza de Camila se debilitó mucho. En vez de rezar menos, rezó con mas fervor.

Imploraba una advocacion de la Vírjen María, que entre los esclavos de Cuba tiene gran número de devotos: Nuestra Señora de los Desamparados; el nombre mas bello que la piedad ha producido.

A la primera luz de la mañana vió acercarse un grupo. Instintivamente, sin saber de qué se trataba

cerró la ventana i permaneció palpitante detras de ella. Una voz dijo: uno.

I se oyó el ruido del látigo.

Así sonaron muchos golpes.

CAPITULO VII.

LA DERROTA.

Camila permaneció algunos dias en su habitacion. Sin que su salud tuviera estrago aparente, habia sufrido una de esas convulsiones que son capaces de aniquilar en un minuto la organizacion mas vigorosa, que abrasan el cerebro con el fuego de la demencia, que secan para siempre las lágrimas i ahogan el jemido del dolor, sustituyéndolo por una desesperacion muda.

Estaba así, inconsciente, helada, casi insensible, cuando vino a buscarla una jóven hermana del mayordomo de la hacienda con quien tenia de antiguo cierta intimidad. Aquella jóven habia recibido instrucciones de Cárlos, i sin comprender su significado ni su trascendencia, se preparaba a darles cumplimiento. Propuso a Camila un paseo por los campos, le dijo que hacia un tiempo mui hermoso, que necesitaba comunicarle un secreto de importancia; dió muchas razones, en fin, creyendo encontrar resistencia, pero no la encontró.

Salieron juntas, i despues de vagar un instante al traves de la yerba i por entre los árboles, penetraron en uno de los grandes edificios en que se elabora el azúcar, el cual ofrecia en ese instante un espectáculo animado. Espacioso, blanco i esbelto, aquel edificio no carecia de belleza. Bañábalo ahora un sol tibio i riente cuyos rayos lo cubrian como un manto luminoso, cortado por algunos pedazos de sombra que las ramas de los cercanos i jigantezcos álamos arrojaban allí. Algunas palomas que tenian su nido en el alero se dirijian un arrullo amoroso.

En el interior del edificio los negros trabajaban con rapidez entonando a media voz un canto salvaje, mientras don Eulojio, reclinado en una silla de cuero, dormia tranquilamente.

La escena era digna de ser dibujada por uno de esos pinceles que poseen el secreto de lo sombrio.

Dante hubiera compuesto con ella un cuadro de su infierno. Los esclavos ajitados, jadeantes, sudorosos, iban de un lado a otro, como movidos por estraños resortes, i no pareciendo figuras humanas sino figuras de condenados. Habia mucho fuego en los hornos. La miel hervia tumultuosamente en las *pailas* i luego el canto africano, ritmo lúgubre, acentuaba la situacion.

Camila dirijió su vista por todas partes, buscando con ansiedad a Francisco. Marchando hasta entónces maquinalmente, al entrar en este sitio en que tantas veces se habia detenido largo tiempo viéndolo trabajar, despertó del sonambulismo en que yacia sumida.

Despertó por desgracia suya: Francisco no estaba ahí.

Costole trabajo convencerse de ello. Sus ideas no estaban encadenadas con una perfecta hilacion.

En ese mismo lugar se habia tramado el plan de la fuga. Por un delirio de la fiebre que devoraba su pensamiento, Camila hizo momentánea abstraccion de los sucesos últimamente ocurridos. Se trasladó a los dias en que Cárlos se hallaba ausente i se puso a soñar que asistia por última vez a los trabajos de la hacienda, que, llegada la noche, Francisco i ella iban a escaparse, a los grandes bosques primero, a la ciudad despues, bajo una proteccion inviolable. Lo veia todo esto con una seguridad deliciosa. Presentia ya la marcha nocturna en medio de la espesa selva al lado de Francisco, hablando con Francisco, sostenida por el brazo de Francisco, i aun se ruborizaba con inefable emocion pensando en aquella soledad traidora.

Algo vino a sacarla de su embelesamiento.

La llegada de las dos mujeres habia turbado un algo la uniformidad del trabajo. Mirar a Camila distraia un poco a los esclavos. Unos dejaban de correr i otros dejaban de cantar.

Don Eulojio no pudo menos de despertar sobresaltado. El sueño no le impedia estar en vijilancia. Solo el ruido de la faena activa arrullaba el sueño de aquel guardian. En cuanto la faena dejó de ser un vértigo, don Eulojio, abriendo los ojos, llenos de severidad, se irguió sobre su taburete.

Comenzó por sonreir, porque una de sus primeras miradas tropezó con las mujeres, i don Eulojio preciaba de galante. Cumplida esta formalidad, se dió cuenta cabal de que habia hecho bien en despertar, porque el trabajo no *marchaba*. Entonces, como el obrero que toca una palanca, como el maquinista que mueve un resorte, don Eulojio levantó el látigo, que siempre llevaba consigo, i lanzó varios golpes al azar.

Camila, al oir el chasquido del látigo, sufrió un estremecimiento profundo i se lanzó desatentada fuera del edificio.

Entre tanto el espediente habia producido su efecto.

El canto i la actividad adquirieron instantáneamente su movimiento regular; don Eulojio dormia de nuevo algunos minutos despues.

La mañana seguia siendo mui hermosa, dorando i hermoseando aquella jemmonía i sobre el alero las palomas tenian un arrullo encantador.

***

¿Por qué entraron Camila i su compañera en la enfermería?

Camila no hubiera podido esplicarlo. Se dejaba conducir.

Un hospital es siempre una mansion de tristeza; pero el hospital de un *injénio* produce tristezas mas hondas que las que en presencia del dolor comun

suele despertar la piedad. Debemos decirlo, a fuer de imparciales, no todos los injenios están gobernados i arreglados de la misma manera. Hai injenios cuyo hospital es una sala que tiene aire i luz i donde no se encuentra nada de característico.

La enfermería en que vamos a entrar por un momento era una pieza baja, oscura, en que se veia i se respiraba apenas. Despues de la vision del trabajo esclavo, la vision del dolor esclavo tambien, del dolor que no se atreve a jemir.

Camila conocia muchos de aquellos enfermos, muchos de aquellos moribundos. Olvidada por un instante de sus penas, fué de lecho en lecho conducida por una tierna piedad. Mujeres que la habian visto nacer i sobre cuyas rodillas habia jugado se inclinaban bajo el peso de los años. Un anciano de barba de plata, casi decrépito, que movia constantemente la cabeza, ajitado por el temblor senil, reconociéndola, apesar de tener la vista velada ya por la cercana sombra del sepúlcro, puso la rugosa i temblante mano sobre su cabeza i la bendijo con acento conmovido i apenas perceptible.

Cierta esperanza supersticiosa se deslizó en el corazon de Camila bajo el influjo de las dulces palabras del anciano. Se apartó de su lado i quiso marcharse de la *enfermería* para encontrar en el aire i la claridad de los abiertos campos espacio en que se levantaran los nuevos sueños de su infatigable fantasía. ¡Estraña fuerza de la juventud que hace tan persistente el halago de la ilusion! Mas, antes de

salir, un espectáculo horroroso se ofreció a su vista.

Sobre una cama angosta, en un punto de la sala en que sus ojos se fijaban por primera vez, cubierto por la sábana como por una mortaja, inmóvil, mudo, con los brazos abiertos en cruz i las inertes manos caidas fuera del lecho, con los ojos turbios i fijos en lo alto, con la palidez de la agonía trájicamente acentuada sobre su oscuro semblante, estaba Francisco.

Camila no manifestó al verlo desesperacion ni sobresalto. La sonrisa de la demente Ofelia comenzaba a vagar sobre sus lábios.

CAPITULO VIII.

LA DERROTA—CONTINÚA.

El cementerio de un injénio guarda muchas veces secretos terribles. Secretos semejantes a los que podria decirnos un cementerio feudal.

Para quien ha vivido siempre fuera de su contemplacion el cuadro de la esclavitud que presentamos a nuestros lectores puede parecer un tanto exesivo. Una delicadeza de nervios, producto necesario de nuestras muelles costumbres, hace mirar con desagrado el retrato de las grandes aberraciones sociales. La trajedia va cayendo en desuso. La ópera cómica ocupa su lugar.

Desearíamos cumpliendo con esa lei literaria de la época tener el talento de divertir a nuestros lectores dibujando solo en las costumbres cubanas esas eternas estravagancias que alimentan en todas las sociedades la pluma del caricaturista. Una vieja impertinente, un amor vulgar, un pobre que quiere aparentar riqueza, un banquete en una casa donde no hai el hábito de darlos: todo eso ha hecho inmor-

tales a Fígaro i a otros escritores de primer órden: convenimos en ello. Solo, que, por desgracia, nuestra hemos descuidado siempre el estudio de esas arrugas, apenas perceptibles en la piel de la sociedad. Consideramos mas importante auscultarla para darnos cuenta de los sentimientos que hierven en su corazon i saber porque se vícia el aire de sus pulmones i porque se produce en ella la asfixia moral: jénero de investigaciones que puede no ser mui simpático, que puede llegar a mirarse como un servicio lúgubre, pero que es un servicio necesario.

¿I por qué la destinacion del arte a llenar estos fines? Porque el arte tiene el privilejio de calentar las almas, de sacarlas de su apática frialdad, porque solo él, i no el helado razonamiento, suele ocasionar la ira noble, el entusiasmo férvido, la compasion eficaz, la antipatía inflexible e intransijente,—palancas necesarias a la obra del progreso moral.

Ha habido quien escriba sosteniendo que la esclavitud no es una desgracia para el negro. Un periodista español que calificaba de frases huecas los lamentos de los abolicionistas, se tomó el trabajo de averiguar el oríjen de la trata, i se creyó victorioso, hubo de dar por ganada su causa, cuando supo que el rei salvaje de Damohey vendia a los blancos los prisioneros de guerra que estaban destinados al sacrificio. La esclavitud venia a ser una especie de redencion. El negro, que habria debido espirar bajo la cuchilla del victimario, allá en el fondo de su agreste país, en la sombra de la barbarie, era atado como un

lio, dado en trueque de un cuchillo de hierro o de un tonel de rom, hundido en la bodega de un estrecho barco, transportado, no como se transporta un hombre, sino como se transporta una mercancía, si era bastante feliz para que no se tropezase con el crucero ingles no era arrojado al mar, si tenia bastante enerjia vital no moria de hambre, ni de sed ni de asfixia durante el trayecto, llegado a Cuba podia en cambio morir de insolacion, en la árida playa, mientras se aguardaban los compradores o se esquivaba la vijilancia de las autoridades, luego vivia sin patria, sin familia, sin dignidad, sin reposo, sin esperanza i solian matarlo a latigazos: todo esto cuando se le habia iluminado lo suficiente para que lo comprendiese bien. El periodista español optaba por los procedimientos de lo que se llama la civilizacion, —nosotros preferimos los del rei salvaje de Damohey.

El hombre civilizado comprende apenas cierto órden de ideas i de sentimientos. Los suyos son en su mayor parte artificiales i llegan a debilitarse en él los que dependen esclusivamente de la naturaleza. Compara, cuando se trata del esclavo, la vida de la civilizacion con la ruda existencia de la selva, i juzga entonces que el negro ha ganado en el cambio.

Pero el negro ama eso que vosotros menospreciais: su bosque inculto, su música grosera, sus costumbres primitivas. Probadle que es feliz,—sed elocuentes i razonadores; su corazon le dice otra cosa mui distinta.

La familia, la patria, la libertad son los móviles

mas poderosos del alma, El espíritu del negro sufre de un modo enorme en esos tres distintos conceptos.

Pues bien, en el cementerio de un *injénio* se piensa en todo esto i se piensa con profunda amargura. Allí no hai coronas de siemprevivas, ni la misma tumba reune a la madre i a la hija. La muerte está desprovista de los sublimes consuelos que la alivian. Los cadáveres que arrojan en ese pedazo de tierra no tienen séquito que los acompañe, cubiertos de cicatrices, con alguna herida abierta aun, son el último testimonio de un crímen que vá a desaparecer. El cementerio de injénio completa al látigo.

¡El cielo debe tener alguna rejion dulcísima para el alma de los que duermen en esos cementerios!

***

Camila fué llevada al cementerio. Abrian una fosa. Supo que esa fosa aguardaba a un negro rebelde que estaba ya mui enfermo i que debia ser castigado hasta la muerte. ¡Esconderse en aquel sitio sombrío, desierto, horrible, el que adoraba su corazon!—este pensamiento le presentó la muerte de Francisco bajo un aspecto espantoso.

No, no habia nada que fuese mas terrible que eso. Tomó a su compañera por el brazo i "es preciso que yo vea a Cárlos en seguida"—le dijo.

Anduvo con febril rapidez hasta encontrarse con el jóven i con una voz que no parecia ya de la tierra.

—Todo—todo..... le gritó, arrojándose hácia él; pero que Francisco viva.

CAPITULO IX.

EL SALVADOR.

Francisco fué trasportado a una pequeña pieza, cómoda i ventilada, en que los asiduos cuidados que se le prodigaron produjeron rápidamente su efecto. Su robusta organizacion contribuyó mucho para salvarlo. Sin embargo la muerte no dejó de luchar por su presa. Una fiebre intensa se apoderó del esclavo cuando ya se le creia fuera de peligro. Era una fiebre cerebral.

Perdido el conocimiento, Francisco pasaba sus noches entregado a un delirio vertijinoso. El médico llegó a creer imposible su curacion.

En medio de su delirio, Francisco pensó tener cierta noche una vision maravillosa. Acércose a su lecho una mujer que tenia completa semejanza con Camila pero que revestia los vaporosos contornos de un ánjel. Aquella mujer le besó en la frente. De allí en adelante, todas las noches se repitió el fenómeno. La figura suave i dulcísima que él miraba marchar por el aire se aproximaba a él, besaba su frente i

llevaba despues a sus lábios en una copa de cristal un calmante delicioso.

Francisco, en la media conciencia de que disfrutaba al traves de su sonambulismo, creia firmemente que aquel ánjel no era Camila. Era mas bien su sombra, su espíritu: tal vez ella habia muerto.

El ardiente deseo de conocer la verdad influyó mucho en el restablecimiento de Francisco. Es cosa probada que la voluntad, esa potencia divina que se ajita en nuestro interior, posee cierto imperio sobre las funciones de nuestro miserable organismo.

Una cosa llamó de un modo vivo la atencion del enfermo. A medida que la salud se acercaba, las visitas eran mas rápidas i furtivas, lo que hasta cierto punto comprobaba su carácter estraordinario; pero en la última que recibió, el hermoso fantasma, al besar la frente de Francisco, se detuvo algun tiempo inclinada sobre él, i entonces lágrimas abrazadoras se deslizaron de sus ojos i cayeron en las mejillas de nuestro héroe. Aquel llanto era demasiado real i daba testimonio de un dolor humano, de estos que padecemos en la tierra.

Indeciso sin embargo, cuando Francisco pudo levantarse i le fué permitido salir, buscó con ansiedad la ocasion de hablar con Camila, a fin de salir de sus dudas.

La ocasion no se presentaba.

Veíala a veces, a lo lejos, atravesando el alto corredor de la casa de *vivienda*. Ella le sonreia amorosamente; pero nada mas. Por otra parte, Camila

tenia un aspecto estraño. Al principio tardó Francisco en reconocerla.—Una palidez sobrehumana, el cabello desordenadamente recojido sobre la cabeza, cierto bizarro descuido en el traje, un no se qué de terrible, de vago, de estremecedor.

Esto hizo inclinarse el alma de Francisco bajo el peso de una tristeza abrumadora. Pensó en dejarse morir. Encerróse en la pieza en que últimamente vivia i allí se dispuso a aguardar la muerte. Negóse a seguir el réjimen de que aun necesitaba. Camila hizo entonces llegar hasta él algunas palabras de ternura, de esperanza i de resignacion. ¿Con qué objeto? Ella queria que él viviese.

***

Restablecido por completo, Francisco no sabia que imajinar acerca de su situacion. ¿Por qué tan súbito cambio de conducta respecto de él? Ni la menor sospecha acusadora cruzó por su mente. Su corazon encerraba tanta bondad, que todo lo que era bueno le parecia posible i verosímil.

Admitió la esperanza.

Pero la impaciencia lo consumia. Una entrevista con Camila era la necesidad perenne de su corazon. Se prometia ser mui resignado despues que hubiese hablado con ella.

La induljencia con que se le trataba le era molesta. La fatiga le hubiera venido bien.

Trató de subir la escalera para saludar a la seño-

ra i acercarse por este medio a Camila. Se lo estorbaron. ¡Desesperante incertidumbre! Tan gran rigor mezclado con tanta benignidad.

Se presentó a don Eulojio i le dijo que ya se sentia con fuerzas para el trabajo. Contéstole el mayoral que ninguna órden habia recibido acerca de él, que Cárlos estaba ausente i que llegando, como llegaba, esa misma tarde, dispondria lo que tuviera a bien. En el pequeño diálogo que trabaron, Francisco pudo notar que el tono desdeñoso i aun agrio de don Eulojio habia desaparecido. Trataba al negro con ciertas consideraciones, que nunca, ni en los mejores tiempos, usara con él.

Este don Eulojio era un gran diplomático.

Para él Francisco estaba siendo el protejido de Camila i Camila la favorita del *señor don Cárlos. Por si acaso*, creia conveniente mantenerse en buenas relaciones con el africano.

La duda nueva que tan raro procedimiento hizo surjir en el ánimo de Francisco colmó la copa de la paciencia. Salió de la habitacion del mayoral dispuesto a las mas estravagantes resoluciones.

A poco andar tropezó con Camila. La jóven venia en su busca.

—Esta noche, a las doce, entre los álamos, le dijo en voz mui queda i se alejó precipitadamente.

¡Por fin! esclamó Francisco.

***

A la tarde Francisco se encontraba vagando por

los campos, dando rienda suelta al confuso tropel de encontradas ideas que bullian en su cabeza.

Estaba solo, en un potrero, cuyo pasto perfumado i crecido ondeaba bajo el impulso de la noctívaga brisa.

Mansos rebaños de robustos toros pacian la yerba o retozaban alegremente, mientras los mas graves, arrojados en el suelo, tendian soñolienta ojeada sobre el horizonte de púrpura.

Un hombre a caballo se marcó a lo léjos en uno de los senderos que atravesaban el campo.

Era Cárlos de Orellana.

Recien llegado de la ciudad, sintió, quizás, como Francisco el anhelo de soledades en que espaciarse. Ajitábanlo profundas preocupaciones lo mismo que a su esclavo. Al verse a solas con su dueño, Francisco llevó instantáneamente la mano al pomo de su machete.

Todavia no estaban en su posesion los datos necesarios para formar un juicio perfecto sobre la conducta del jóven; habia empero algo de positivo. El castigo exajerado que por lijeros pretestos, buscados, inventados casi por don Eulojio, recibió anteriormente Francisco, nunca pudo atribuirlo sino a la voluntad del mancebo. Ademas lo odiaba, sin esplicarse i sin pedirse cuenta de las razones de su ódio. Mirarlo i llevar la mano al pomo del machete fué obra de un instante.

Entretanto ocurria un accidente bien grave. Un toro indómito, que se encontraba encerrado dentro

de un vallado, rompió la cerca en el instante en que Cárlos pasaba junto a ella, i se arrojó sobre el jóven. —El caballo, asustado, dió un bote terrible i lanzando al jinete en el suelo, huyó despavorido.

Cárlos, casi sin conocimiento, se encontraba a merced del furioso animal.

Francisco, con el machete en la mano, acudió al socorro de Cárlos i puso en fuga al toro, que, herido gravemente, fué a morir a poca distancia.

Algunos peones, que pasando por los alrededores contemplaron la última parte de la escena, condujeron a Cárlos desvanecido hasta la casa en que se encontraba su madre, Francisco se quedó largo rato mirando su machete ensangrentado i el cadáver del toro estendido sobre la yerba.

El habia soñado otra víctima sin duda.

CAPITULO X.

ENTRE LOS ÁLAMOS.

En el *injénio* "la Esperanza" habia una pequeña alameda situada en la cercania de las casas.

Los álamos esbeltos i frondosos, crecian en el terreno mas elevado de la finca i desde el sitio en que se encontraban dominábase perfectamente toda la hacienda.

En las noches de verano solian estenderse ricas *hamacas* de un árbol a otro, cuando en el *injénio* habia personas de fuera, i la *tertulia* se celebraba allí.

Para un pensador melancólico, ningun lugar mas propicio que la alameda a que nos referimos. Soledad, hermosura, naturaleza agreste entregada a sí misma, un lindo arroyo que saltaba, serpeando, convertido en cintas de perlas, por las rompientes de una roca verdosa, los edificios de la finca en lontananza, contrastando con su blancura el verde oscuro que por do quiera los rodeaba, i los rutilantes astros del

cielo de Cuba contribuyendo al esplendor amoroso de la noche estival.

En la Isla de Cuba no hai nada que pueda llamarse con propiedad el invierno. La temperatura es siempre dulce i el cielo siempre radiante. Mas, por lo mismo, la pequeña cantidad de sombra i de frialdad que forma allí esa estacion hace quizás una impresion mas penosa.

El invierno se aproximaba: nubes negras i de largo ropaje cubrian de vez en cuando la luz de la luna, los besos de la brisa eran de hielo i una lijera bruma envolvia con su manto los edificios del Injénio.

Francisco, paseándose inquieto i nervioso entre los álamos, aguardaba la llegada de Camila.

Vestida de blanco, segun su hábito, la vió venir, despues de la media noche, i como si la luna, pálida i débil hasta entonces, quisiese presentársela en toda la magnificencia de su gracia, rasgó de repente la niebla i lanzó sobre los oscuros cabellos i el blanco traje de Camila un rayo vivo i resplandeciente.

Francisco dió algunos pasos fuera de la alameda ¡oh que emocion la suya! Despues de tantos acontecimientos, de tanta separacion, de tantas lágrimas, iba a tener entre sus brazos a Camila.

Los abrió en efecto, dispuesto a estrecharla en ellos, i a ahogar en un minuto celeste el recuerdo de sus amarguras i la terrible incertidumbre que lo atormentaba.—Camila, al ver su actitud, retrocedió temblorosa, estendió una mano para contener su impulso i le dijo con voz demudada i espirante:

—No, Francisco, no soi digna.

Aquella palabra bastaba—¡qué claro vió Francisco todo lo que le habia parecido misterioso!

Dirijió sobre la jóven una mirada en que mil reconvenciones elocuentes decian su acusacion, i luego, inclinando la cabeza, se dispuso a alejarse.

—Oyeme, si me has amado alguna vez, esclamó Camila con esfuerzo,—i viendo que se detenia. ¡Haces bien en despreciarme, Francisco, haces bien en odiarme! ¡Tú has sufrido tanto por mi causa!

¡Si supieras mi angustia! pero yo no puedo contártela. Ahora que desearia decírtelo todo, esplicártelo todo, defenderme delante de tí, las palabras mueren en mis lábios.

¡Oh Dios mio! ¡qué culpa tan grande he debido cometer antes de venir al mundo!...

—Estaba sola, Francisco, no tenia nadie que me auxiliara, nadie que me consolase. Sola entre tu tumba, sola entre tu lecho de muerte i nuestro verdugo.

He llorado mucho, he suplicado mucho, he resistido mucho: fué inútil. El sacrificio era indispensable.

—En mi profunda desventura yo no tenia mas que una esperanza, te lo juro. Es lo que me ha dado fuerza, es lo que me la dá todavia. La esperanza de que mi sacrificio no fuera estéril.

—Eso vengo a suplicarte, mi adorado,—i cayó de rodillas,—mi esposo, mi elejido, mi bien amado. Vengo a suplicarte que, vivas, que me olvides, que te alejes, que seas feliz sin mí....

Nos es imposible dar el tono de aquella plegaria sublime.

—Eres un ánjel, Camila,—dijo Francisco, te perdono i te amo. Lo que ha pasado era inevitable, pero tú comprenderás que ahora.....no puede ser.I... Tú lo comprendes de seguro.

Camila lloraba sin contestar.

Hubo un largo espacio de silencio, Francisco lo rompió el primero.

—Te suplico que me dejes solo,—dijo.

Camila quiso resistir.

—Si no quieres que sea horriblemente criminal, déjame solo, Camila, insistió Francisco, es preciso que yo esté solo.

***

El caballo favorito de Cárlos sujeto por una larga soga al tronco de uno de los álamos pastaba la yerba del contorno.

Francisco fué hácia él i lo desató. Queria mucho Francisco a este animal,—antes de desatarlo estuvo contemplándolo con cierta ternura. Se diria que lo envidiaba.

***

A la mañana siguiente mui temprano un trabajador de la casa se dirijió a los álamos en busca del caballo i no lo encontró. ¡Cosa estraña! no habia in-

dicio de que la soga se hubiese roto ¿quién podia haberlo desatado?

Penetrando en la alameda pudo comprenderlo con espanto.—La soga estaba colgada de una de las ramas de un álamo.

De un estremo de esa soga pendia el cadáver de Francisco.

Suicidio de Franco

.....

.....

.....

Camila murió loca.

EPILOGO

DE CÁRLOS DE ORELLANA A ENRIQUE DELMONTE.

Temes tocar, mi querido Enrique, esa cuerda sensible, creyendo que aun vibrará dolorosamente... Tienes razon, vibrará mucho tiempo.

No eres tú el que me ha contado que Anselmo Suarez i Romero (1) leyó en casa de Ramon Zambrana la relacion de mi terrible crímen, escrita por él en ese estilo candente que grava para siempre el anatema en la frente de los culpables. Es una justa espiacion para mí.....

En el arrebato de mi doloroso arrepentimiento yo mismo revelé, sin disminuir en nada su horror, aquel atentado sin nombre. Dos sombras coléricas me perseguian entonces. Ahora me figuro que me miran piadosamente. Si el alma de un hombre pue-

---

(1) El distinguido literato cubano a quien se refiere el prólogo.

de lavarse en la tierra de semejante mancha de abominaciones, la mia se lavará,—te lo juro.

.....

.....

.....

Que no se ocupen tanto de combatir la dominacion española, de obtener esta o aquella forma de gobierno, esta o aquella libertad, esta o aquella garantia. Que se ocupen sobre todo de los negros. No de no ser esplotados, que se preocupen de no esplotar. Terrible es la esclavitud que se sufre; pero mas tremenda todavia la que se impone. Uds. dicen ¡ah si los cubanos no fueran esclavos!—¡ah si no los tuvieran! digo yo.....

.....

Las armas federales, en cuyas filas me enrolé siguen su marcha victoriosa. Simpatizaba poco con Mac Clelan, con Grant estoi seguro del triunfo. Triunfante o derrotado ¡oh como gozo en padecer i en arriezgar mi vida por la emancipacion de los negros!

Me hablas de amor ¡ah Enrique! ¿no te parece esa palabra un sacrilejio en mis lábios? I sin embargo ¡como la adoro! Es pura, inocente, candorosa. Tiene diez i ocho años.

Ella no puede comprender que un jóven como yó sea desgraciado. Atribuye mi desventura a un amor infeliz. Cuando piensa en eso hai, al traves de sus consuelos, tan profunda tristeza, tantas lágrimas en su voz, una sombra tan densa de melancolía en su

mirada, que esperimento el impulso de arrojarme a sus piés i de decirle que solo por ella padezco, que solo a ella la adoro con toda mi alma.....

Ayer hablábamos de su porvenir. Reuniendo todas mis fuerzas, le dije que cuando ella encontrase un hombre capaz de hacerla feliz, yo seria un hermano de los dos. El azul sombrío de sus ojos pareció oscurecerse mas. Una palidez mortal se estendió por su semblante.

—Tengo la resolucion de ser hermana de la caridad, me dijo con un acento i una sonrisa indefinibles. Todos los que padezcan mucho..... i sin remedio..... serán de mi familia.

¡Lucha terrible! Pero ¿cómo mancharla con mi contacto? ¿cómo revelarle mi pasado?

Ilumíname, mi querido Enrique, tú en quien la virtud i la intelijencia no son dos luces distintas, sino una misma luz, inmensa, esplendorosa, inefable.

.....

.....

.....

FIN.

3 2044 019 344 787

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413

WIDENER
FEB 12 1997
BOOK DUE
CANCELLED